
fatal
OBSESSION
Grupo Editorial
Portal
AUTORA BEST-SELLER INTERNACIONAL
JÉSSICA MACEDO

AUTORA BEST-SELLER INTERNACIONAL

JÉSSICA MACEDO

Fatal OBSESSION

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, ya sea física o electrónica, sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada: Sarom Editorial

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o han existido realmente en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad será mera coincidencia.

Para Ángela, mi querida lectora ❤

Índice

Sinopsis
⚠️ **ADVERTENCIA** ⚠️
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Agradecimientos
Social networks (from the publisher)

Sinopsis

Ella huyó para empezar de nuevo.

Él la siguió para terminar lo que había comenzado.

Ángela nunca quiso llamar la atención. Después de un episodio que la obligó a mudarse de ciudad, todo lo que buscaba era el anonimato.

Pero la paz duró poco.

Alguien la observaba y sabía quién era en realidad… y ese alguien no pensaba dejarla escapar otra vez.

Su acosador es peligroso, misterioso, incontrolable, y tiene una sola obsesión: Ángela. Ella puede intentar negarlo, pero él siempre está un paso adelante.

Atrapada entre el miedo y el deseo, empieza a preguntarse si realmente está en peligro… o si siempre quiso que él la persiguiera.

En un juego de manipulación, culpa y pasión enfermiza, ¿hasta dónde puede el amor justificar la locura?

⚠️ ADVERTENCIA ⚠️

Esta es una **novela psicológica oscura**, con escenas intensas y temas delicados que pueden resultar **perturbadores para los lectores más vulnerables**.

Contenido potencialmente sensible:

- Acoso
- Dominación psicológica
- Consentimiento dudoso en escenas sexuales
- Violencia física y emocional
- Trastornos mentales y trauma
- Referencia a encarcelamiento y aislamiento
- Muerte y amenazas
- Embarazo en un contexto emocional inestable

Este libro presenta una **relación compleja, desequilibrada y oscura**, donde los límites entre el deseo y la destrucción se ponen a prueba con frecuencia.

● Lectura recomendada **solo para mayores de 18 años.**

● Si buscas estabilidad emocional, este título **puede no ser adecuado** en este momento.

La autora respeta profundamente a cada lector y fomenta el autocuidado.

Tu salud mental es siempre lo primero. 🖤



Capítulo 1

Las paredes aún desnudas del pequeño apartamento reflejaban la luz grisácea de la tarde que se filtraba entre las cortinas mal colgadas, como si hasta el sol dudara en invadir aquel nuevo comienzo. Tiré la mochila sobre el sofá desgastado que había comprado en una tienda de segunda mano y me quedé ahí un momento, inmóvil, con los dedos todavía aferrados a la correa. Mi corazón latía con la misma intensidad de siempre… demasiado rápido, demasiado desconfiado, demasiado adicto a esa vieja sensación de que algo, o alguien, me estaba observando.

Empezar de nuevo…

Esa era la frase que me repetía como un mantra silencioso en los últimos meses. Cambiar de ciudad. Modificar mi cabello. Deshacerme de los teléfonos viejos. Fingir que no me estaban siguiendo. Me convencí de que estaba a salvo en ese momento, de que él había perdido mi rastro, de que lo peor había quedado atrás. Pero había algo en mí que no creía en esas mentiras, ni siquiera cuando las repetía frente al espejo.

Caminé hasta la ventana y aparté lentamente la cortina beige. La calle estaba casi vacía… casi. Un auto oscuro llevaba estacionado

en el mismo lugar tres días. Un *sedán* común, modelo antiguo, sin placas llamativas. Pero siempre ahí. Sin moverse. Sin dar señales de vida. Me quedé mirando el reflejo de mis ojos en el vidrio, preguntándome si estaba viendo cosas de más… o de menos.

Puse la tetera al fuego, queriendo un café o, al menos, el consuelo del vapor caliente como excusa para seguir respirando. Mis dedos temblaban levemente cuando saqué la taza del armario, pero no era por frío… nunca fue por frío. Era esa sensación familiar, persistente, de que no estaba sola, incluso cuando todos mis sentidos decían lo contrario.

El celular vibró sobre la mesa. *Número desconocido*. El mismo que había llamado tres veces durante el viaje hasta aquí. Rechacé la llamada y, como una idiota, activé el modo avión, como si eso pudiera protegerme. Como si un nombre oculto en la pantalla pudiera ser bloqueado con un simple comando.

Agarré la taza de café, me senté en el suelo, de espaldas a la puerta, y dejé que el silencio se extendiera, denso e incómodo. Necesitaba creer que estaba a salvo. Que nadie supiera dónde yo estaba. Que él… que él no me encontraría.

Entonces lo escuché...

Un clic suave. Discreto. Como el sonido de un broche de cinturón o el disparo de una cámara fotográfica.

Giré la cabeza de golpe, pero no había nada. Ninguna sombra. Ningún otro ruido. Solo mi respiración agitada y el sonido rítmico de la tetera vaciándose. Pero conocía ese sonido. Ya lo había oído antes.

Me levanté despacio y fui hasta la puerta, revisando cerrojos, cadenas y cerraduras. Todo parecía intacto. Pero el pecho me dolía. Una presión extraña, como si algo, o alguien, me estuviera arrinconando, aunque todavía no se hubiera hecho presente.

Volví al sofá, me senté, apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos.

Fue entonces cuando lo sentí.

Un escalofrío lento, firme, recorrió mi nuca. Como dedos invisibles que me tocaban con calma, con intimidad. No era mi imaginación. No era un trauma. *Era él…*

Aunque no supiera cómo, aunque no quisiera admitirlo… él seguía aquí.

Los días pasaron como si hubieran sido moldeados con la misma arcilla opaca. Ningún gran cambio, ningún acontecimiento importante, solo una sucesión de horas indistintas que se arrastraban entre paredes estrechas y ventanas que jamás dejaban entrar suficiente luz. Me despertaba temprano, pero permanecía en la cama más de lo debido. A veces, me quedaba mirando el techo manchado por la humedad, esperando que alguna parte de mí finalmente creyera que estaba a salvo.

No funcionaba.

Preparaba el café siempre de la misma manera, dejando caer el polvo lentamente, como si ese gesto rutinario fuera el delgado hilo que me mantenía atada a la realidad. El aroma era reconfortante, pero hasta el café parecía contaminado con la inquietud que me rodeaba. Cuando me sentaba a la mesa y miraba el fondo oscuro de la taza, sentía que alguien me observaba, no de forma directa, sino como una presencia infiltrada en la estructura misma del apartamento. Un susurro oculto en las grietas de la pared. Una respiración contenida dentro de los armarios cerrados.

Rechacé visitas. Ignoré llamadas. El celular sonaba con insistencia, pero apenas miraba la pantalla. Mensajes de números conocidos, viejos contactos de la vida que había dejado atrás… todos archivados en silencio.

Ya no tenía más respuestas, ni energía para fingir que era capaz de darlas. Las notificaciones comenzaron a disminuir hasta desaparecer, y sentí un extraño alivio en ello. El aislamiento, aunque doloroso, era la única protección que me quedaba. Era el único lugar donde podía existir sin que me tocaran ni me interrogaran.

Pero ni siquiera el aislamiento bastaba para ahuyentar la sensación de que algo acechaba. Cada mañana, al abrir la ventana

de la sala, mis ojos iban directo al mismo punto de la calle, donde ese sedán negro seguía estacionado. Siempre el mismo modelo, en el mismo sitio, con vidrios tan oscuros como la sombra que proyectaba sobre mí. Traté de convencerme de que era coincidencia, que quizá algún vecino del edificio lo usaba, que no había nada raro en un coche parado tres días seguidos. Pero no lo logré.

Una tarde, mientras lavaba los platos e intentaba ignorar el zumbido de mi propia mente, sonó el teléfono. El timbre me atravesó como una esquirla. La pantalla mostraba de nuevo "Número desconocido". No contesté. Esperé a que dejara de sonar… y dejó de sonar. Diez minutos después volvió a sonar, y otra vez, y otra más, en plena madrugada, iluminando el cuarto como una advertencia. Cada llamada no atendida dejaba un eco en mi pecho, un recordatorio amargo de que huir no borra huellas, solo las vuelve más difíciles de seguir.

Esa noche me senté en el suelo de la sala, con la espalda contra la pared fría, y me quedé ahí, inmóvil, mirando el teléfono como si fuera un arma. En algún momento, mis manos empezaron a temblar y los ojos me ardieron, pero no lloré. Ya no recordaba cómo se lloraba de verdad. Lo que se escapaba de mí ahora era otra cosa, tal vez agotamiento, tal vez miedo cristalizado en silencio.

Entonces, sin pensarlo, apagué el teléfono. No porque creyera que eso me protegería, sino porque era lo único que podía hacer en ese instante. El mundo allá afuera podía seguir gritando, llamando, tocando… yo no quería escuchar ni ser encontrada.

La verdad era simple: aislarme era la única forma de resistir.

Aun así, incluso en el silencio, podía sentirlo. Como si estuviera al otro lado de la pared y nunca se hubiera ido.

La noche llegó sin aviso. O quizá solo no noté cómo el tiempo se escurría por las rendijas de las ventanas. El cielo ya estaba negro cuando me di cuenta de que no había encendido ninguna luz. Me quedé sentada en el sofá, envuelta en una penumbra densa, mientras el mundo parecía contener la respiración, esperando que yo rompiera el ciclo, que hiciera cualquier cosa más allá de existir. Pero

no lo hice. No me levanté. No hablé. Dejé que todo sucediera sin mí. Me ausenté de mí misma como quien se despoja de su propio nombre.

Todo el apartamento parecía respirar conmigo. La madera del piso crujía cuando me movía, las tuberías se quejaban con susurros metálicos y lejanos, y el sonido de mi cuerpo hundiéndose en el sofá parecía demasiado alto para un espacio tan pequeño. Estaba empezando a acostumbrarme a ese tipo de presencia… *el sonido del silencio tomando otras formas.* Sin embargo, había algo diferente esa noche. Un malestar más denso, más tangible. Como si los ojos que juraba sentir sobre mí durante el día se hubieran acercado demasiado en cuanto cayó la oscuridad.

Me levanté, más por reflejo que por voluntad, y caminé hasta la cocina, guiada solo por la débil luz de la ciudad que entraba por las rendijas de la persiana torcida. Tomé un vaso de agua, pero lo dejé a la mitad cuando el aire pareció vibrar levemente a mi alrededor. No hubo ruido, fue una sensación. Un desplazamiento sutil del aire, un escalofrío que nació en mi nuca y descendió por mi espalda con la lentitud de una amenaza que no necesita correr. Mis pies quedaron inmóviles sobre el suelo frío. Mis ojos buscaron la puerta. Cerrada. ¿Las ventanas? Cerradas. Pero todo en mí gritaba que algo estaba mal.

Entonces lo escuché.

Un clic seco, preciso, metálico.

No venía del teléfono ni de la cocina. Era otro sonido. Familiar. Perturbador.

Era el sonido de una cámara al disparar.

Ese instante lo congeló todo dentro de mí. El corazón no solo se aceleró, golpeó contra mis costillas como si quisiera escapar antes que yo. Giré sobre mis talones, recorrí la sala con la mirada, buscando la fuente del sonido como una loca en trance. Pero no había nadie. Nada. Solo el vaso resbalando de mi mano y rompiéndose en el suelo, como si fuera la conclusión inevitable de ese momento.

Me arrodillé, recogí los trozos con manos temblorosas, sin preocuparme por los pequeños cortes que aparecieron. La sangre estaba caliente, al menos. Lo único caliente de esa noche.

Gateé hasta la pared y me acurruqué allí, entre el sofá y la estantería vacía, como una niña intentando desaparecer en su propio cuerpo. Respiré hondo, una, dos, tres veces, hasta que el temblor cedió lo suficiente como para permitirme pensar. Podría estar imaginándolo. Podría ser el trauma, el miedo, los recuerdos distorsionados por el tiempo y el dolor. Pero, en el fondo, algo en mí que nunca dejó de escuchar el eco de aquellas pisadas… sabía la verdad.

Él estaba aquí.

O lo suficientemente cerca como para que yo lo sintiera.

Si antes el silencio era mi refugio, en ese momento se había convertido en la banda sonora de mi sentencia.



Capítulo 2

El olor llegó antes que la imagen. Desde el pasillo sombrío que conducía a mi puerta, algo dulce y fuerte invadió el aire, como una presencia sin cuerpo deslizándose por las rendijas. Abrí la puerta y di dos pasos afuera, guiada solo por el aroma, y ahí estaba. Un ramo de flores descansaba en el suelo, delicadamente apoyado en el umbral, como si lo hubieran dejado con la precisión de alguien que me conocía a fondo. Los pétalos eran rojos, carnosos, de un tono tan vibrante que parecían fuera de lugar en ese edificio gastado, de paredes amarillentas y pasillos húmedos. Un pedazo de belleza en un lugar que no lo merecía.

Me agaché lentamente, sin saber bien por qué dudaba en tocarlas. Tal vez porque ya intuía que aquello no era un gesto común. No era amabilidad. Era una advertencia. Toqué los tallos con cuidado y las llevé adentro, cerrando la puerta con la misma prisa de quien intenta contener algo que ya se escapó. Examiné cada flor. *Nada.* Ninguna tarjeta. Ningún mensaje. Ningún nombre. Solo las flores, perfectamente alineadas, recién cortadas. Tan frescas que parecían respirar.

Puse el ramo sobre la barra de la cocina y me quedé observándolo, como si pudiera responderme. Algo dentro de mí gritaba que no era coincidencia. Era necesario tener mi dirección, saber que yo estaba ahí, en ese momento, y querer alcanzarme de una forma específica e íntima. La belleza de esas flores era, en sí misma, una provocación. Como si dijeran: *te conozco, sé lo que te gusta, sé cómo llegar a ti*. Y eso me heló más que cualquier amenaza explícita.

Tomé el celular con los dedos temblorosos, pero dudé antes de marcar un número conocido. En lugar de eso, respiré hondo, me puse un abrigo sobre la camiseta arrugada y bajé a la portería. Iba sin maquillaje, con el cabello recogido de cualquier manera, el cuerpo tenso, los pasos duros resonando contra el piso frío de la escalera como pequeñas alarmas de algo que no quería sentir.

El portero de la noche estaba sentado en su silla habitual, con la mirada cansada fija en un televisor que parecía encendido más por costumbre que por atención. Era un hombre de pocas palabras y rasgos opacos, como alguien que ya había visto demasiado para sorprenderse por algo más.

Me acerqué despacio, cruzando los brazos para contener el malestar, y le pregunté:

—Por casualidad, ¿vio a alguien subir con un ramo de flores para el apartamento 302?

Me miró un momento, sin apuro, como si intentara recordar si yo realmente existía o si era parte del paisaje nocturno del edificio. Se humedeció los labios, carraspeó apenas y respondió:

—No vi nada, señorita. Nadie pasó por aquí con flores. Puede que haya sido mientras salí a fumar, a veces sucede... ya sabe cómo es.

—No, no sé —dije seca, apretando los dedos alrededor del borde del abrigo.

Él volvió la vista a la televisión y se encogió de hombros, como quien ya dio por terminada la conversación antes de empezarla.

Regresé al apartamento con el corazón latiendo en las sienes. Las manos me sudaban. Las piernas parecían de hierro fundido. Cada paso era un esfuerzo por no venirme abajo en el pasillo. Al llegar, cerré la puerta con firmeza y apoyé la frente en la madera, como si ese contacto pudiera darme algo de lucidez. Pero no lo hizo. Nada lo hacía. El ramo seguía ahí, sobre la barra, pareciendo más grande, más vivo, como si hubiera crecido en mi ausencia.

Saqué del armario un florero, un regalo cualquiera que había dejado la inquilina anterior y, sin pensarlo demasiado, puse las flores dentro, acomodándolas con cuidado. Era contradictorio, lo sabía. Estaba aterrorizada, pero aun así las ordenaba como si fueran parte de la decoración. Tal vez porque rechazarlas sería admitir que el miedo estaba ganando. O tal vez porque una parte de mí, esa parte torcida que mantenía encerrada desde antes de la huida, se sintiera… tocada. Reconocida. Observada de una forma en que nadie se atrevía a mirarme ya.

Me quedé un buen rato mirando el ramo como si fuera una sentencia. Me negué a encender la televisión. No revisé el celular. El mundo podía seguir girando afuera, pero ahí, en ese pequeño apartamento asfixiado por el silencio y la tensión, todo se había detenido: el tiempo, el pensamiento, el control… Y mientras el perfume dulce se expandía por el aire, inundando la sala con un aroma tan contradictorio como perturbador, una verdad se dibujaba con una claridad incómoda: él me estaba observando y quería que yo lo supiera.

El aroma de las flores todavía flotaba en el aire, más denso, como si se hubiera impregnado en las cortinas, en los libros cerrados, en el propio tejido del sofá. Había dejado el florero sobre la mesa junto a la ventana, donde la luz amarilla de los postes entraba en haces oblicuos, atravesando el ramo y proyectando sus sombras en la pared como garras delicadas. Había algo hipnótico en esa imagen que me arrastraba hacia dentro, como un agujero en la realidad.

Los ojos me pesaban. Tal vez fuera el cansancio, tal vez la tensión. O tal vez solo esa sensación de que el tiempo había dejado

de funcionar de la manera habitual. Me senté en el piso, con la espalda contra el sofá y las rodillas dobladas contra el pecho. La cabeza reclinada hacia atrás, apoyada en la tela áspera. El silencio a mi alrededor ya no parecía solo ausencia de sonido, sino un campo magnético hecho de recuerdos que se acercaban con la delicadeza cruel de lo que nunca se resolvió.

Entonces, él vino.

No de forma nítida. No como una sombra ni como una voz. Sino como un calor. Un fragmento de memoria que no pedía permiso para volver… solo se insinuaba bajo la piel, como si hubiera sido parte del cuerpo desde siempre. Llegó en el sonido amortiguado de un susurro que tal vez nunca se dijo. En el desliz de una mirada que quemó más de lo que debía. Yo estaba de vuelta en ese lugar, aunque solo fuera por un instante, donde todo empezó. Un pasillo oscuro, un roce que no llegó a producirse, pero que estuvo a punto. Un nombre que se formaba en mis labios y nunca pronunciaba, porque nombrar es volver real, y yo no podía permitirlo.

Él estaba ahí. De pie, inclinado sobre mí, tan cerca que mi corazón parecía temblar en la garganta. Su rostro era una sombra moldeada por el instinto. No puedo recordar sus rasgos con precisión, pero sí la sensación de ser vista. Como si pudiera atravesar capas de piel y carne y llegar justo al lugar donde mi voluntad se escondía. Fue en ese instante, en ese día que ya no sé si fue sueño o realidad, cuando lo supe: alguien había decidido conocerme de una forma que nadie más se atrevería.

Eso no me asustó. No de inmediato.

El miedo llegó después, como consecuencia lógica de haber sentido placer al ser observada.

Mis dedos rozaron involuntariamente la base del cuello, donde suelo llevar collares, pero ahí no había nada. Solo la huella del escalofrío que recorrió mi cuerpo con ese recuerdo. Me negué a profundizar en el pensamiento. Aparté las imágenes. Pero la memoria, una vez encendida, no se apaga fácil. Permanece como

una brasa bajo la piel, esperando el momento justo para arder de nuevo.

Me levanté de golpe, intentando apartar el entumecimiento. Me obligué a caminar, a hacer cualquier cosa que me trajera de vuelta al presente. Me lavé la cara, dejé que el agua corriera más tiempo del necesario, como si pudiera purificarme de algo que todavía no ha pasado… *pero que sé que pasará.*

Cuando volví a la sala, el florero estaba ahí, inmóvil, inofensivo, pero parecía sonreírme. Como si supiera algo que yo aún no aceptaba.

Esa noche dormí con las luces encendidas. No por cobardía, sino porque estaba cansada de fingir que no hay oscuridades peores que las que uno lleva dentro.

La madrugada se metía en el apartamento con la delicadeza cortante de una hoja recién afilada. Incluso con las luces encendidas, el ambiente parecía oscuro. Las paredes, antes neutras, comenzaron a cerrarse como si se inclinaran sobre mí, presionando el aire, limitando el espacio. La luz tenue del abajur se mezclaba con la luz amarillenta de la calle, filtrada por las rendijas de la persiana, dibujando líneas inquietas en las paredes y el piso. Eran sombras vivas, moviéndose con mi respiración, bailando con el pánico que crecía en silencio dentro de mi pecho.

No podía dormir. El cuerpo se negaba a obedecer. Me quedé de pie varios minutos frente a la ventana, observando la calle como quien espera que algo, o alguien, aparezca. Ya no me importaba parecer paranoica, *lo era*. En ese momento, la paranoia era lo único que me mantenía alerta.

Fue entonces cuando lo vi.

Al principio, solo una silueta. Una figura suelta en la acera, al otro lado de la calle, parcialmente oculta por la sombra de la copa de un árbol esquelético. Su cuerpo parecía confundirse con el entorno, como si estuviera hecho de la misma materia que la noche. Pero había un detalle que lo hacía irremediablemente real: estaba inmóvil. Completamente quieto. Mientras las hojas se agitaban

alrededor, mientras el viento hacía ondear la ropa tendida en los balcones vecinos, ese hombre permanecía ahí, fijo, como si el mundo a su alrededor fuera solo una escenografía y él, la única cosa auténtica.

Por un momento, la respiración me falló. El pecho se me apretó como si lo cosieran desde adentro. Mis ojos se aferraron a los suyos, o mejor dicho, a la sensación de lo que serían sus ojos, porque la distancia y la penumbra no dejaban ver detalles. Aun así, lo sabía. Sabía que me miraba directamente, como si pudiera ver más allá del vidrio, más allá de la cortina mal cerrada, más allá de mí. Como si me viera entera.

Me quedé paralizada y aun así no aparté la vista. Como si romper ese contacto fuera una forma de rendición. El corazón me latía desacompasado, pero no había pánico. Había algo peor, más primitivo: un calor súbito subiéndome por el estómago, un temblor en los dedos, un escalofrío recorriendo mi espalda y un reconocimiento involuntario.

Él sonrió.

No fue una sonrisa amplia, de esas que revelan todas las intenciones. Fue una sonrisa sutil, precisa, casi imperceptible. Pero la vi. La vi porque lo estaba esperando sin saberlo.

En ese instante, todo lo que venía intentando negar: la sensación de ser vigilada, el ramo sin tarjeta, el clic en la madrugada, los fragmentos de memoria; todo colapsó sobre mí como una verdad dolorosa e inevitable.

Él ya no era una sombra del pasado. No era un eco.

Él estaba ahí y estaba sonriendo.



Capítulo 3

A la mañana siguiente, la ciudad parecía sumida en un estado de suspensión. La luz que entraba por la ventana era demasiado fría para esa hora, como si el sol hubiera olvidado cómo calentar. Preparé el café casi en automático, escuchando el sonido de la tetera mezclarse con el ruido de mis propios pensamientos. Aún no sabía si había dormido o si simplemente me había quedado despierta en un estado entre el sopor y el delirio, repitiendo mentalmente la silueta de la noche anterior: la inmovilidad del cuerpo, la sonrisa discreta, la manera en que él me miró sin que yo lo llamara.

Intenté convencerme de que todo había sido una pesadilla alimentada por el estrés. Pero, en el fondo, yo ya lo sabía. Él estaba ahí. Y ya no se molestaba en esconderse.

Tomé la correspondencia en la portería como quien cumple un ritual inútil. Algunos folletos, una factura de luz, una publicidad cualquiera… y un sobre blanco, sin remitente, con mi nombre escrito a mano, en letras precisas, limpias, casi elegantes. Los dedos se me helaron al tocar el papel, una rigidez extraña se apoderó de mí, como si ya supiera que lo que había dentro cambiaría el peso de todo el día.

Esperé hasta llegar al apartamento. Cerré la puerta con la llave girada dos veces. Revisé las ventanas. Y solo entonces, con la calma forzada de quien manipula algo peligroso, abrí el sobre.

La nota era simple. Una hoja de papel doblada, con pocas palabras. Sin firma. Sin fecha. Pero bastaron dos líneas para que todo el aire del apartamento pareciera escaso.

"Tú todavía cantas cuando estás distraída.
Siempre fue tu forma de escapar".

No era una acusación. No era una amenaza directa. Pero era peor. Era algo íntimo. Era verdadero. Era algo de lo que ni siquiera yo tenía plena conciencia hasta ese momento. Sí, tarareaba sin darme cuenta. Siempre lo hice desde niña, un hábito inconsciente que se agravaba cuando estaba nerviosa, ansiosa, queriendo huir de una situación por la vía de la negación. Nunca lo comenté con nadie. Ni con amigos, ni con compañeros de trabajo, ni con aquel psicólogo al que fui tres veces y nunca volví. Era un secreto que ni siquiera sabía que guardaba, pero alguien lo conocía.

El papel temblaba en mis manos, pero lo sostenía firme, mirando esas frases como si pudiera arrancarles alguna identidad, algún nombre, alguna pista que me dijera quién me estaba vigilando con tanto cuidado. Sin embargo, no había nada más que la certeza de que esa persona, ese hombre, no solo me perseguía. Me estudiaba. Me comprendía. Me descifraba por dentro. Y se aseguraba de que yo lo supiera.

Guardé la nota en un cajón, pero fue inútil. Las palabras ya estaban impregnadas. No había forma de deshacerlas. Resonaban en el silencio del apartamento, en la música que dejé de cantar, en el café que dejé enfriar sin tomar, en la forma en que mis ojos comenzaron a evitar el espejo como si pudieran atrapar algo que yo misma no sabía que llevaba.

En los días siguientes, las notas se volvieron frecuentes. Nunca dejadas en el mismo lugar. A veces entre las páginas de un

libro, a veces atrapadas bajo la puerta como una carta anónima de un amante viejo, a veces pegadas con cinta transparente en el espejo del baño, como si hubieran sido escritas ahí, mientras yo dormía.

"Tú siempre lees el mismo pasaje tres veces antes de seguir.
Es cuando tienes miedo".

"Tú amas la lluvia porque esconde el sonido de tu soledad".

"Tú odias el color rojo, pero siempre vuelves a él".

Y cada frase era como un espejo cóncavo: distorsionaba lo que creía saber de mí y revelaba un ángulo que solo alguien que me observaba desde hacía mucho podía ver.

Intenté fingir que no me importaba. Que solo eran palabras. Que tal vez era algún vecino desequilibrado, algún idiota intentando asustarme. Sin embargo, yo sabía: la precisión de las frases, la delicadeza cruel con que estaban escritas, la caligrafía que me incomodaba de tan familiar… nada ahí era improvisado. Era íntimo. Era premeditado. Más que todo, era personal.

El apartamento estaba sumido en silencio, interrumpido solo por el suave sonido de las notificaciones que me empeñaba en ignorar. La luz del monitor parpadeaba con el brillo de los archivos abiertos: diseños a medio terminar, colores elegidos y descartados, tipografías superpuestas esperando aprobación. Me esforzaba por concentrarme en el trabajo, como si el peso de la rutina bastara para anclar mi cordura. Ser diseñadora freelance me daba el control que necesitaba: trabajar en casa, mantenerme alejada del mundo, huir con la excusa de la productividad. Sin embargo, ni siquiera ese espacio construido con tanto cuidado parecía seguro ahora.

Terminé otro boceto, guardé el archivo con dedos mecánicos y cerré la ventana del proyecto. El cursor parpadeaba en la pantalla como un pequeño compás marcando el vacío. Me quedé ahí,

paralizada frente a la luz azulada, sintiendo los hombros tensos y los ojos arder. Hasta que el celular vibró.

No era un mensaje. Era una llamada.

El número estaba ahí, anónimo, sin identificación. Solo la pantalla encendida, el sonido amortiguado y persistente de la vibración rompiendo el aire tibio de la habitación. El estómago se me contrajo y, por un instante, pensé en cortar. Fingir que no lo vi. Pero el dedo se deslizó antes de que pudiera evitarlo.

—¿Hola? —Mi voz salió más seca de lo que imaginaba, baja, como si yo misma no quisiera oírme.

Del otro lado, nada.

Silencio.

Durante largos segundos, solo se oía el sonido de la conexión, la respiración apagada, y luego… su voz.

—¿Me extrañas, Ángela?

Las palabras llegaron lentas, espaciadas, arrastrándose como si se moldearan en el aire antes de alcanzarme. Había algo alterado en el tono: tal vez un distorsionador o tal vez solo el cuidado de alguien que no quería ser reconocido. Pero la entonación… la forma en que dijo mi nombre, con una familiaridad demasiado íntima para ser olvidada… eso me cortó con la precisión de una navaja.

Mi corazón reaccionó antes que mi mente. Todo mi cuerpo se estremeció. Una descarga eléctrica recorrió mis brazos, mis piernas y, aunque sostenía el celular entre los dedos, sentía como si flotara. Intenté respirar, pero el aire parecía demasiado espeso, demasiado pesado, demasiado lleno de él.

—¿Quién eres? —pregunté, con la voz quebrándose al final.

Del otro lado, silencio otra vez. No el mismo de antes, este era diferente. Era un silencio que sonreía.

—Pensé que me reconocerías —dijo él, con esa suavidad que rozaba la burla, como si saboreara cada palabra antes de ofrecérmela—. Pero está bien. La nostalgia confunde los sentidos.

Tragué saliva. La sala giraba despacio, como si estuviera fuera de lugar en el mundo. Tenía los pies fríos y las manos sudorosas. Miré alrededor como si algo fuera a surgir de las sombras, aunque sabía que él no necesitaba estar físicamente allí para invadirme. Ya estaba dentro y yo lo sabía.

—¿Qué quieres? —susurré.

La respuesta tardó. Pero cuando llegó, fue peor que cualquier amenaza directa:

—No se trata de querer, Ángela. Se trata de necesitar. Y tú lo necesitas tanto como yo.

La llamada se cortó.

Me quedé con el celular en la mano, sin saber si el sonido que escuché después venía del aparato o de mi propia garganta. Las palabras se repetían en mi cabeza, martillando contra mi cráneo como una maldita canción.

Lo más desesperante no era el miedo. Era la terrible duda de que, en algún lugar profundo y distorsionado, él tal vez tuviera razón.

Yo debería haber colgado. Debería haber ignorado la llamada, descartado la voz como un delirio nacido de la tensión. Pero contesté, y en ese momento esas palabras quedaron atrapadas dentro de mí como astillas invisibles, rasgando por dentro cada vez que intentaba respirar. *"¿Me extrañas, Ángela?"*, dijo, como si me conociera, como si hubiera intimidad y un pasado entre nosotros que yo no recordaba haber consentido. Pero mi cuerpo recordaba. Recordaba con una claridad que me asustaba más que cualquier amenaza explícita.

Intenté distraerme. Volví frente a la computadora, forcé los ojos hacia la pantalla, hacia un proyecto inconcluso que antes me parecía importante. Pero las líneas se borraban. Las formas perdían sentido. Mi mente no podía concentrarse en nada que no fuera en él. En su voz. En la manera en que pronunció mi nombre: lenta, cuidadosa, demasiado íntima para alguien que se escondía en las sombras. Era como si me hubiera tocado sin haberme tocado. Como

si sus palabras fueran manos. Como si esa llamada hubiera dejado marcas reales en mi piel.

Me levanté y caminé hacia el cuarto con pasos cortos y tensos, sintiendo el aire escaso contra el rostro. Las luces estaban apagadas, pero el perfume de las flores que yo misma había tirado a la basura todavía flotaba en el ambiente, mezclado con el calor de la madrugada y el sabor metálico del miedo. Me recosté en la cama con el corazón acelerado, los ojos fijos en el techo, esperando que el sueño me arrastrara de una vez. Pero no llegó. Lo que vi fue su imagen… o mejor dicho, su ausencia concreta. La silueta que me observaba desde la calle. La voz distorsionada. La presencia constante que fingía no notar, pero que estaba en cada rincón de la casa.

Intenté apartar el pensamiento, huir mentalmente, concentrarme en cualquier otra cosa: música, números, el viento golpeando la ventana. Pero él volvía, siempre volvía, como si estuviera dentro de mi cuerpo, acostado a mi lado, respirándome al oído…

Mi mano se deslizó por mi abdomen sin que me diera cuenta. Un gesto automático, desesperado. Casi como una disculpa antes del pecado. El toque fue leve, vacilante, cada movimiento acompañado por un juicio silencioso. Pero mi cuerpo no me mentía. Estaba en alerta. Hambrienta. Mi respiración se volvió pesada y mis dedos bajaron despacio, mientras una oleada de vergüenza me ardía en las mejillas, como si alguien me mirara.

Tal vez lo hacía…

Cerré los ojos, pero era a él a quien veía detrás de los párpados. Su sombra. Su sonrisa. Su voz ronca diciendo mi nombre como si le perteneciera. Fue ahí, en ese instante entre la tensión y el placer, que entendí hasta dónde podía llegar la obsesión. No solo la suya. La mía también.

Mis dedos encontraron mi clítoris ya hinchado, palpitando bajo el toque. La presión aumentó lentamente, luego con más fuerza, y mis caderas se arquearon solas, buscando más. Un gemido

se me escapó entre los dientes apretados, y odié cómo mi cuerpo respondía, cómo cada movimiento me acercaba más al límite.

El orgasmo llegó como una puñalada, cortante e inevitable, arrancándome un suspiro ronco de la garganta. Mis músculos se contrajeron con violencia, mis dedos presionando más profundamente, como si pudieran expulsarlo de mí a través del placer. Pero cuando la ola pasó, solo quedó el vacío. Y el asco…

Asco de mi cuerpo, que aún temblaba.

Asco de mi mente, que lo invocaba, incluso cuando yo luchaba por olvidarlo.

Asco del deseo que, tras saciarse, solo probaba cuánto seguía atrapada en él.

¿Y lo peor?

En algún lugar, en lo más podrido de mi pecho… quería más.

Me giré de lado, con los ojos fijos en la oscuridad y el pecho agitado como si hubiera corrido durante horas. Pero no había escape posible. La única certeza era esta: *él estaba dentro mío.*



Capítulo 4

La mañana tenía un tono azulado y opaco, como si el día hubiera sido sumergido en agua fría antes de nacer. Yo no solía salir. Desde que me instalé en ese apartamento, salir significaba ceder demasiado al azar, permitir brechas en la protección que había intentado levantar entre el resto del mundo y yo. Pero esa mañana, el aire dentro de la casa parecía más sofocante que el de afuera. La pantalla de la computadora me miraba como una sentencia, y ni siquiera el aroma del café, que antes era mi ritual de equilibrio, lograba mantenerme ahí. Todo mi cuerpo suplicaba movimiento. Distracción. Una excusa para respirar sin temblar.

Me puse un abrigo ancho, me recogí el cabello en un moño descuidado y salí sin rumbo, como si solo el hecho de caminar pudiera protegerme de la inquietud que se había vuelto parte de mi anatomía. Pasé por calles silenciosas, por vidrieras apagadas, por personas que se movían despacio, cargando bolsas y con expresiones que envidiaba. La mayoría parecía no tener miedo de ser vista.

Yo sí tenía ese miedo. Siempre lo tuve. Pero ese día, caminar entre extraños parecía menos amenazante que seguir encerrada con

mis propios pensamientos.

La librería apareció en la esquina como un refugio involuntario. Era una de esas antiguas, con fachada verdosa y ventanas cubiertas por carteles de lanzamientos polvorientos. Al empujar la puerta, me recibió un campanilleo suave y el olor reconfortante a papel envejecido, tinta seca y madera antigua... un aroma que siempre me transportaba a lugares donde la realidad no podía entrar. El sonido de los pasos amortiguado por la alfombra, las estanterías altas y los susurros de voces casi inexistentes creaban un refugio frágil, pero suficiente.

Recorrí los pasillos sin prisa, deslizando los dedos por los lomos de los libros con respeto. Era reconfortante tocar algo que no me tocara de vuelta. Tomé un ejemplar de una novela oscura, lo giré en mis manos y leí la contraportada sin atención. Estaba ahí, pero no del todo. Aún sentía las notas palpitando en el bolsillo interior del abrigo, aún escuchaba la voz en el teléfono preguntándome si lo extrañaba...

Lo extrañaba, y odiaba eso.

Entonces lo sentí antes de verlo.

Un cambio sutil en el aire, como si la energía a mi alrededor hubiera cambiado de densidad. Un escalofrío subió por mi columna antes de identificar el origen, y cuando levanté la vista, él estaba ahí.

Al final del pasillo de *ficción extranjera*, entre dos estantes, de pie con la naturalidad de quien pertenece al lugar, me observaba. Alto, elegante, con el cabello oscuro bien cortado y el rostro parcialmente sombreado por la luz lateral que se filtraba por la vidriera. Vestía un abrigo oscuro que parecía hecho a medida, y había algo en la forma en que se mantenía erguido, como si el mundo tuviera que girar a su alrededor, no al revés. Sus ojos encontraron los míos con una precisión casi coreografiada y, en ese momento, todo dentro de mí se congeló.

Era hermoso. De una manera perturbadora. No era un tipo de belleza suave que tranquiliza: era afilada, intensa, casi cruel. Una

belleza hecha para herir despacio... y aun así, lo que me dejó más vulnerable no fue su rostro ni su presencia. Fue la sensación de que lo conocía.

Familiar...

Como un perfume olvidado, como un sueño que deja rastros en el cuerpo al despertar. Era él. No sabía su nombre, no sabía cuándo ni cómo, pero mi cuerpo reaccionaba a su presencia con un reconocimiento primitivo. Como si su imagen estuviera escondida entre los fragmentos de mis recuerdos más dolorosos e íntimos.

Él sonrió.

Esta vez, no era la sonrisa de las sombras, ni el esbozo distante que vi desde la ventana. Era una sonrisa real, precisa, tan calmada como indecente. Y caminó hacia mí con la tranquilidad de quien no tiene prisa, como si ese encuentro fuera inevitable. Como si supiera que, más temprano que tarde, terminaría yendo hacia él, aunque inconscientemente.

—Tú siempre lees la última frase antes de decidirte a llevar un libro —dijo con voz baja, como una plegaria profana—. Te gusta saber cómo termina la historia antes de arriesgarte a leerla, ¿no?

La garganta se me cerró. Las manos apretaron el libro con fuerza, como si pudiera protegerme. Pero no pude responder. Porque tenía razón, porque él lo sabía, y porque en ese instante, entre el pavor y el latido acelerado, lo único que sentí fue eso: *me encontró.*

No sabía si quería huir o seguir leyendo hasta el final.

Me quedé paralizada, todavía apretando el libro más fuerte de lo que debía, como si la tapa pudiera ofrecer algún tipo de defensa. Él se detuvo a menos de un metro de mí, y había algo perturbador en la forma en que ocupaba el espacio, como si el aire a nuestro alrededor obedeciera al ritmo de su presencia. Ningún gesto exagerado, ninguna mirada agresiva. Solo la certeza de que sabía exactamente lo que hacía. Cada palabra que diría. Cada silencio que crearía.

—Estás más pálida de lo habitual. —No me preguntaba nada. Lo afirmaba—. También estás más delgada. No te estás alimentando bien.

Me faltó la respiración. El pecho me subía y bajaba demasiado rápido. Lo peor era darme cuenta de que tenía razón, otra vez. Era un detalle que yo misma ignoraba, pero él notaba y exponía con una naturalidad desconcertante, como si fuera parte de mi rutina. Como si siempre lo hubiera sido.

—Yo... —intenté armar alguna reacción lógica, alguna defensa plausible. Pero no había espacio para la racionalidad. No ahí. No frente a esa mirada que parecía desnudar lo que ni yo tenía valor de enfrentar frente al espejo.

—Es difícil dormir, ¿verdad? —Su voz era baja, ronca, casi amable. Pero cada frase caía sobre mí con el peso de un veredicto—. Te revuelves en la cama. Prendes el ventilador, pero odias el viento directo en la cara. Cambias de lado. Te masturbas. Y después, te culpas.

La piel se me erizó como si él me hubiera tocado. Un escalofrío que empezó en la nuca y bajó por la espalda, brazos, muslos hasta el centro de mí. Mis piernas se presionaron entre sí, instintivamente, como buscando algún tipo de defensa contra el calor repentino que subía. No podía ser. Pero era. Él lo sabía. No solo lo sabía, sino que lo narraba. Lo describía. Como si hubiera estado conmigo esa noche. Como si hubiera visto todo.

—Detente... —susurré, más para mí que para él, porque hasta mi voz parecía cómplice de lo que no quería sentir.

Pero no se detuvo. Solo inclinó un poco la cabeza, como quien estudia una pintura, y siguió con la misma suavidad cruel:

—Quieres convencerte de que tienes miedo. Y lo tienes. Pero hay otra cosa, ¿verdad? Por eso no me bloqueaste. Por eso aceptaste la llamada. Por eso estás aquí ahora, con ese libro en las manos, tratando de disimular lo mojada que estás.

La última palabra cayó entre nosotros como un chasquido seco. Instantáneo. Definitivo.

Sentí como si me hubieran atravesado. Un choque recorrió todo mi cuerpo, y todo dentro de mí osciló entre el impulso de retroceder y el deseo desesperado de avanzar. Había humedad entre mis muslos. Podía sentirla, caliente, palpitante... era imposible ignorarla, y aún más imposible aceptarla.

Desvié la mirada, finalmente, tratando de respirar, tratando de controlar el caos que me consumía por dentro. Pero sus palabras aún vibraban en mí, como si las hubiera tatuado en la piel.

Sentí rabia. De él, por decir lo que no debía. De mí, por responder como no quería, por desear ser vista de esa forma, aunque supiera cuánto me exponía.

—Estás enfermo —murmuré, por fin.

Él solo sonrió.

—Y tú eres demasiado honesta con tu propio cuerpo para seguir mintiéndote.

Luego se alejó.

Se dio la vuelta sin prisa, como si hubiera dicho justo lo que necesitaba, y desapareció entre las estanterías de la librería, dejando detrás un perfume discreto a colonia amaderada y el rastro de un deseo que me consumía más que cualquier miedo.

Me quedé allí, inmóvil, con el libro aún en mis manos, sintiendo el calor subir por mi cuello, sintiendo mi corazón latir donde no debía, sintiendo el sabor amargo de la culpa mezclarse con el dulce de la excitación.

Solo cuando salí del lugar, minutos o quizás horas después, me di cuenta.

Él no necesitó tocarme.

Yo ya era de él.

El sonido de la puerta al abrirse y cerrarse se perdió en el zumbido sordo de mis oídos. Las estanterías, antes sólidas y reconfortantes, se volvieron inclinadas, demasiado cercanas, como si me acorralaran junto a las palabras que él había dejado atrás. Respiré hondo, intentando rescatar algo de lógica, algún ancla, pero

todo dentro de mí estaba desconectado, como un cajón de recuerdos esparcido con violencia. Él se había ido. Pero su presencia permanecía. Pegada a mi piel, entre mis piernas y en la base del cráneo.

Sostuve el libro con fuerza, no por la historia, sino porque mis dedos necesitaban algo que no fuera él. Caminé hacia la caja como en trance, pagué sin mirar al empleado y salí de la librería antes de que el mundo notara cuánto temblaba. La luz del día me golpeó como una agresión. Había un contraste brutal entre lo que llevaba por dentro y la indiferente normalidad de la ciudad que me rodeaba: gente cruzando calles, risas en mesas de café, el olor del pan horneándose en la panadería de la esquina, mientras yo andaba ahí, como un fantasma reciente, con el estómago revuelto y la boca seca.

Caminé sin rumbo, con la mirada baja y la mente con ruidos. Lo que hizo él no fue solo decir cosas íntimas. Fue instalarse. Colonizar mi respiración. Entró sin invitación, sin violencia física, pero con la precisión de quien ya conoce todos los atajos. Lo más aterrador era darme cuenta de que yo, de alguna forma, había dejado la puerta entreabierta.

En casa, la llave se me cayó de las manos dos veces antes de entrar en la cerradura. Las piernas me pesaban como plomo, mientras el sudor pegaba el abrigo a mi piel. Cerré la puerta con más fuerza de la necesaria y me apoyé en ella, mirando al techo, tratando de recuperar el control de mi cuerpo. Pero no había más control. Solo el recuerdo de él acercándose, su voz deslizándose entre mis oídos, sus palabras susurradas que parecían plantadas justo debajo de mi piel.

Arrojé el libro sobre la mesa. Caminé en círculos por la sala. Me quité el abrigo como si me quemara. Necesitaba respirar. Necesitaba lavarme de eso. Me saqué la ropa con prisa y entré a la ducha, dejando que el agua cayera con fuerza máxima, tan caliente que casi me quemaba. Pero por más que me frotara mi piel, él seguía ahí. En las líneas no dichas. En el calor que no se iba. En la humedad que no era solo del cuerpo.

Cuando finalmente me sequé y me puse una camiseta limpia, algo me hizo detenerme frente a la mesa. Un detalle. Una sutileza que el ojo entrenado por el miedo no deja pasar. *El libro.*

Estaba dado vuelta.

Yo había dejado la portada hacia arriba. Y en ese momento, la contraportada miraba al techo.

Me acerqué despacio, como temiendo confirmar lo que ya sabía. Lo giré con los dedos rígidos. Dentro, entre la primera y la segunda página, había un sobre blanco, pequeño, delgado.

Sin nombre. Sin sello.

Lo abrí.

"Tu piel se eriza antes de que yo me acerque. Imagínate lo qué pasará cuando te toque".

Una sola nota. Una frase... fue suficiente para derrumbarlo todo.

Allí, en el silencio absoluto de mi refugio, entendí que ya no había dónde huir. Él podía encontrarme donde quisiera. Podía tocarme sin tocarme. Podía entrar en los lugares más íntimos de mí y hacerme suplicar que se quedara.

Lo peor era saber que, aunque el terror estaba pegado a mis huesos, una parte de mí ya empezaba a ansiar el próximo encuentro.



Capítulo 5

Durante toda la mañana intenté fingir normalidad. Traté de convencer a mi cuerpo de que no estaba en alerta, de que ese escalofrío en la base de la nuca era solo reflejo del agua fría en el cuello, de que las manos sudadas eran culpa del calor sofocante que llenaba el apartamento y no del recuerdo persistente de la noche anterior. Hice todo lo posible por ignorar la frase escrita en aquella nota, fingir que no la leí con los ojos vidriosos, que no la repasé en mi mente mientras el agua de la ducha caía sobre mi espalda; deseaba, más que nada, borrar esa voz que empezaba a confundirse con la mía.

Me senté frente a la computadora con la esperanza de que el trabajo me distrajera. La pantalla azul se encendió con su luz familiar y, por un instante, solo por un instante, todo parecía como antes.

Abrí los archivos del proyecto que debía entregar antes de que terminara la semana: material gráfico para alguna startup. Colores vibrantes, logotipos en vectores, tipografía limpia. Eran cosas concretas, objetivas, y necesitaba eso.

Pero el clic del mouse no respondió. Intenté de nuevo. Nada.

La barra de búsqueda se congeló. Los atajos del teclado parecían responder con lentitud deliberada, como si se negaran a obedecer. Cuando finalmente accedí a la carpeta donde guardaba mis archivos principales de trabajo, noté que algunos documentos habían sido abiertos recientemente: fechas y horarios que no cuadraban. Algunos nombres estaban renombrados con letras minúsculas que yo nunca usaría. Imágenes duplicadas. Archivos que deberían estar intactos habían sido editados, aunque yo no los había abierto desde hace días.

Al principio pensé que era una falla del sistema. Un virus. Algún error estúpido que solucionaría reinstalando el antivirus, haciendo un escaneo cualquiera. Pero cuando intenté acceder a mi correo profesional, la sensación de invasión fue innegable. Mi contraseña era incorrecta.

La escribí otra vez, más despacio, prestando atención a cada letra. *Nuevamente incorrecta.*

Insistí. Probé con la copia de seguridad. El código de verificación nunca llegó. Ninguna notificación. Ninguna recuperación de cuenta.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Era imposible.

Mis contraseñas eran largas, mezcladas y aleatorias. Las memorizaba con dificultad, pero jamás las cambiaba sin anotarlas. Abrí otros sitios. Redes sociales. Todo desconectado. Algunas cuentas fueron suspendidas por intentos fallidos de acceso. Otras decían que la contraseña había sido modificada el día anterior. Un día en que, sabía, no había tocado ninguna.

Fue ahí, en esa cadena de respuestas automáticas, en ese conjunto de mensajes fríos e impersonales de la interfaz digital, que lo entendí: alguien había entrado. No en mi apartamento, sino en mí. En mi rutina, en mis hábitos, en esa parte de mí que aún creía tener bajo control.

La visión se me nubló. El cuerpo se congeló, pero el rostro me ardía. El mundo parecía contraerse a mi alrededor. Me levanté de la

silla de golpe, con las piernas temblando, la cabeza latiendo de rabia y humillación. Di vueltas por el cuarto, como un animal enjaulado, buscando una pared que cediera. Pero todas parecían sólidas. Inquebrantables y, peor aún, cómplices.

Tomé el celular con la mano temblorosa. Intenté contactar a la operadora. Traté de rastrear actividades. Intenté hacer algo que me devolviera la posesión de mi identidad. Pero todo estaba demasiado limpio. Demasiado profesional. Como si quien lo hiciera supiera exactamente cómo borrar huellas, cómo ocupar un espacio sin dejar rastros y, aun así, hacerme sentir cada paso.

Volví a la computadora y, con esfuerzo, abrí el bloc de notas, lo único que aún parecía responder. Escribí cualquier palabra, solo para probar que todavía podía, que aún había un rincón donde *yo era yo*.

Fue entonces cuando apareció.

Una ventana se superpuso. Un *pop-up*[1] simple, sin alerta de virus, sin botón para cerrar.

"Deberías agradecerme. Solo estoy organizando tu desorden".

La frase brilló por un segundo y desapareció.

Cerré la laptop con fuerza, como si eso pudiera romper la conexión, terminar el juego. Pero ya era tarde. Él había entrado. Por primera vez, de forma declarada, todo lo que me quedaba era el eco de su presencia digital, tan invasiva como un toque, tan íntima como la respiración que escuché al teléfono.

No sabía cómo hacía eso. Pero sí sabía por qué. Cuanto más me quitaba, más difícil era negar que yo misma estaba dejando que lo hiciera.



Había algo vergonzoso en ir hasta la comisaría. No por el lugar en sí, sino por mí. Por estar ahí, arrastrando mi presencia como si fuera un pedido de ayuda que ya sabía que no aceptaría nadie. El camino hasta allí lo recorrí con pasos rígidos, cabeza baja, manos escondidas en los bolsillos del abrigo. Ensayaba mentalmente cómo decir las cosas, cómo hacer creíble lo que me estaba pasando sin parecer loca, paranoica o, peor aún, patética.

El edificio era pequeño, con paredes amarillentas por el tiempo, una placa metálica oxidada que se movía con el viento como una ironía. Dentro, el olor a papel viejo y café recalentado se mezclaba con el sonido apagado de conversaciones que no querían ser escuchadas. La recepcionista me miró sin levantar la cabeza, demasiado ocupada llenando algún formulario, y me pidió que esperara.

Esperé.

Quince minutos después, me llamó un policía demasiado joven para inspirar confianza. Me recibió con una sonrisa automática, tomó una silla y me indicó que me sentara. Conté. O intenté contar. Hablé de las contraseñas cambiadas, de los archivos manipulados, de las notas anónimas, de la llamada con voz distorsionada. Expliqué los detalles con la frialdad posible de quien no quiere desmoronarse frente a un desconocido. Esperaba preguntas. Esperaba cautela. Pero lo que recibí fue ese tipo de mirada que empieza con interés y termina en incredulidad.

—¿Tiene pruebas de que alguien entró a su casa? —me preguntó, con un tono burocrático demasiado evidente para disimular el aburrimiento.

—No dejó mucha evidencia. Pero… sé que estuvo ahí. Tocó todo. Escribió cosas de mí que nadie más podría saber.

—¿Conoce a esa persona?

—No sé... quizá —la frase salió entrecortada—, pero él me conoce.

Él tomaba nota despacio, como si solo estuviera matando el tiempo hasta que el café se enfriara. Me miró con condescendencia,

como si fuera solo otra mujer impresionable, de esas que leen demasiados thrillers y deciden convertir su propia soledad en un guion de persecución.

—¿Notas... anónimas? —repitió, arqueando ligeramente la ceja.

—Sí. Notas dejadas dentro de mi casa. En mi bolso. Él sabe cosas sobre mí que nunca le conté a nadie.

Hubo una pausa. Se reclinó un poco en la silla y entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Mira, Ángela... ¿puedo llamarte así, verdad? —Su voz tomó un tono casi paternal—. Estas cosas son muy delicadas. Vemos muchos casos así. Personas en situaciones de estrés, aislamiento, ansiedad... a veces la mente crea patrones, ¿sabes? Sensaciones de persecución, de control...

Quise gritar. Quise tirar la silla contra la pared. Pero me quedé ahí, sentada, escuchando mientras disfrazaba su desinterés con frases vacías y expresiones que rozaban el sarcasmo.

—Si tienes alguna evidencia concreta —continuó—, mensajes con amenazas directas, cámaras que registren a alguien entrando en tu apartamento, capturas de pantalla... ahí sí podemos abrir un expediente formal. Por ahora, solo puedo anotar tu relato. ¿Quieres dejarlo registrado?

Lo miré. Miré la mesa. Miré el bloc de notas, donde apenas garabateaba. Y luego me miré a mí misma, reflejada en la superficie empañada del vidrio de la ventana detrás de él. Parecía normal. Vestida, lúcida, en silencio. Nadie allí vería lo que pasaba por dentro.

—No —respondí, levantándome despacio—. No sirve de nada.

Se encogió de hombros, con una sonrisa que me pareció ensayada, y agradeció la visita. Salí de la comisaría con pasos duros, sintiendo la piel arder. La luz del sol me golpeaba los ojos, la acera parecía inestable bajo mis pies. Había intentado pedir ayuda y me trataron como un error del sistema. Como una loca fácilmente descartable.

En ese momento lo supe: él contaba con eso, con el silencio, con la incredulidad, con que nadie, absolutamente nadie, me protegería de él.

El único que creía en mí... *era él.*

El camino de vuelta a casa fue una extensión del colapso. El asfalto parecía más áspero bajo mis pies, el ruido de los autos más estridente, las conversaciones a mi alrededor más lejanas. Caminaba como quien carga una confesión a cuestas, y el mundo parecía intuirlo, me evitaba con la mirada, me abría espacio en las aceras, como si pudiera olfatear el peso que traía conmigo. Mis manos estaban frías y sudorosas al mismo tiempo, los hombros tensos, y un dolor punzante se instalaba en la base de la nuca, latiendo con cada paso que me alejaba de la comisaría y me acercaba, inevitablemente, a él.

No sabía dónde. Ni cómo. Pero sabía que vendría. Sabía que había intentado romper el juego y él aparecería para recordarme quién tenía el control.

Fue rápido. Cruelmente calculado. Como todo lo que hacía.

Doblé la esquina de mi edificio con la cabeza baja, el paso acelerado, las llaves ya entre mis dedos cuando lo sentí. El aire cambió. Mi cuerpo lo reconoció antes que mis ojos. Un calor súbito recorrió mi piel y, antes de que pudiera reaccionar, una mano se cerró suavemente sobre mi brazo.

No hubo violencia en el gesto. No hubo fuerza. Fue un toque leve, casi respetuoso. Pero bastó para que todo mi cuerpo se congelara.

Levanté la mirada.

Era él.

Ahí, a la luz del atardecer, bajo el reflejo dorado del letrero de la farmacia de la esquina, de pie frente a mí con esa maldita media sonrisa, como si me hubiera estado esperando todo el tiempo. Como si me hubiera visto salir de la comisaría y supiera cada palabra dicha

allí dentro. Sus ojos oscuros, fijos en los míos, me atravesaban con una calma que rozaba la locura.

Intenté sacar mi brazo. Él no me apretó más fuerte. Solo me sostuvo ahí. Conectada. Anclada en su presencia.

—¿Fuiste a pedir ayuda? —preguntó, y la voz salió baja, ronca, con un tono de diversión contenida—. Qué tierna.

El sonido me atravesó como un puñetazo en el estómago. Pero fue el contacto, aún pegado a mi piel, lo que me destrozó. Era cálido. Firme. Como si hubiera electricidad saliendo de sus dedos. Una corriente que me alcanzaba directo entre las piernas, encendiendo cada nervio que intentaba apagar. El miedo llegó primero, en un reflejo natural. Pero se mezcló con el placer en un segundo que me avergonzaría hasta la muerte. Mi cuerpo respondió antes que la razón. Mis pezones se endurecieron bajo la blusa fina. El calor bajó hasta el vientre, donde el pulso se concentró con brutalidad. Sabía que él lo notaba. Que esa media sonrisa no era coquetería, era dominio.

—Por favor... —intenté decir, pero mi voz falló, ahogada por un suspiro que parecía un gemido.

Se acercó más. Tan cerca que su pecho casi rozaba el mío. Su boca quedó a centímetros de mi oído y, cuando habló de nuevo, su respiración caliente me hizo cerrar los ojos.

—Estás mojada, ¿no?

Sentí las piernas flaquear. La palabra que debería haber dicho era "no", o "detente", o cualquier cosa que lo alejara. Pero mi garganta se cerró, mi cuerpo se rindió, y me quedé ahí, entregada. Enfadada conmigo misma. Avergonzada. Deseosa.

Soltó mi brazo, como si hubiera ganado. Como si dejarme ir fuera la prueba final de que ya no era dueña de mí misma. Sus ojos me devoraron por última vez antes de dar dos pasos hacia atrás, con las manos en los bolsillos y el cuerpo relajado.

—Hasta luego, Ángela.

Se fue y yo quedé paralizada, con los ojos ardiendo, las rodillas temblando y mi vulva latiendo en una mezcla insoportable de excitación y repulsión. Todo mi cuerpo gritaba por algo que mi mente se negaba a aceptar. Debería estar corriendo. Llorando. Llamando a alguien. Pero todo lo que pude hacer fue cerrar los ojos y desear que él regresara.



Capítulo 6

Me despertó el sonido de un susurro.

No fue cualquier ruido, ni un sonido de la ciudad entrando por las ventanas ni el crujido habitual de la madera vieja acomodándose al frío de la madrugada. Fue un susurro real. Personal. Dirigido. Una voz arrastrada, baja, demasiado íntima para no tener dueño. Lo más perturbador era eso: me llamó por mi nombre. No como si me estuviera despertando, sino como si acariciara mi interior dentro del sueño.

—Ángela…

Así desperté.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Un escalofrío cortó mi columna como un hilo helado, y mis manos apretaron las sábanas con fuerza antes incluso de abrir los ojos. La habitación estaba oscura, como de costumbre. Las luces apagadas, la cortina apenas cerrada, dejando escapar solo una franja pálida de luz lunar que recortaba la pared como una cicatriz. Por un momento quedé inmóvil, escuchando... Sintiendo el corazón acelerado. La respiración corta. Los oídos alerta, buscando cualquier eco, cualquier repetición, cualquier respiración que no fuera la mía.

Pero solo había silencio y una soledad que ya no era segura.

Me senté en la cama despacio, con movimientos tensos, como si estuviera a punto de salir corriendo. Mis pies tocaron el suelo frío y el contacto me pareció más agresivo de lo que debería. Extendí la mano y encendí la lámpara. La luz suave iluminó el escenario conocido: la mesita de noche, el vaso de agua a medio llenar, el libro abandonado sobre la almohada y las sábanas revueltas. Todo en su lugar. Todo igual... Sin embargo, la habitación parecía distinta. Como si alguien acabara de salir, como si las paredes aún conservaran el calor de la presencia que las atravesó.

Me llevé la mano al cuello. Estaba húmedo. Tenía mi piel erizada. No era sudor común. Era una reacción. Como si respondiera a un roce que no existió. Pero lo sentía. El calor estaba allí, entre el hombro y la mandíbula, como si unos labios hubieran estado hace minutos susurrando mi nombre, probando la sal de mi piel.

Me quedé sentada, abrazando las rodillas contra el pecho, intentando calmar los pensamientos. Quizá era solo una pesadilla, un efecto cruel de una mente agotada y asustada. Pero sabía, en el fondo del estómago, que no era imaginación. Su presencia flotaba en la habitación como un fantasma concreto. Como si hubiera estado allí hacía unos instantes y hubiera desaparecido justo en el momento en que abrí los ojos.

Entonces mi mirada se posó en un objeto extraño en el rincón oscuro cerca de la puerta. Una pequeña caja blanca, demasiado discreta para ignorarla, brillaba con la débil luz de la luna como una invitación silenciosa. Mi respiración se detuvo un instante y la sola idea de salir de la seguridad de la cama para tocarla parecía absurda. Pero necesitaba saber. Lentamente apoyé los pies descalzos en el suelo frío y caminé hacia allá.

La caja estaba cerrada con un lazo delgado de satén rojo. Desaté el nudo con dedos temblorosos, y la tapa se abrió sin resistencia, revelando un contenido perturbadoramente delicado: una lencería negra, de encaje, tan sensual como provocativa, doblada con precisión, como si alguien que conociera íntimamente

cada curva de mi cuerpo la hubiera elegido para mí. Sobre ella había una pequeña tarjeta blanca con una sola frase escrita en letras elegantes:

"Ponte esto y ve al balcón".

Las palabras me golpearon directo en el pecho. La garganta se me cerró mientras el cuerpo respondía con una mezcla imposible de miedo y excitación. Él había estado aquí, tal vez mientras yo dormía, respirando en mi oído, eligiendo meticulosamente esa prenda íntima para mí. Era invasivo, obsceno y por eso mismo, terriblemente excitante. Mi mente gritaba que resistiera, que rasgara esa tela, que quemara todo, pero mis manos traicionaban mi voluntad, tocando el tejido suave con una reverencia involuntaria.

Sabía que me manipulaban y lo sabía con una lucidez dolorosa, pero algo perverso en mí quería obedecer. Quería descubrir qué pasaría si hacía justo lo que él pedía. Una parte de mí anhelaba desesperadamente el dulce castigo de esa sumisión. Con las manos temblorosas, sujeté la lencería contra el pecho, sintiendo el tejido frío contra la piel caliente, tratando de decidir si lo que más temía era desobedecerlo o aceptar lo que ya estaba demasiado claro para negar: que mi cuerpo le pertenecía más a él que a mí misma.

Entonces, con un movimiento lento, como quien cede a la fuerza irresistible de un destino ya escrito, empecé a quitarme la ropa, pieza por pieza, con la respiración acelerada y el corazón palpitando entre las piernas, lista para ponerme esa sentencia y descubrir hasta dónde podría llegar mi obediencia.

La lencería se deslizó sobre mi cuerpo con una facilidad que me humilló. Se ajustaba a mis curvas como si estuviera hecha a medida... y quizá lo estaba. La tela delicada abrazaba mis tetas con una suavidad obscena, dejando los pezones expuestos bajo la transparencia del encaje, mientras la bombacha marcaba la cintura con tiras delgadas y maliciosas que parecían susurrar un pecado con cada movimiento. Debería haber sentido vergüenza. Debería haber

sentido miedo. Pero sentí otra cosa. Algo más profundo. Más cruel. Algo que se escondía en la parte más oscura de mí.

El balcón estaba frío, aunque el cielo estaba despejado en esa madrugada silenciosa. El viento tocó mi piel como dedos invisibles y me erizó entera, pero el calor que ya ardía entre mis piernas no cedía. Abrí la puerta de vidrio despacio, como quien cruza un límite del que no se puede volver. La luz de la calle bañaba los edificios con tonos pálidos e indecentes, y el mundo afuera parecía suspendido, como si contuviera la respiración solo para verme.

Apoyé las manos en el barandal, con el cuerpo expuesto, frágil, envuelto en encaje, temblando más por lo que sentía que por el frío. Los ojos recorrieron los edificios frente a mí, las ventanas apagadas, los techos quietos. Pero yo lo sabía. No necesitaba verlo para saberlo. Él estaba ahí. En algún punto invisible de esta ciudad, observándome con los ojos hambrientos clavados en mí. Lo peor era lo que pasaba dentro de mí por saber eso.

Mis dedos tocaron mi vientre con una breve duda, casi ceremonial, antes de descender lentamente hasta encontrar el centro de mi placer. Temblaba. De miedo, de culpa, de deseo. Tal vez de todo eso junto. Pero seguí. Porque había algo en la idea de ser vista, de ser poseída por una mirada que me desnudaba con más precisión que cualquier mano, que me llevaba a un estado donde el juicio desaparecía. Donde dejaba de existir como mujer y me convertía solo en piel, carne, sumisión.

Mis dedos giraron en círculos suaves sobre mi clítoris, luego más firmes, más rápidos. La humedad crecía bajo el toque, el clímax se construía con una furia lenta e inevitable.

Él me estaba mirando. Lo sabía. Lo sabía con la certeza de quien siente la mirada aunque no la vea. La idea me corroía. Me incendiaba. Me rompía.

Llegué a mi orgasmo con el rostro girado hacia el cielo, mis ojos cerrados y mis dientes apretados en el labio para no gritar. El placer explotó en oleadas tan fuertes que apenas pude mantener mis piernas firmes. Pero justo después del éxtasis llegó ella: *la culpa.*

Entró como un viento frío por las grietas del placer recién vivido. Me sentí sucia, usada, cómplice. Entré a la habitación en silencio, sin valor para prender la luz. Me acosté en la cama aún con la lencería puesta, con el cuerpo cansado y el corazón en guerra. El olor de mi propia excitación impregnaba mi piel, mezclado con el miedo.

Cerré los ojos y deseé que fuera mentira, pero una parte de mí, tal vez la más sincera, ya esperaba la próxima orden.



Capítulo 7

Los días que siguieron a la nota, a la lencería, al balcón, fueron una densa y lenta neblina, hecha de horas repetidas y pensamientos en círculo. Trabajar se volvía cada vez más difícil. Dormir, casi imposible. Me despertaba en medio de la noche con la piel erizada y las sábanas húmedas de sudor o deseo. Con cada movimiento tenía la sensación de que él había dejado algo en mí. No físicamente. Era algo más sutil. Se escondía entre los gestos cotidianos, en el café que se enfriaba antes del primer sorbo, en los archivos revueltos de la computadora, en la lencería que aún no había tenido el valor de tirar.

Necesitaba salir. Necesitaba alejarme. De él. De mí.

Fue en una de esas madrugadas sin dormir que deslicé mi dedo por la pantalla del celular con una prisa entumecida, como quien busca cualquier alivio, un rostro desconocido que me recordara que el mundo está hecho de otras personas y no solo de él. Creé una cuenta en una aplicación que nunca pensé usar. Nada me parecía más vacío, más absurdo, más artificial... y, por eso mismo, seguro. Distante. Imposible de tocar lo que él ya había marcado.

Entre frases tontas y perfiles que parecían copias unos de otros encontré a un hombre llamado Daniel. Era atractivo, de una manera genérica pero no desagradable. Tenía una sonrisa simpática y preguntas cordiales, de esas que alguien practica para no parecer invasivo. Hablamos unas horas. Nada profundo. Nada personal. Era lo que quería. Algo superfluo.

Cuando me invitó a tomar un café dudé dos largos minutos. Pero acepté.

Nos encontramos en una cafetería iluminada, con plantas colgando del techo y música instrumental demasiado ambiental para resultar acogedora. Yo llevaba un vestido negro simple, el cabello suelto y un poco de lapiz labial. Era como interpretar un papel. Una mujer funcional. Una mujer que podía sentarse frente a un desconocido y hablar de películas, trabajo remoto, restaurantes de la ciudad. Sonreía. Asentía. Dije palabras como "interesante" y "gracioso" con una entonación que me sorprendía. Pero, por dentro, estaba en otro lugar.

Daniel era amable. Tenía una mirada honesta, manos cuidadas y hablaba despacio. Preguntó poco. Eso me agradó. Podía esconderme detrás de una versión editada de mí misma. Y quizá, por unos minutos, lo logré.

Hasta que lo sentí.

Esa sensación: como una corriente de aire frío recorriendo el pecho. La certeza de que me estaban observando.

Me tomó unos segundos convencerme de que no era paranoia. Mis ojos recorrieron el ambiente con una naturalidad calculada. Una, dos, tres veces. Nada. Sin embargo, el malestar crecía. Como si una presencia ocupara el mismo espacio que el aire. Como si estuviera traicionando a alguien, aunque no hubiera prometido nada. Como si los ojos que tanto me dominaron estuvieran ahí, entre las estanterías de libros, entre las tazas de café, esperando a que los notara.

Daniel tocó mi mano sobre la mesa y sonrió. Fue un gesto inocente. Pero en ese instante, mi cuerpo entero se tensó. Su mano

era tibia, pero extraña. Algo andaba mal. Me sentía tan culpable que casi me avergoncé de la repulsión instintiva que me invadió.

—¿Está todo bien? —preguntó, con una mirada amable.

Asentí. Sonreí de vuelta. Dije que sí. Pero por dentro, gritaba.

Sentí mi celular vibrar en el bolsillo del abrigo. Cuando miré la pantalla, no había un número. Solo un mensaje:

Bonito el vestido, pero te ves más hermosa sin él.

Solté el celular como si me quemara la mano. La sangre se fue de mi rostro, mi estómago se revolvió y solo entonces me di cuenta: él estaba ahí.

No sabía dónde. Tal vez al otro lado de la calle. Tal vez dos mesas atrás. Tal vez en ningún lugar, porque ya no necesitaba estar físicamente presente. Ya era parte de mí. Era el miedo mismo disfrazado de placer.

Me disculpé con Daniel. Le dije que no me sentía bien, que tenía que irme. Él intentó insistir, preocupado, pero mi necesidad de huir fue más fuerte. Salí de la cafetería con pasos acelerados, crucé la calle sin mirar y sentí el corazón latir tan rápido que parecía no seguir el ritmo de mi cuerpo.

Mientras me alejaba, pude sentir (más que ver) su sonrisa. No porque estuviera feliz, sino porque había ganado. Otra vez.

La noche parecía más oscura de lo normal. Las luces de la ciudad, en lugar de dar seguridad, dibujaban sombras extrañas en las aceras, distorsionando los contornos del mundo a mi alrededor. Cada semáforo rojo parecía latir como una alerta. Cada vidrio reflectante mostraba algo que no estaba ahí. Caminé sin rumbo fijo, guiada solo por la urgencia de escapar de la sensación de que él todavía me seguía.

Y estaba allí.

No era como antes, cuando solo lo imaginaba. En ese momento, él se aseguraba de que yo lo supiera.

Me detuve frente a la vitrina de una tienda cerrada, respiré hondo y me forcé a mirar mi propio reflejo, como si eso fuera suficiente para anclarme. Detrás de mí, al otro lado de la calle, la silueta de un hombre alto se destacaba bajo el toldo de un edificio comercial. Estaba parado, apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos del abrigo oscuro. No se ocultaba. No se movía. Solo me miraba.

Supe de inmediato que era él.

No porque lo reconociera con claridad, sus rasgos estaban parcialmente cubiertos por la sombra de la noche, sino porque mi cuerpo reaccionó antes que la razón. El mismo escalofrío, el mismo calor entre las piernas, el mismo dolor súbito en el pecho que se confundía con deseo.

Él inclinó la cabeza levemente, como quien saluda. Como quien dice: *"has vuelto a mí".*

Me quedé ahí, sin poder moverme. Temblando. Humillada. Excitada. La vergüenza me quemaba por dentro, pero aun así mis ojos se negaban a apartarse. El hecho de que él estuviera ahí, mirándome con esa calma enfermiza, no me hizo huir. Me hizo temblar de expectativa.

Él sabía que había salido con otro hombre. Que intenté distraerme, huir y reaccionar. En ese momento, frente al silencio de la ciudad y al ruido ensordecedor de mi propia culpa, él me observaba como quien observa una marioneta a punto de darse cuenta de sus propios hilos.

Los coches pasaban entre nosotros, pero él no se movía. Ni parpadeaba. Solo esperaba que yo tomara conciencia, no del peligro, sino de la rendición.

Quise gritar. Quise cruzar la calle y enfrentarlo. Pero hice lo contrario. Bajé la mirada. Un gesto pequeño. Suficiente. Un gesto que decía todo lo que él quería escuchar: *sé que estás ahí y, aun así, sigo intentando evitarte.*

Cuando miré de nuevo, él había desaparecido.

Pero el daño ya estaba hecho.

Él ya no necesitaba esconderse, porque quien se escondía era yo y lo hacía dentro de mi propia piel.

El departamento parecía más oscuro de lo habitual cuando entré. Había algo en el aire, un silencio diferente, pesado, denso como humo. Cerré la puerta con cuidado, como si el sonido pudiera despertar algo que estuviera dormido adentro. Lo primero que hice fue revisar las cerraduras. Estaban en su lugar. Pero eso ya no significaba nada. Él nunca tuvo que forzar la puerta. Nunca dejó rastros visibles.

Dejé caer el abrigo sobre el respaldo de una silla, sintiendo el corazón aún acelerado por las escenas del encuentro con Daniel, por el mensaje, por la sombra que parecía impregnada en mis ojos. Caminé por la sala con la luz apagada, guiada solo por la luz tenue de la ciudad que entraba por las ventanas. Entonces, justo cuando pasé por la puerta del cuarto, lo supe.

Él había estado ahí.

Me di cuenta antes de ver la rosa. No fue por el olor, aunque el perfume era el mismo, ese dulce empalagoso que se quedaba pegado en la piel. Fue por la sensación. Como si las paredes estuvieran demasiado calientes. Como si el aire hubiera sido moldeado por su respiración.

Y allí estaba ella.

Sobre la almohada. Una rosa roja, con pétalos abiertos, casi florecida, con el tallo limpio y cortado con delicadeza. Sin espinas. Sin nota. Sin explicación. Una ofrenda que no pedía respuesta, solo sumisión.

Sentí que mi rabia subía. Un odio caliente e inútil que se mezclaba con el escalofrío insistente que comenzaba a recorrer mi cuerpo. Caminé hacia el armario y abrí las puertas con brutalidad, revisando cada pliegue con la mirada, cada rincón. Algunas prendas estaban ligeramente fuera de lugar. El perfume que suelo usar estaba destapado. La cremallera del neceser entreabierta. El cajón

donde guardaba mi lencería más íntima había sido tocado... no faltaba nada, pero todo gritaba “yo estuve aquí”.

Él quería que lo supiera. Lo quería dejar claro. La rosa era la nota, “el toque sin tocar". El mensaje silencioso de alguien que invadía no solo mi casa, sino mi cuerpo, mi cabeza y mi dignidad.

Me senté al borde de la cama, con los dedos presionando las sienes, tratando de no llorar. Quería levantarme. Quería reaccionar. Quería gritar, denunciar, huir, destruir todo, pero hice lo contrario.

Me acosté. Lenta, derrotada, furiosa, y me toqué.

Primero con rabia. Con mis dedos duros, impacientes, como si pudiera arrancarle la fuerza que había dejado dentro de mí. Pero con cada movimiento, la rabia cedía lugar a lo que más odiaba de mí misma: el placer. El deseo me quemaba, insoportable, vergonzoso e innegable.

Cerré los ojos, y él estaba ahí. No con un nombre, porque seguía siendo el hombre sin identidad, la sombra, el invasor; pero también era el dueño de mi clímax.

Me masturbé con furia, con prisa, con culpa, y llegué rápido al orgasmo, en silencio, con las piernas tensas y los ojos húmedos, porque la vergüenza ya se había vuelto rutina. Porque ya no sabía cómo existir sin él.



Capítulo 8

A la mañana siguiente, la luz entraba por la ventana con violencia. El día era claro, amplio, cortante, de esos que gritan su existencia con tanta fuerza que opacan cualquier intento de esconderse. Por un momento pensé en no levantarme. Quedarme ahí, entre las sábanas todavía marcadas por lo que hice la noche anterior, por lo que sentí, por lo que deseé aunque no quisiera. Pero el estómago me dolió. Un recordatorio fisiológico de que yo existía. De que mi cuerpo aún necesitaba cosas básicas, aunque mi alma ya estuviera entregada a otro hambre.

Me levanté despacio.

El departamento estaba exactamente como lo había dejado: el vaso con agua a la mitad, la rosa muerta con perfume intacto sobre la almohada, el cajón de la lencería entreabierto, como una herida que no cicatriza. Me puse un pantalón de jean ancho, un suéter viejo, recogí mi cabello y me calcé las zapatillas. Solo necesitaba comprar comida. Eso era todo. Un gesto simple, cotidiano y práctico. Algo que cualquiera hace sin pensar. Pero yo lo pensaba.

A cada paso, a cada giro de la llave, a cada respiración antes de salir, pensaba en él.

El sol me golpeó apenas puse los pies en la acera. El movimiento de la calle era demasiado banal. Gente yendo y viniendo con sus auriculares, sus bolsas de pan y sus perros apurados. Nadie miraba. Nadie veía. Pero yo veía. Todo. Cada sombra. Cada reflejo en el vidrio. Cada hombre alto que cruzaba la calle me hacía contener la respiración. Esperaba. Esperaba por él.

En la primera esquina doblé con el corazón acelerado, como si él pudiera estar ahí, apoyado en algún poste, con los brazos cruzados, mirándome como quien ya me ha poseído mil veces... pero no había nadie.

En el camino al supermercado pasé por un puesto de periódicos. El vendedor me dijo buenos días y me asusté por mi propia reacción. Mi cuerpo estaba en modo alerta, como si todo a mi alrededor fuera una máscara. Sin embargo, no había ninguna nota escondida, ni voces en el viento, ni presencias invisibles.

En el supermercado, empujé el carrito con una lentitud enfermiza. Las luces fluorescentes zumbaban dentro de mi cabeza. Elegí frutas que no pensaba comer, caminé por pasillos que no necesitaba recorrer, abrí la puerta de los congelados y la dejé abierta solo para sentir el frío en la piel. Esperaba verlo doblar la esquina. Esperaba que apareciera a mi lado, con esa media sonrisa, con alguna frase venenosa que me atravesara. Esperé. Esperé con tanta fuerza que sentí rabia por mi propia expectativa.

Pero no vino y eso fue lo que me destruyó.

Pagué las compras casi sin darme cuenta, le agradecí a la chica de la caja sin registrar su rostro, y salí con las bolsas balanceándose en las manos, como si cada una de ellas no contuviera comida, sino culpa.

En la calle, la ausencia de él pesaba más que su presencia. Cada paso me recordaba que estaba sola y eso, en ese momento, me parecía peor que ser observada. Me había acostumbrado a la mirada, al juego, al control. Allí, con la ciudad ignorando mi

existencia, con él en absoluto silencio, lo que quedaba era el eco de lo que me había convertido.

El pensamiento más vergonzoso cruzó mi mente sin pedir permiso:

¿Se habrá cansado?

¿Habré hecho algo mal?

Me odié con una intensidad que casi me hizo llorar en medio de la calle.

No por su violencia, sino por la violencia de desear que regresara.

Seguí hacia la entrada del edificio como si llevara más que bolsas de supermercado. Llevaba el peso de mi propia mente: saturada por la frustración, por el vacío insoportable de no verlo, de no sentirlo, de no ser tocada ni con la mirada. El pasillo estaba demasiado silencioso. El ascensor detenido, esperándome, con las puertas abiertas y la luz fría parpadeando como una advertencia. Entré sin dudar, aunque la garganta se me apretaba por una angustia que no tenía sentido.

Presioné el botón de mi piso. Las puertas se cerraron con un golpe suave.

Todo parecía normal. Hasta que dejó de serlo.

A mitad de la subida, el ascensor tembló levemente. Un zumbido extraño recorrió las paredes metálicas. Entonces, todo se apagó...

La luz desapareció. El sonido se detuvo. La máquina entera fue tragada por un silencio cortante. El panel se apagó. Los números eran invisibles. El aire se volvió más denso, más caliente. Como si el espacio se hubiera encogido de repente, como si las paredes estuvieran más cerca que antes.

Las bolsas se deslizaron de mis manos y cayeron al suelo, con el sonido seco de paquetes esparciéndose. Me paralicé. Mis ojos intentaban adaptarse a la oscuridad, pero no había nada que ver. Solo el vacío negro y denso que latía a mi alrededor.

—No —murmuré, con un susurro que se perdió en mi garganta—. Por favor…

Entonces, comprendí que él había entrado.

La voz vino de algún punto del ascensor. Grave, arrastrada, como una corriente caliente deslizándose por mis oídos.

—¿Me extrañaste, Ángela?

Tragué saliva. Sentí mi piel erizarse por completo. Mi corazón latía demasiado fuerte para ser ignorado.

Me giré instintivamente en todas direcciones, pero no había un punto fijo. Solo la voz.

—¿Ahora me vas a ignorar? ¿Después de todo lo que hice por ti? —continuó, con el tono de quien saborea el miedo—. Te vi tocándote. En el balcón. En el cuarto. ¿Sabes cuántas veces me imaginé en el lugar de tus dedos?

No pude responder. No lograba respirar bien. Su presencia era tan real como la mía. Él estaba ahí, conmigo. Invisible, pero presente. Tan cerca que podía sentir el calor de su respiración.

—Te advertí que el silencio no era ausencia. Solo esperaba a que lo sintieras. —La voz se hizo más baja, más cercana—. Y ahora lo sientes.

El sonido de la tela moviéndose en la oscuridad. Un paso. Dos. Un suspiro atrapado en mi garganta.

De repente, sus dedos, fríos y firmes, tocaron la parte interna de mi muslo. Subieron despacio, con una calma obscena, hasta encontrar la cintura de mi pantalón. Y antes de que pudiera retroceder, antes de pensar o reaccionar, lo bajó con una precisión brutal. Me debatí por dentro, pero mi cuerpo... mi cuerpo no se resistía. Me conocía demasiado bien. Sabía exactamente dónde tocar. Cómo. Cuándo…

—Quédate quieta —susurró, demasiado cerca de mi boca—. No quieres que nadie te escuche, ¿verdad?

Y no quise.

Ni siquiera cuando se arrodilló contra la pared del ascensor y hundió el rostro entre mis piernas con un hambre que me hizo arquear la espalda. Su lengua era afilada, implacable. Me lamía como quien reclama, no como quien suplica.

Su boca me devoró como si fuera lo último que necesitara para sobrevivir. Su lengua era cruel, metódica, lamiéndome en largas pasadas desde el clítoris hasta la entrada, donde se detuvo solo para rozar la punta dos veces, antes de succionar con fuerza.

—Así... —murmuró contra mí, con la voz vibrando en mi carne —. Te vuelves aún más dulce cuando tienes miedo.

Intenté resistirme, pero sus manos sujetaron mis muslos con fuerza, impidiendo cualquier escape. Sus dedos cavaron en mi carne y juro que sentí sus marcas quedándose ahí, moradas y calientes, mientras me comía como si quisiera arrancar cada gemido con los dientes.

Cuando su lengua se hundió dentro de mí, grité. Él rió, el sonido resonó entre mis piernas antes de volver con más fuerza, con dos de sus dedos entrando... retorciéndose dentro mío mientras su boca se cerraba alrededor de mi clítoris, succionándome hasta que vi las estrellas.

—Acaba. —Fue una orden, no una petición—. Acaba en mi boca antes de que me detenga.

No tuve opción. Mi cuerpo se arqueó, los músculos de mi abdomen se contrajeron tan fuerte que me dolía, mientras él me bebía hasta la última gota, hasta que me caí de nuevo contra la pared, temblando, con las piernas tan débiles que apenas me sostenían.

La luz volvió con un chasquido seco, como una bofetada en la cara. Por un segundo la claridad me cegó y tuve que parpadear varias veces hasta que los contornos del ascensor volvieron a formarse a mi alrededor. El panel parpadeó con un sonido metálico y continuo, y el ascensor retomó la subida con suavidad, como si nada hubiera pasado. Como si el tiempo no se hubiera roto en la oscuridad.

Pero él ya no estaba.

Miré a mi alrededor con mi corazón aún acelerado, mis ojos desesperados por cualquier señal, cualquier sombra, cualquier detalle que confirmara su presencia. Pero solo quedaba el rastro de lo que dejó en mí, y las compras, tiradas en el suelo, esparcidas como piezas de un rompecabezas desarmado. Una bolsa de arroz rota, manzanas rodando por los rincones y un pote de yogur aplastado.

Ninguna huella. Ninguna ropa fuera de lugar. Ninguna marca visible.

Solo yo. Desorientada. Desnuda por dentro.

Me arrodillé lentamente, intentando recoger las manzanas una a una con movimientos rígidos, como si ese pequeño acto me devolviera algo de control, pero mis manos temblaban. Mi cuerpo aún respondía a los ecos de lo que había pasado minutos antes... *¿o segundos?* No lo sabía. Todo parecía suceder en una burbuja de realidad deformada.

Mientras juntaba las compras, con la respiración agitada y el sudor frío corriendo por mi espalda, una pregunta empezó a martillar con violencia dentro de mi cabeza:

¿Qué me pasa?

Porque me había gustado. Dios, llegué al orgasmo. Sola en la oscuridad, arrodillada como una ofrenda, con su boca entre mis piernas y su voz como banda sonora para mi propia rendición. A pesar del horror, la vergüenza, la violación de todo lo que juraba no aceptar, el recuerdo del placer era demasiado vivo. Demasiado caliente. Demasiado asfixiante.

Recogí la bolsa de arroz rota y sentí que las lágrimas quemaban mis ojos. Era un gesto tan ridículo, tan cotidiano y a la vez tan absurdamente simbólico. Como si intentara pegar de nuevo las partes de mí que él venía desmontando con precisión quirúrgica.

Me levanté con dificultad, acomodé las bolsas como pude y respiré hondo, con todo el cuerpo adolorido por un placer que se

mezclaba con culpa. Cada paso hacia mi puerta era una confesión muda. Cada movimiento era un recordatorio de que ya no tenía el control... quizá nunca lo había tenido.

Entré al departamento como una criminal que vuelve a la escena de su propio delito. Cerré la puerta con cuidado, apoyé la espalda en ella y me quedé ahí varios segundos, sintiendo el pecho subir y bajar como si hubiera corrido kilómetros.

La lencería se pegaba a mi piel bajo la ropa, su olor todavía estaba en mí y todo lo que podía pensar era: ¿por qué, entre tantos sentimientos posibles, lo que más me sacude... es el deseo de que él lo haga de nuevo?



Capítulo 9

Esa mañana me quedé demasiado tiempo frente al espejo. No miraba solo el reflejo de mi rostro cansado, con los ojos hinchados por tantas noches sin dormir, sino que buscaba, en algún punto entre la piel y lo que ésta ocultaba, el instante exacto en que dejé de pertenecerme.

Mis manos temblaban levemente cuando me até el cabello. Elegí una blusa cerrada, aunque hacía calor, y me calcé las zapatillas como si cada pequeño gesto pudiera protegerme. Salí de casa con las palabras ensayadas en la mente. Sabía lo que necesitaba decir, pero no sabía si esta vez alguien me escucharía de verdad.

La comisaría era la misma. La pared seguía agrietada, la silla era demasiado incómoda, el olor a café tibio y a papel barato impregnaba el aire. Esperé. Miré el celular varias veces sin saber qué buscaba. Tal vez un nuevo mensaje. Un nuevo aviso. Una prueba más de que él seguía ahí.

Pero el teléfono permaneció mudo. Y eso, de alguna forma, era peor.

Me llamó una mujer. Una inspectora de semblante firme y lentes oscuros colgando del cuello de la blusa. Me pidió que me

sentara. Tomó un bloc de notas y esperó.

—Quiero presentar una denuncia —dije, sintiendo cómo se me hacía un nudo en la garganta al pronunciar la primera palabra.

—¿Contra quién? —preguntó ella, seca, directa.

Fue ahí cuando todo comenzó a derrumbarse.

—No sé. —Mi voz falló—. Él... no tiene nombre. No sé cómo se llama. Nunca vi bien su rostro. Pero entró a mi casa. Varias veces. Sabe cosas íntimas. Me observa. Me tocó. Ayer, en el ascensor...

Las palabras salían demasiado rápido. Mi boca se movía antes de que la mente pudiera ordenar los pensamientos. Hablé de la rosa en la almohada, de las notas, de la lencería, del mensaje en el celular, del apagón en el ascensor, de la sensación de haber sido poseída por alguien que parecía existir solo en el límite entre lo real y la pesadilla.

Ella me escuchó en silencio por un rato. Luego, se recostó en la silla.

—¿Tiene alguna prueba? ¿O algo?

—No —respondí con el estómago encogido—. Él no deja rastros. Es como si supiera exactamente qué borrar. Siempre está un paso adelante.

Suspiró. Tocó algo en la computadora, anotó unas pocas cosas y volvió a mirarme con una mezcla de empatía y escepticismo.

—Señorita... lo que está diciendo es grave. Muy grave. Pero sin pruebas, sin nombre, sin imagen, es imposible formalizar una denuncia real. Puedo abrir un registro de lo que ha relatado, derivarla a una psicóloga de la red y recomendar medidas de seguridad, como cambiar contraseñas, activar verificación en dos pasos, ese tipo de cosas...

—No entiende —interrumpí, con la voz subiendo antes de poder controlarme—. Él toca mi ropa. Mis archivos. Me tocó. Me desnudó. Me hizo sexo oral. Y yo... —Me detuve, ahogada por la vergüenza—. No pude impedirlo. No grité. No reaccioné. Pero eso no significa que quisiera. Eso no significa consentimiento.

Me miró con más atención esta vez. Tal vez reconoció la desesperación en mis ojos. Tal vez vio lo que las palabras no podían explicar.

—¿Pero no vio su rostro?

—No. Estaba oscuro.

—¿Y no está segura de que siempre fue la misma persona?

—Sé que es él. Lo siento adentro. Siempre es él. Siempre lo fue.

Anotó algo en el informe, luego me entregó una copia.

—Vamos a dejar esto registrado. Y si hay alguna novedad... cualquier prueba concreta, por pequeña que sea, vuelva aquí. ¿De acuerdo?

Salí de la comisaría como alguien que sale de una sala de juicio sin sentencia. Ni inocente, ni culpable. Solo ignorada.

Caminé despacio por las calles, como si mi cuerpo hubiera ganado un nuevo tipo de peso. El de la impotencia. El de la humillación de no ser escuchada. El de cargar dentro de mí la prueba del crimen sin poder mostrarla.

Él tenía razón.

No tenía ningún nombre que darle y eso lo hacía aún más poderoso.



Desperté con la respiración agitada, como si algo me hubiera sacado del fondo de una pesadilla... o me hubiera sumergido aún más en ella. Mi cuerpo no se movía. Mis brazos estaban estirados hacia arriba, atados al cabecero de la cama, y las piernas, ligeramente separadas, amarradas al somier. Un pañuelo de seda cubría mis ojos, atenuando la visión y amplificando el pánico. Por un instante, lo único que escuché fue el latido de mi propio corazón dentro de mis oídos: salvaje, irregular, agudo.

Intenté tirar de mis brazos, intenté mover los tobillos. Las ataduras cedían lo justo para avisar que no eran toscas, pero lo bastante firmes para dejar claro que no saldría de ahí sola. Estaba inmovilizada, vendada. Totalmente vulnerable y desnuda de la cintura para arriba. La tela ligera de mi pijama subía con cada respiración, pero el short seguía en su lugar.

Entonces lo sentí. No en la piel. Sino en el aire.

El ambiente había cambiado. La habitación estaba diferente. Cargada. Como si respirara otra presencia. Como si los muebles fueran testigos silenciosos de algo a punto de suceder. No escuchaba pasos. Ni voces. Pero estaba su calidez y su olor. Esa combinación sutil de madera, tierra mojada y algo que no se fabrica en frasco... algo que me quemaba por dentro.

—Estás temblando…

Su voz llegó como un suspiro caliente contra mi cuello, mientras el colchón se hundía bajo su peso. Cada movimiento calculado, cada respiración controlada, como un depredador rodeando a su presa.

—No deberías hacer esto.

Sus dedos se deslizaron por mi muslo, tan despacio que dolía. La punta de sus dedos arañó levemente mi piel, dejando un rastro de fuego antes de engancharse en la cintura de mi short.

—Pero te gusta, ¿verdad? —Tiró de la tela, dejándola deslizar por mi cuerpo como un suspiro—. Te gusta sentir mi control. Te gusta saber que no puedes huir.

Mi respiración se aceleró, mi pecho subía y bajaba en jadeos cortos. Él sabía que cada roce, cada palabra, me dejaba más húmeda, más débil…

—Obsérvate cómo reaccionas ante mí… —Su mano apretó mi culo con fuerza, haciéndome arquear—. Incluso sin que te toque aquí… —Dos dedos se deslizaron entre mis piernas, encontrándome empapada—. Ya estás lista...

Intenté cerrar las piernas, pero él las forzó a mantenerse abiertas, presionando mis rodillas contra el colchón.

—No, cariño. No me escondes nada.

Pronto su boca estaba sobre mí.

No fue un beso, ni un lamido... fue una devoción. Su lengua se hundió profundo, explorando cada pliegue, succionando mi clítoris con un hambre que me hizo arquear la espalda.

—Así… —murmuró contra mi piel, haciéndome sentir sus labios vibrar—. Arquéate más. Quiero sentir que te entregas.

Gemí, clavando los dedos en la sábana. Él no paró, no dio tregua. Su lengua era implacable, moviéndose en círculos rápidos antes de penetrarme, una y otra vez, hasta que estuve a punto de explotar.

—¿Vas a acabar? —Tiró de mi cadera hacia su boca, apretando mi carne—. Acaba en mi lengua. Quiero sentirte temblar.

No pude contenerme. Un grito ahogado escapó de mis labios cuando el orgasmo me golpeó, violento e incontrolable. Él no se detuvo, siguió bebiendo de mí, prolongando cada ola hasta que estuve gimiendo, suplicando.

Pero no tuvo piedad.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, sus manos me giraron, colocándome a cuatro patas.

—Ahora me perteneces.

Sentí la punta de su miembro presionándome, ya duro, ya impaciente.

—¿Quieres? —Rozó mi cuerpo, provocándome.

Negué con la cabeza, pero mi cuerpo me traicionó, arqueándose hacia atrás, buscándolo.

Él se rió bajito, con crueldad.

—Mentirosa…

Entonces me penetró.

—Ah, mierda… —El gemido escapó de mis labios cuando entró de golpe, sin piedad, llenándome por completo.

—Qué vagina tan apretada, Ángela. Así me vuelves loco. —Sus manos agarraron mis caderas, hundiendo sus dedos en mi carne.

Empezó a moverse, cada embestida más profunda que la anterior. Yo me retorcía, intentando acomodarme a su tamaño, pero él no me dio tiempo.

—No huyas. Acéptalo. —Su voz estaba ronca, dominante.

Gemí, con mis músculos contrayéndose a su alrededor, tratando de jalarlo más adentro.

—Eso… —Se inclinó sobre mí, rozando mis labios contra mi oído—. Siente cada centímetro. Siente quién es tu dueño.

Lo sentí.

Cada embestida era castigo y promesa. Cada movimiento me llevaba más cerca del límite.

—Te haré acabar otra vez —prometió—. Y después, te llenaré con todo mi semen.

No pude responder. Mi cuerpo ya estaba al borde, temblando, suplicando.

—Eres mía. —Cada palabra era una embestida—. Tu boca es mía. Tu cuerpo es mío. Hasta tus gemidos son míos.

Quise odiarlo. Quise pelear. Pero mi cuerpo ya me traicionaba, se movía al mismo ritmo, ya lo empujaba hacia dentro como si no existiera nada más en el mundo que él.

Cuando el segundo orgasmo me alcanzó, fue como ser arrancada de adentro hacia afuera por un temblor brutal. Solté un grito ahogado contra la almohada mientras él seguía penetrándome, más rápido, más fuerte, hasta que su propio placer explotó dentro de mí, caliente y posesivo.

No se apresuró a salir. Se quedó ahí, ocupando cada espacio, como si quisiera asegurarse de que no lo olvidara.

—Ahora... —susurró, con los labios rozando mi nuca—. Dime quién es tu dueño.

¿Y lo peor?

Se lo dije.



Desperté con la boca seca y el cuerpo dolorido. La luz de la habitación entraba de lado por las rendijas de la cortina, dibujando líneas pálidas en el suelo. El aire estaba quieto, cargado de algo invisible, como si la habitación hubiera presenciado algo que todavía no sabía si era real. Mi cuerpo dolía de una manera familiar, muslos pesados, el pulso resonando aún entre las piernas, la piel sensible al menor movimiento de la sábana. Pero no había cuerdas. No había venda. Estaba libre. Vestida solo con la camiseta arrugada que apenas cubría lo suficiente. La cama estaba deshecha, pero no destruida. Las paredes, inmóviles. Ninguna señal de que él hubiera estado ahí.

Mi mente intentó aferrarse a la explicación más segura. Fue un sueño... Una pesadilla, tal vez. Algo que mi cabeza cansada creó a partir del deseo distorsionado y el miedo acumulado. Sí, era posible. Quizá estaba tan perdida dentro de mi propio delirio que mi imaginación había transformado fantasías enfermizas en una narración demasiado vívida.

Entonces lo vi.

Al lado de la cama, descansando sobre la mesita de noche, había una hoja de papel fotográfico brillante. Nada escrito. Ninguna dedicatoria. Solo la imagen: precisa, nítida y cruel.

Yo, acostada en esa misma cama, con los brazos atados al cabecero. Los tobillos sujetados. La venda en mis ojos. La boca levemente entreabierta en un suspiro que no recordaba haber dado, pero sabía que era verdadero.

Toqué el borde de la foto con mis dedos temblorosos. No temblaba de miedo. Temblaba por lo que me consumía más que el terror: el reconocimiento. Esa era yo. Y no había cómo negarlo. Ni cómo borrarlo.

Tragué saliva, con el sabor metálico de la culpa esparciéndose en mi boca. La foto era la prueba definitiva de que no fue un sueño. De que él estuvo ahí. De que me tocó. De que me usó. De que me vio en mis momentos más íntimos, más destrozados, y registró todo con una frialdad casi artística.

Mis ojos recorrieron la habitación buscando alguna cámara, algún agujero, alguna rendija. Nada. Él era cuidadoso. Profesional. Un fantasma con las manos sucias de mi placer.

Me senté al borde de la cama, todavía desnuda por dentro, sintiendo el peso de la imagen como si fuera una cicatriz nueva. Mi rabia crecía, pero no encontraba forma. La vergüenza se extendía como fiebre. Y en el centro de todo estaba el sentimiento más insoportable: el recuerdo de cómo gocé.

Porque la imagen no era de violencia. Era de rendición y lo peor de todo... era saber que él eligió mostrarme eso.

Como diciendo: *eres mía, incluso cuando te mientes a ti misma.*



Capítulo 10

Salí de casa con los ojos aún ardiendo por la falta de sueño, el cuerpo pesado por la confusión que cargaba desde que vi la foto.

La idea era respirar. Caminar hasta la esquina, comprar el café más amargo que encontrara y tratar, de alguna manera, de sentir algo que no fuera vergüenza o deseo. Pero, como todo en los últimos días, el plan se vino abajo en el camino.

Cuando abrí el buzón del edificio, no esperaba encontrar nada más que facturas y folletos mojados de propaganda. Pero había un sobre blanco ahí. Más grueso. Pesado. Sin sello, sin remitente, solo mi nombre escrito a mano, con esa caligrafía precisa, limpia, imposible de confundir. Por un segundo, dudé. El simple peso de aquello en mis manos parecía desplazar el mundo alrededor, como si todo se detuviera... el tránsito, los pasos de los demás vecinos, el ruido de las puertas. Solo estaba eso. Ese sobre. Esa verdad esperando a ser develada.

Subí de vuelta sin pensar. Cerré la puerta con llave y me senté en el suelo de la sala con el sobre en el regazo, como si abriera un cofre con las cenizas de la parte de mí que intentaba

mantener viva. Cuando lo rasgué, un pequeño cuaderno negro cayó al suelo. Tapa de cuero, discreto, sin título.

Era un diario.

Las primeras palabras fueron como un golpe seco en el estómago.

"Día 1.

Ella caminaba distraída por la calle principal. No me vio. Aún no. Pero yo la vi y supe...".

La garganta se me cerró. Las manos me sudaban. Pero seguí leyendo.

"Llevaba un abrigo gris y tenía los auriculares puestos, pero su cuerpo hablaba más que cualquier canción. Supe, en ese momento, que ella era mía. No una mujer cualquiera. Era LA mujer. La única".

Cada página avanzaba con detalles minuciosos. Mi ciudad anterior. Mis hábitos. Mis horarios. La cafetería en la que trabajaba dos veces por semana como personal eventual, para salir del apartamento sofocante. El camino hasta la casa de mi madre los domingos por la tarde. Los mensajes que publiqué en redes sociales. Los libros que leí. La ropa que compré. Él lo sabía todo y lo había anotado todo.

"Le gusta dejar la luz del baño encendida por la noche.

Se cubre con la pierna izquierda encima.

Sueña despierta cuando apoya el rostro en la ventana.

Trata de parecer invisible. Pero es justo eso lo que la hace imposible de ignorar".

Las páginas siguientes fueron un golpe más cruel que el anterior.

"Cuando anunció que se mudaría, me pareció gracioso. Como si la distancia pudiera romper el vínculo. Como si algún lugar estuviera lo suficientemente lejos de mí".

Ese cuaderno no solo relataba mis pasos. Narraba mi historia como si yo fuera un personaje creado por él. Había anotaciones sobre mis reacciones, mis silencios, los momentos en que estaba más vulnerable. Fechas. Horarios. Observaciones que mostraban que, incluso cuando creía estar sola, él ya me poseía con la mirada.

"La mejor parte fue verla intentar reconstruir su vida, sin saber que yo venía en la maleta. Cuando subió al ascensor por primera vez, yo ya tenía la llave".

Cerré el diario con fuerza, sintiendo las manos temblar y los ojos nublados. Quise gritar. Vomitar. Romper todo. Pero me quedé ahí, en silencio, con el diario apretado contra el pecho como si fuera una sentencia... o un espejo.

Porque, en algún lugar enfermo dentro de mí, esa confesión me incendiaba.

No era amor. Ni siquiera era pasión. Era posesión. Dominio. Y yo era el objeto perfecto. Lo peor de todo era saber que él seguía escribiendo.

Quizá en ese preciso momento, y que la siguiente página fuera sobre cómo yo temblaba sola en el suelo, tratando de odiarlo... y fallando.

Volví a abrir el diario con la misma lentitud de quien abre un secreto que no debería haber sido dejado ahí. El olor del cuero era antiguo, agridulce, como si ese cuaderno hubiera sido manipulado tantas veces que ya llevaba consigo el sudor y la obsesión de quien

lo escribió. Pasé las páginas, una por una, y el tiempo ahí dentro no era el mismo que afuera.

Los días en la casa nueva estaban registrados con precisión quirúrgica.

"Le tomó dos semanas colgar las cortinas. Trata de esconderse del mundo, pero no sabe esconderse de mí. Cada vez que duerme con la ventana abierta, yo estoy ahí. Mirando. Vigilando. Protegiendo...".

Mis dedos comenzaron a apretar el cuero con más fuerza. Quería detenerme. Pero continué.

"Usa camisones viejos para convencerse de que no espera a nadie. Pero elige los de tela fina cuando está sola. Se mira en el espejo y se imagina. Aún no sabe, pero ya me pertenece".

La rabia me crecía como una fiebre. Él no solo me observaba. Interpretaba mis gestos. Reescribía mi rutina con sus palabras. Se colocaba como parte de mi vida mucho antes de que yo supiera que estaba siendo vigilada. Y aun así, aun con el estómago revuelto y la piel erizada de asco y miedo, había algo dentro de mí que ardía.

Seguí leyendo.

"En el balcón, ella goza con los ojos cerrados, pero su cuerpo habla. Gime más fuerte cuando sabe que la estoy mirando. Está empezando a entenderlo. Está empezando a desearlo".

Cerré los ojos con fuerza, pero no sirvió. La imagen vino completa, vívida. Yo ahí, arrodillada, expuesta al viento de la madrugada, tocándome con los dedos temblorosos, mientras sentía que él estaba viendo. No dije su nombre porque no lo sabía. Pero, en el fondo, mi cuerpo lo llamaba.

Pasé la página y encontré la noche con Daniel.

“Salió con un hombre. Daniel. Sonrisa forzada. Toques previsibles. Intento de escape. La vi intentando convencerse de que era normal. Pero ella ya no pertenece a este mundo. Me buscaba incluso en la forma en que desviaba la mirada.

Cuando él la tocó, su cuerpo se encogió.

Cuando envié el mensaje, ella tembló.

Su placer viene de mi sombra.

Ya lo entendió".

Las palabras me dolieron más que cualquier verdad dicha en voz alta. Porque eran demasiado íntimas. Demasiado reales. Recordaba la sensación del toque de Daniel, lo extraño e invasivo que me pareció. Recuerdo haber sentido asco, y ahí, leyéndolo, me di cuenta de que el asco no era hacia él… era hacia todo lo que no era él.

Empecé a leer más rápido. Las páginas avanzaban con descripciones que no quería ver, pero no podía desviar la mirada. Los gestos que creía míos, los silencios, los horarios... todo estaba ahí, interpretado por una mente que me conocía con una precisión que me dejaba desnuda otra vez. Entonces, la curiosidad venció a la rabia. Luego, la excitación venció a la curiosidad.

Mis dedos recorrieron lentamente las palabras, como si tocaran mi propio cuerpo. Leí y releí fragmentos donde describía mi olor al despertar, la forma en que fruncía el ceño cuando me mentía a mí misma, cómo me mordía el labio cuando pensaba en él, aunque hasta entonces hubiera fingido no hacerlo.

Cuando llegué a la última página marcada con un doblez sutil, la sangre se me congeló por un segundo. Solo había una frase, escrita con una caligrafía más firme. Sin fecha. Sin hora.

“Ya eres mía".

Cerré el diario con un chasquido seco. La frase aún vibraba en mi cabeza. Me levanté con el diario apretado contra el pecho, el corazón latiendo al ritmo de esas palabras. Él tenía razón. Él lo sabía. Y lo peor: escribía como si yo fuera una historia en desarrollo. Como si cada respiración mía formara parte de su plan (y tal vez así lo fuera).

Quizá él estuviera escribiendo en ese instante.

Quizá, en ese mismo momento, me estuviera mirando.



Capítulo 11

Pasé el día con su diario escondido debajo de la cama, como si fuera un objeto demasiado peligroso para estar a la vista. Pero aunque estaba guardado, latía. Sabía que estaba ahí. Que en cualquier momento podría abrirlo de nuevo y perderme en sus páginas. Mi cuerpo aún cargaba el cansancio de la noche anterior: una mezcla de placer, tensión y miedo que no encontraba descanso. Era como vivir en alerta constante, pero deseando el sonido de la sirena.

Intenté trabajar. Abrí la computadora. Los archivos de diseño parpadeaban en la pantalla con frialdad profesional, pero mi mente estaba lejos. Mis dedos apretaban las teclas como si buscaran otra cosa. Como si buscaran por él.

El celular vibró sobre la mesa. No contesté de inmediato. Solo miré la pantalla encendida, sintiendo mi corazón oprimirse en el pecho, como si supiera antes de leer. Cuando finalmente extendí la mano y desbloqueé, ahí estaba:

"¿Te gustó el regalo?"

El mensaje era corto. Simple. Pero hizo que todo mi cuerpo se tensara. Las palabras parecían susurradas directamente en mi oído, como si su voz se hubiera inyectado en el texto. Por un instante, perdí la capacidad de respirar con normalidad. Mis dedos flotaron sobre el teclado, sin valor para escribir nada.

Porque si decía que sí... ¿qué me convertiría eso? Y si decía que no... sería mentira.

La pantalla del celular se apagó. Respiré profundo. Intenté ignorar. Pero segundos después, él respondió por mí.

"Abre el armario".

Sentí mi piel erizarse desde la nuca hasta los tobillos. No pensé. Solo obedecí.

Me levanté de la silla como quien camina hacia un juicio. El armario no estaba cerrado, pero la sensación de girar la perilla fue como romper un sello invisible. El olor a ropa limpia escapó desde adentro. Nada parecía fuera de lugar... hasta que lo vi. En la repisa de abajo, entre dos cajas de zapatos que no usaba hace meses, había una bolsa negra de tela ligera, doblada con cuidado.

Me arrodillé despacio. El silencio del cuarto parecía latir en mis oídos. Bajé la cabeza y abrí la bolsa con los dedos temblorosos.

Dentro, envuelto en papel de seda blanco, había un vibrador. Lujoso. Negro. Liso. De tacto aterciopelado. Discreto, pero potente, como todo en él. Un objeto que decía, sin palabras, que él conocía mi cuerpo mejor que yo misma. Y que sabía exactamente cómo doblegarme sin estar presente.

La sangre me subió al rostro con violencia. Mi pecho jadeaba. Mis piernas estaban tensas, mis ojos fijos en el objeto como si pudiera lastimarme solo con su presencia. Pero lo que dolía de verdad era saber que una parte de mí... ya lo deseaba.

Porque no necesitaba tocarme para poseerme. No necesitaba estar aquí.

Bastaba con darme el instrumento y verme obedecer.

Aún arrodillada frente al armario abierto, con el vibrador en las manos, sentí el celular vibrar otra vez. El sonido fue más un toque en mí que algo físico, como si acabara de pasar la lengua por la curva de mi cuello. Mi corazón martillaba, latiendo entre mis piernas con una urgencia que me daba vergüenza.

Tomé el aparato con los dedos fríos.

"Quítate la ropa. Despacio".

La orden brilló en la pantalla como una sentencia suave, escrita con la sangre de mi propia sumisión. No había interrogación. No había duda. Él no pedía. Nunca pedía. Y aun así, mi cuerpo obedeció antes de que mi mente decidiera.

Me levanté, con las rodillas aún doloridas, sintiendo el aire del cuarto denso como vapor. Caminé hacia la cama, dejando el vibrador sobre las sábanas como un tótem, una advertencia. Miré alrededor, como si existiera la posibilidad de que alguien me estuviera observando. Pero la verdad cruel era esa: él siempre estaba ahí.

Con movimientos lentos, me levanté la camiseta, revelando el abdomen y los senos que ya ardían bajo la tela. Mis pezones estaban rígidos, casi palpitando, como si supieran que estaban expuestos para él. Dejé caer la camiseta al suelo. Llevé mis dedos a la cintura de la ropa interior. Estaba húmeda, empapada, y el simple contacto con el elástico hizo que mi piel temblara.

Bajé la tela despacio, con la mirada fija en el vacío frente a mí, imaginando sus ojos observándome a través de la oscuridad. Sabiendo que, en algún lugar, él estaba sonriendo.

Cuando quedé completamente desnuda, el celular vibró de nuevo.

"Acuéstate en la cama. Piernas abiertas. Manos lejos".

Tragué saliva. Me acosté.

La sábana estaba fría contra mi espalda, pero mi cuerpo era puro fuego. Separé mis piernas, dudando, como quien sabe que no hay vuelta atrás. La posición me expuso de una forma que me hizo estremecer. Había algo indecente y sagrado en ese gesto. Como una ofrenda. Un ritual. Un desesperado pedido.

Ya no estaba resistiendo.

Estaba esperando.

Mis manos apretadas al lado del cuerpo, los dedos casi hundiéndose en el colchón. La respiración irregular, los ojos fijos en el techo, como si al mirar de lado encontrara su silueta ahí, sentado, observándome en silencio.

El celular vibró una vez más sobre mi pecho.

"Ya eres mía. Ahora gime para mí".

Sus palabras resonaban en mi mente mientras mis dedos temblaban alrededor del vibrador. El objeto estaba frío al tacto, pero parecía latir con una energía propia, como si llevara su esencia en el núcleo silencioso. Sabía lo que estaba a punto de hacer. Sabía que era una rendición y, aun así, no pude resistirme.

Cuando lo encendí, el primer zumbido fue suave, casi un susurro, pero suficiente para hacer temblar mi cuerpo. La punta del vibrador rozó levemente mi clítoris y un escalofrío recorrió mi columna. Mis caderas se alzaron instintivamente, buscando más presión, más contacto, más de esa vibración que ya empezaba a consumirme.

—Ah... —El gemido escapó de mis labios antes de que pudiera contenerlo.

Mis dedos apretaron fuerte la sábana mientras el vibrador bajaba, encontrando mi entrada ya empapada. La humedad corría por mis muslos, manchando la tela debajo mío, y no me importaba.

Lo único que me importaba era la sensación de ese objeto pulsante presionando contra mí, prometiendo un placer que no podía negar.

Aumenté la intensidad.

El zumbido creció, convirtiéndose en un ronquido profundo que resonó directo en mi núcleo. Mi cuerpo reaccionó de inmediato, arqueándose en la cama, los músculos del abdomen contrayéndose mientras la ola de placer comenzaba a acumularse.

—Maldita sea…

Me retorcía, incapaz de quedarme quieta, abriendo aún más las piernas, entregándome por completo a esa sensación. El vibrador trabajaba en círculos firmes, alternando presión y suavidad, exactamente como él lo haría si estuviera aquí. Como si sus propias manos me tocaran, controlando cada movimiento, dictando cada ola de placer.

Mis tetas pesaban, los pezones duros apuntaban hacia arriba y apenas podía pensar. Solo existía la vibración, la humedad, el calor creciendo dentro de mí, suplicando liberación.

—Yo... voy a…

El orgasmo me golpeó sin aviso, violento e incontrolable. Mi cuerpo se sacudió, con mis músculos apretándose sin nada alrededor mientras una ola de placer puro me inundaba. Grité, hundiendo los dedos en el colchón, con mis piernas temblando sin control.

Aunque la última contracción pasó, no pude parar.

El vibrador siguió implacable, y supe que no me dejaría escapar tan fácil.

Porque en el fondo ya sabía la verdad.

Yo era suya.

Ningún orgasmo sería suficiente para hacerme olvidar. Él lo había escrito y mi cuerpo confirmaba cada letra.

El placer me atravesó con la violencia de algo que no pedí, pero acepté. Todo mi cuerpo se contrajo, temblando bajo la sábana, los dedos agarrando el vibrador como si fuera una extensión de mi

respiración. La respiración venía en jadeos, húmeda, entrecortada, casi llorosa.

Dejé caer el aparato a un lado, aún temblando, con las piernas entreabiertas y la piel brillante de sudor. El cuarto parecía girar en torno al silencio mismo, y solo entonces noté el celular parpadeando de nuevo.

Abrí el mensaje.

"Buena niña".

Y lloré, de vergüenza, de rabia, de placer, de saber que él me conocía demasiado y que, de alguna forma... ya no quería que se detuviera.



Capítulo 12

El sol entraba pálido por la rendija de la ventana, manchando la alfombra con retazos dorados que no calentaban. Yo todavía estaba en la cama, con mi cuerpo débil por la noche anterior. El vibrador estaba tirado en el suelo junto a la cama como una confesión silenciosa. La culpa aún se arrastraba por mi piel como una segunda capa, pero no había fuerza ni siquiera para el arrepentimiento. Solo sufría el cansancio, y la ausencia de él.

Cuando el celular sonó, tardé unos segundos en reconocer el sonido. Estaba en modo silencioso desde hacía días. En ese instante, vibraba con un temblor, como si me sacudiera por dentro.

Mamá…

El nombre apareció en la pantalla, simple y cargado. Fue como ser arrancada de un sueño denso o de una pesadilla disfrazada de placer. Contesté con duda, mi voz era más débil de lo que quería.

—¿Hola?

Del otro lado, la pausa fue breve, pero suficiente para saber que ella sentía algo.

—Hija... ¿estás bien?

Cerré los ojos. Respiré profundo. Casi respondo automáticamente, como siempre solía hacer: "estoy bien". Pero las palabras se me trabaron. Y, sin darme cuenta, me salió otra cosa.

—No. No estoy bien.

El silencio de mi madre fue distinto al de cualquier otra persona. No era juicio. Era cuidado. Preocupación cruda. Como si me sostuviera las manos aunque estuviéramos a kilómetros de distancia.

—¿Quieres contarme?

—No —susurré—. No puedo.

No insistió. Ni hizo falta.

—Vuelve a casa, hija. Puedes dejar todo y volver. Encontraremos la manera, como siempre lo hicimos.

La frase me entró como un abrazo que no sabía que necesitaba. Por un momento, la imagen de mi antigua casa me vino con fuerza: el olor a café, el ruido del ventilador en la sala, la cortina que bailaba con el viento de la mañana. La idea de seguridad, de un nuevo comienzo, de estar lejos de él y aun así, la respuesta nació en mí sin dudar.

—Yo... no quiero volver.

Mi madre no ocultó la decepción. Pero tampoco intentó convencerme. Ella era así. Aceptaba con dolor, pero aceptaba.

—Está bien. Pero no te quedes sola en ese agujero oscuro en el que caíste. Estoy haciendo terapia, ¿sabes? Pensé que nunca lo haría. Pero me está ayudando. Mucho. Tú podrías intentarlo también. No para hablar de todo..., pero para empezar a regresar.

Tragué el llanto que amenazaba salir. ¿Cómo le explicaría que el agujero oscuro donde estaba ya parecía un hogar? ¿Cómo explicar que la presencia que me ahogaba también era la que me mantenía respirando?

—Lo pensaré —mentí.

—Solo piénsalo con amor, ¿sí? Te amo, Ángela.

Guardé silencio un segundo, y luego le susurré:

—Yo también te amo, mamá.

Ella colgó y, por un instante, la habitación se sintió diferente. Como si la llamada hubiera dejado algo aquí dentro. Un eco de quien yo era antes. Un recuerdo de lo que era ser amada sin dolor, sin control, sin miedo.

Pero duró poco.

El celular vibró otra vez, con un mensaje nuevo.

No era de mi madre.

"¿Has pensado en escapar? Ni se te ocurra pensar eso".

De repente, recordé: él siempre escucha, y nunca perdona la duda.



Capítulo 13

Tardé tres días en dar el paso que debería haber dado meses atrás. La frase de mi madre "la terapia me está ayudando" ardía en mi cabeza como una pequeña hoguera: tenue, pero viva. Fueron tres días de mensajes mudos, noches sin dormir y la certeza de que él percibía que algo en mí había cambiado.

Busqué terapeutas en el barrio con las manos temblorosas, como si solo buscar ya fuera un delito. Evité usar mis dispositivos habituales. Usé una computadora vieja, activé el Wi-Fi del celular por pocos minutos y borré el historial. El cuidado que tuve parecía cosa de paranoica y aun así me pareció insuficiente. Como si él ya supiera. Como si estuviera esperando.

Agendé una consulta para el día siguiente, a las 10 de la mañana. Un nombre simple. Un consultorio discreto. Nada llamativo. Nada que despertara alarma.

En el camino, mi cuerpo pesaba. Caminaba como quien carga un secreto entre las costillas, como si estuviera clavado en mí. En cada esquina miraba por encima del hombro. En cada reflejo de vidriera esperaba ver su silueta. No la vi, y eso debería haberme dado alivio. Pero no fue así.

El consultorio era acogedor. Sillas de madera clara, plantas en las esquinas, ese aroma a té de manzanilla mezclado con papel nuevo. La psicóloga me recibió con una sonrisa tranquila, voz suave, sin juicios. Me senté en el sofá como quien se prepara para un interrogatorio.

—Puedes llamarme Marcela —dijo—. ¿Quieres contarme por qué viniste?

La respuesta se atascó en mi garganta.

Pensé en hablar de las notas. De los objetos que él había dejado. De la sensación constante de ser observada. De la masturbación en el balcón. Del elevador. De la foto al lado de la cama. Del vibrador en el armario. Del diario detallando mi vida desde antes de que supiera que me vigilaban.

Pero no pude.

Las palabras morían antes de nacer. No porque fueran mentira, sino porque parecían una mentira demasiado grande para decirse en voz alta. Apenas creía en ellas, aunque las sentía en la piel.

—Estoy… —Hice una pausa—. Me siento desconectada. Sola. A veces creo que estoy volviéndome loca.

Ella me escuchó en silencio. Tomó algunas notas. Hizo preguntas suaves. Evitó presionar. Dijo que era normal, que muchas mujeres pasaban por momentos así. Hablamos por unos cuarenta minutos. Hablé de dolores antiguos, del cambio de ciudad, de la soledad... pero no de él.

Aun así, cuando salí del consultorio tuve la incómoda sensación de que me vigilaban.

No le conté a nadie que había ido. Ni dije la dirección en voz alta. Aun así, cuando entré a mi casa, el departamento se sentía diferente. Demasiado limpio. Demasiado silencioso.

En el piso del dormitorio había un sobre blanco.

Lo abrí con dedos rígidos.

Dentro, había una sola frase, con una caligrafía que ya conocía demasiado:

"¿Vas a contarle a la doctora cómo disfrutas conmigo?"

Las piernas me fallaron, me senté en el piso y lloré.

Lloré porque él tenía razón. Y yo... ya no sabía qué era mío.



Esa misma semana intenté otra vez. Fui al consultorio y me senté frente a la psicóloga.

Marcela seguía hablando con voz suave, haciendo preguntas delicadas sobre mi infancia, sobre por qué el cambio de ciudad me había afectado tanto. Yo respondía en automático, intentando mantener la apariencia de alguien que todavía cree en la ayuda, que todavía cree que eso podría salvarme. Pero la sala se hacía más pequeña. El aire, más denso. La piel de mi cuello hormigueaba, como si él me estuviera observando desde detrás del espejo.

Fue cuando el celular vibró en mi regazo.

Por el rabillo del ojo vi la pantalla encenderse. La terapeuta no lo notó. Seguí inmóvil, pero el nombre sin identificación y esa notificación con un punto rojo me cortó el aire.

Disimulando, llevé el teléfono al regazo y lo desbloqueé bajo la bolsa. Solo había una línea.

"Esa doctora habla demasiado".

La sangre se heló en mis venas.

La boca se me secó. Los dedos me hormiguearon. La sesión seguía, la terapeuta hablando de "proyección" y "lazos de control", pero yo ya no escuchaba. El sonido se volvió ruido bajo el agua.

Otro mensaje vibró.

"¿Te imaginas si ella descubre cómo gimes cuando te toco?"

El mundo dio vueltas. Las paredes parecían acercarse, como si quisieran devorarme. Me levanté de golpe.

—¿Ángela? —preguntó ella, sorprendida—. ¿Estás bien?

Negué con la cabeza. Intenté sonreír y fallé.

—Perdón... Necesito irme.

—Pero aún quedan minutos y si quieres…

—No —interrumpí—. No puedo seguir con esto ahora.

Recogí mis cosas sin mirar atrás. Salí como quien huye, bajando las escaleras con los pies pesados y los ojos ardiendo. El corazón latía tan rápido que dolía. Y en la puerta del edificio, mi celular vibró de nuevo. Un tercer mensaje.

"Buena niña. La terapia no es para ti. Yo soy para ti".

Guardé el teléfono con rabia, pero las manos me temblaban.

Él me había visto. O escuchado. O, de alguna manera, sabía exactamente qué decir y cuándo. Era como si se hubiera alojado dentro de mi piel. Como si mi mente ya no me perteneciera.

Renuncié a la terapia en ese instante.

Porque me hizo creer que no había cura para lo que me había convertido, y tal vez... tenía razón.



Capítulo 14

El objetivo era simple: comprar leche. El tipo de tarea banal que la gente común hace todos los días sin pensarlo. Pero para mí, salir de casa esa mañana parecía una prueba de resistencia. Mi cuerpo estaba lento, la cabeza pesada. Desde la última sesión con la terapeuta, o mejor dicho, desde el último mensaje de él, mi mundo parecía suspendido, como si estuviera atrapado por hilos invisibles que ya no podía controlar.

Aun así, necesitaba salir.

Vestía un pantalón holgado, sudadera, lentes oscuros, el cabello recogido en un moño flojo. Tomé la cartera, las llaves... o al menos, creí que las había tomado. Cuando cerré la bolsa y fui hacia la puerta, algo me pareció... extraño. Giré la manija, pero la puerta no se abría.

Me quedé paralizada.

Giré de nuevo, con fuerza. Nada.

Empujé con más fuerza. Cerrada con llave.

Mi reacción fue automática: buscar la llave en el bolso otra vez. Saqué todo: celular, auriculares, cartera, lápiz labial, tarrito de

analgésicos, la tarjeta de la terapeuta (que temblé al tocar). Ninguna llave. Ninguna. Recogí los objetos lentamente, tratando de no entrar en pánico, como si el simple acto de reorganizar mi bolso pudiera arreglar la realidad.

Fui hasta el mueble de la entrada, donde siempre dejaba el duplicado.

Vacío.

Empecé a abrir cajones con más prisa. Primero los de la sala, luego el armario de la cocina, hasta los del dormitorio. Revisé debajo de la cama, dentro del cesto de ropa sucia, entre las toallas del baño. No había ninguna llave.

Volví a la puerta y empujé con más fuerza. El sonido de la madera resistiendo resonó en el apartamento vacío. Era una prisión disfrazada de refugio.

Mi celular vibró.

Por un segundo deseé que no fuera él. Que fuera una notificación común, un mensaje de spam, cualquier cosa que me devolviera el control de la historia. Pero, claro, era él. Siempre era él.

¿Por qué intentas salir?

El mensaje me congeló. Miré a mi alrededor. Mis ojos recorrieron las paredes buscando cámaras, agujeros, rendijas. Pero ya no importaba.

Él veía. Él sabía.

Antes de que pudiera pensar en responder, otra vibración.

Solo sales cuando yo quiera.

Mis manos sudaban. Mi corazón latía tan fuerte que lo sentía en los oídos. Me senté en el suelo, apoyada en la puerta, con el celular apretado en las manos como un detonador.

Eso ya no era metáfora. Estaba atrapada. Literalmente. Lo más desesperante no era que él hubiera cerrado la puerta con llave.

Era que, en el fondo, una parte de mí... ya no quería salir.



La noche cayó sin aviso, como si se hubiera deslizado por las rendijas de las ventanas y devorado todo. Las luces del apartamento seguían apagadas. Yo seguía sentada en el suelo, de espaldas a la puerta, con las rodillas pegadas al pecho y el celular olvidado a un lado. Lo único que se movía era el aire, o tal vez yo lo imaginaba.

O tal vez no.

Porque cuando lo sentí no fue con los oídos, sino con la piel.

Un cambio en el ambiente. Un movimiento en el aire. Un peso. Un olor. Su respiración.

Antes de que pudiera reaccionar, una tira de tela suave cubrió mis ojos con precisión. Sus manos vinieron por detrás: firmes, seguras, sin titubeos. No dijo nada de inmediato. Solo me ató. Ajustado lo suficiente para cegarme. Lo suficiente suave para hacerme temblar.

—No te la quites —murmuró junto a mi oído, con una voz baja, áspera y... íntima—. La noche es mía.

Mi cuerpo se tensó. El corazón se me aceleró. Quise forcejear. Pero ya era tarde. Porque, aun vendada, de espaldas, vulnerable, estaba excitada. Otra vez. Ridículamente entregada. Como siempre.

Me levantó con facilidad, como si mi cuerpo fuera ligero, como si ya supiera el camino de mis huesos. Me guió por el pasillo con pasos lentos. Estaba desnuda por dentro y aún vestida por fuera, pero eso no duraría mucho.

Cuando sentí el toque en mis hombros, la blusa se deslizó con facilidad. El aire frío tocó mis pezones sobre el sostén, que pronto fue retirado con la frialdad de quien conoce cada broche. Mis tetas

quedaron expuestas. La piel se me erizó. Mi cuerpo ya respondía antes que la mente.

Sus manos subieron, presionando con firmeza los pulgares sobre los pezones. Apretaron. Torcieron. Un dolor eléctrico recorrió mi columna y escapó por mi boca en un gemido que me avergonzó.

—Te gusta el dolor, Ángela —dijo, con una certeza que me desgarraba.

Intenté negar. Intenté alejarme. Pero mi cuerpo... mi cuerpo pedía más.

Me giró de espaldas. Sus manos se deslizaron por mi cintura hasta el borde del pantalón de chándal. Bajó despacio, tirando también de la ropa interior. La tela fue arrancada con brutalidad contenida, dejándome completamente expuesta.

Una bofetada seca resonó en mi culo. Me ardió. Cerré los dientes y lo peor de todo... fue cuánto me mojó.

—Tu piel me responde antes que tú lo admitas.

Otra bofetada. Más fuerte.

Me incliné. El gemido escapó como un susurro sucio.

Él me empujó suavemente hacia la cama, acostándome boca abajo, con las caderas levantadas y el rostro apoyado en el colchón. Sus manos sujetaban mis muslos como esposas de carne. Su boca rozaba la curva de mi hombro, con su aliento caliente contrastando con el miedo frío que recorría mis costillas.

Y aun así... quería más. Aunque me odiara por ello.

—Ya sabes lo que viene ahora —dijo, deslizando los dedos entre mis piernas, encontrando la humedad que me traicionaba—. Y aun así, no tratas de impedirlo.

La venda seguía en mis ojos.

La vergüenza, en mi boca.

El placer... ya lo invadía todo.

El colchón crujía bajo mi peso, los muelles gruñían como una protesta apagada. Estaba de rodillas, desnuda, con mi piel aún

ardiendo por las marcas de sus manos, de sus dedos que me moldearon, apretaron, dejaron manchas moradas que latían al ritmo de mi corazón acelerado. La venda apretaba mis ojos, sumergiéndome en una oscuridad húmeda donde solo existía su olor: sudor, tabaco y algo más profundo, animal, que hacía que mi estómago se revolviera de deseo.

Se acercó sin prisa. Sentí el calor de su cuerpo antes de tocarme, una presencia densa, opresiva, que llenaba el cuarto hasta no dejar aire para nada más. Sus rodillas presionaron la parte trasera de mis muslos, obligándome a abrir más las piernas, y solté un gemido bajo cuando sus manos descendieron por mi espalda, posesivas, marcando territorio.

—Abre la boca.

La orden llegó como un látigo, cortando cualquier resistencia que aún pudiera fingir tener. Mis labios se separaron temblando y la punta de su miembro rozó mi lengua antes de entrar, despacio, hinchándose contra el paladar. No me dio opción. No me dejó controlar el ritmo. Su mano se enredó en mi cabello, tirando con fuerza suficiente para hacerme llorar detrás de la venda, y comenzó a penetrar mi boca con embestidas profundas, calculadas, que me ahogaban y me empapaban al mismo tiempo.

Tragaba, babeaba, me retorcía, pero no intentaba escapar.

Mis dedos se hundían en el colchón, buscando algo para aferrarme, mientras mi garganta ardía con su sabor salado. Me usaba sin piedad, sus caderas golpeaban contra mi rostro, y sabía que mi reflejo de vomitar era parte de lo que quería. Parte de la humillación. Parte del placer.

—Eres tan buena en esto... —gruñó, tirando de mi cabello hacia atrás, obligándome a tragar hasta la última gota antes de alejarse.

Caí hacia adelante, jadeando, con la saliva cayendo por mi mentón. Pero no me dejó descansar.

—En cuatro patas. Ahora.

Mi cuerpo obedeció antes que la mente procesara. Manos en el colchón, nalgas levantadas, completamente expuesta. La noche estaba fría, pero mi piel ardía.

No me penetró de inmediato. Primero la punta de su verga rozó mi entrada, ya empapada, provocando, tanteando...

—Estás goteando. —Observó con tono de satisfacción perversa—. ¿Todo esto solo porque te hice chupármela?

No respondí. No podía. Mi cuerpo ya lo estaba delatando todo.

Cuando finalmente me la metió, fue con un movimiento único, brutal, que me arrancó un grito ronco. Llenó cada centímetro de mí, estirándome, quemándome por dentro, y me arqueé hacia atrás, intentando adaptarme a su tamaño.

—Relájate —ordenó, irónicamente, mientras sus manos se cerraban en mis caderas, clavando los dedos en la carne.

Entonces empezó a moverse.

Cada embestida era una afirmación. Cada retroceso, una tortura. Me la metía con un ritmo implacable, golpeando mis nalgas con fuerza suficiente para dejar marcas, y me retorcía, gimiendo, suplicando sin palabras.

—¡Habla! Dime quién te mete la verga así.

Mordí mi labio, resistiendo.

Se detuvo.

La ausencia fue peor que cualquier castigo.

—Habla.

—Tú... —jadeé, avergonzada, excitada y perdida—. Tú me la metes así.

Rió bajo, victorioso, y volvió con aún más fuerza, como si mi admisión hubiera liberado algo en él.

Mi orgasmo llegó sin aviso, en una explosión de fuego que me hizo gritar, los músculos contrayéndose a su alrededor, tratando de jalarlo más profundo. Él no paró. Siguió penetrándome en medio del

temblor, prolongando la ola hasta que se volvió dolor, hasta que lloriqueaba, débil, incapaz de sostenerme.

Solo entonces eyaculó dentro de mí, caliente, posesivo, clavando los dedos en mis caderas como si quisiera mantenerme ahí para siempre.

Cuando se apartó, caí al suelo, con las piernas temblando y el cuerpo cubierto de sudor y fluidos.

Se inclinó, rozando sus labios en mi oído.

—La próxima vez, vas a gritar mi nombre.

Luego se fue.

Cuando me quité la venda... la habitación estaba vacía, pero su olor seguía en mí, y yo seguía mojada...



Capítulo 15

Los días siguientes fueron psicológicamente una neblina pálida y tibia. El tiempo pasaba, pero sin peso. Como si la realidad estuviera suspendida en un espacio entre latidos del corazón. Me despertaba temprano, incluso cuando no quería. Me sentaba a la mesa con la computadora abierta, mis ojos fijos en la pantalla sin ver las formas, los diseños, los proyectos... La comida se enfriaba en el plato. Las horas pasaban como burlándose de mí.

Él había desaparecido.

Sin mensajes.

Sin órdenes.

Sin toques.

Sin flores, ni notas, ni objetos íntimos escondidos en rincones improbables.

Nada.

Era como si nunca hubiera existido. Como si los últimos meses hubieran sido un delirio febril creado por mi propia soledad. Sin embargo, las marcas estaban ahí. Algunas aún rojas en la piel. Otras, invisibles, pero mucho más profundas.

Al principio, me convencí de que eso era lo correcto. De que tal vez él se había cansado. O se había alejado. De que la terapia, aunque fallida, había tenido algún efecto y me dejaría en paz.

Pero los días siguieron pasando y el silencio empezó a tener voz. Una voz seca. Afilada. Ardiente como una nostalgia que no quería admitir.

Comencé a caminar por la casa como una presa en una celda vacía. Miraba el clóset esperando encontrar algo nuevo. La mesita de noche, buscando otra foto. Me acostaba en la cama esperando sentir su olor en la almohada, pero ya no había nada.

La puerta estaba sin llave. La libertad finalmente había llegado y era una broma cruel.

Salía a comprar pan. Volvía. Esperaba verlo en la esquina. En el reflejo del vidrio de la panadería. En el ascensor. En el balcón del edificio de enfrente. Cada sombra alta me hacía contener la respiración. Cada notificación en el celular disparaba mi corazón. Pero ninguna era de él.

A veces, me detenía en medio de la sala y le decía en voz baja:

—¿Dónde estás?

Nada respondía. Ni siquiera el eco.

Quizá él todavía me observaba. Tal vez se había cansado del juego y ahora solo me veía sufrir por su ausencia. O tal vez... finalmente estaba sola.

Sin embargo, lo más terrible era lo que crecía en mí en el silencio. El deseo de que él volviera. De que me encerrara de nuevo. De que me dijera qué ponerme. Qué hacer. Qué sentir…

Porque, en el fondo, el vacío que dejó era más grande que cualquier dolor que su presencia me había causado. Y lo peor de todo... era saber que él lo sabía.



El sábado por la noche me puse un vestido que no usaba desde hace meses: ajustado, ceñido, demasiado corto para ser inocente, demasiado suelto para ser vulgar. Me solté el cabello. Me puse un labial rojo que usaba en otra vida y arreglé una cita con un hombre que apenas conocía. Un desconocido cualquiera de una aplicación cualquiera. Se llamaba Rafael. Tenía una sonrisa grande y unos ojos demasiado buenos para este mundo.

Pero él no era a quien quería y era justo por eso que lo elegí.

Nos encontramos en un restaurante demasiado ruidoso, demasiado iluminado, lleno de gente que parecía saber exactamente a dónde pertenecía.

Me reía de sus chistes en el momento justo. Respondía a las preguntas con firmeza. Era una actriz perfecta, interpretando a la mujer que fingía ser.

Pero, por dentro, cada segundo era un ruego.

Mírame.

Detenme.

Reclámame.

Durante la cena, mis ojos recorrían el lugar como si esperaran ver a esa sombra oscura y conocida parada en la entrada. Cada cliente que entraba era un disparo en el pecho. Pero él no apareció. Ni una nota. Ni una notificación. Ni una señal.

Rafael era amable, educado y, en el fondo, entendía que yo no estaba allí por completo.

Sin embargo, cuando entramos en su auto y se inclinó para besarme, no retrocedí.

No de inmediato.

Esperé. Un segundo. Dos. Tres…

Esperaba que apareciera, que surgiera en el vidrio de la ventana, que rompiera la puerta, que me jalara de vuelta a la jaula donde, en secreto, me sentía viva. Pero no pasó nada.

El silencio fue la única respuesta y entonces huí.

—Perdón —susurré, empujando la puerta del auto—. No puedo.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó Rafael, confundido.

Asentí, aunque con los ojos ya húmedos. Salí apresurada, hundiendo los tacones en el asfalto, con la respiración corta. Corrí hasta una esquina cualquiera, me apoyé en un poste y lloré con rabia.

Rabia porque él no vino.

Rabia porque deseaba que viniera.

Rabia de mí misma, por estar adicta a su persecución.

Volví a casa tarde, con los pies doloridos, el rostro borrado y el pecho más vacío que nunca.

Entré al apartamento. Cerré la puerta y, por primera vez... susurré una súplica.

—Por favor, vuelve…

Pero el silencio respondió otra vez y él no volvió.

Todavía no.



El lunes llegó como todos los otros días: sin él.

Desperté con el rostro hundido en la almohada, las sábanas enredadas entre las piernas, la bata torcida sobre el cuerpo. El apartamento estaba en silencio: frío, vacío y lo más aterrador era que... parecía normal.

Me levanté despacio, como quien camina después de un accidente. Todo el cuerpo me dolía. Pero no era físico. Era el tipo de

dolor que solo llega después del abandono. El tipo de dolor que se instala en la piel y se niega a salir.

Tomé el celular y lo desbloqueé antes de ir al baño.

Nada. Ningún mensaje.

Abrí las conversaciones antiguas, releí las notas que él había enviado antes. Las que había copiado, transcrito, escondido. Por primera vez, me atreví a escribirle.

"¿Estás ahí?".

Esperé.

Nada.

"¿Me escuchas o no?".

Minutos. Horas. La aguja girando. Y el vacío... creciendo.

"¿Me dejaste?".

Los mensajes no fueron entregados. Ya no había ningún número visible ni indicador de lectura. Solo el frío campo de la duda mirándome de regreso. Su ausencia ya no era un castigo. Era como dejar de existir para él. Como si estuviera siendo lentamente desprogramada de su existencia.

Pensé en todo lo que vivimos. Todo lo que hizo conmigo. Todo lo que me hizo sentir. Cómo me tocaba sin tocarme. Cómo me usaba y, al mismo tiempo, me hacía sentir más viva que cualquier otra cosa. Y en ese momento... todo se desmoronaba. Como si hubiera sido un sueño muy vívido. O un delirio peligroso.

Empecé a dudar.

¿Y si lo había imaginado todo?

¿Y si la soledad me había roto tanto que lo inventé?

¿Inventé los mensajes? ¿Las visitas? ¿El ascensor? ¿La venda?

¿El dolor entre las piernas que me quemaba de nostalgia?

Entonces miré la cicatriz que todavía era visible en mi muñeca, dejada por uno de sus juegos. Y lo supe: fue real. Precisamente por eso, su ausencia dolía tanto.

Seguí intentando. Al día siguiente. Y al otro.

"Háblame".

"¿Me estás castigando?".

"Te acepto. Solo vuelve".

Pero nada llegaba.

Solo estaba el eco de mí misma, atrapada en un lugar donde el monstruo había desaparecido y dejado atrás la peor versión de su presencia: la nostalgia.



Capítulo 16

Los días se habían vuelto estáticos. Eran como paredes blancas sin ventanas, donde el tiempo resbalaba sin color, sin sonido, sin prisa. El vacío que él dejó atrás era más presente que cualquier contacto. Me consumía por los bordes, me carcomía por dentro, me hacía hablar con los espejos y pedir, en susurros roncos, que él regresara.

Empecé a dormir con el celular sobre el pecho, esperando que vibrara durante la noche. Dejaba la ventana del balcón entreabierta, aunque hiciera frío. Usaba la lencería que él había elegido, aunque no estuviera para verla.

La mañana del viernes, cuando abrí la puerta del departamento para buscar el periódico de la vecina, un hábito inventado para alimentar mi esperanza, encontré un sobre.

Blanco. Sellado. Con mi nombre escrito a mano.

¡Era su letra!

Mis dedos temblaban antes de tocar el papel. Lo abrí ahí mismo, en el pasillo, con el corazón disparado por una esperanza

feroz e infantil, como si todo estuviera por resolverse con una sola palabra.

"Si me quieres, ve a esta dirección".

Y, debajo, el nombre de una calle.

Sin explicaciones.

Sin firma.

Pero no necesitaba más.

Fui.

Sin pensarlo dos veces. Sin cerrar la puerta. Sin cambiarme de ropa. Tomé la bolsa, me puse el primer par de zapatos que encontré y corrí hasta la parada de taxi más cercana. La dirección estaba en un barrio industrial, un lugar donde los edificios parecían demasiado viejos para seguir en pie y la gente caminaba como sombras en días nublados.

El número de la puerta era rojo. Un toldo oscuro protegía la entrada.

Estudio de tatuajes.

El corazón se me apretó. Algo en mí supo, de inmediato, que él no estaba allí.

Pero entré igual.

La campana de la puerta sonó. Tres personas me miraron desde adentro: dos hombres con brazos tatuados y una mujer de cabello azul. Ninguno era él. Ninguno se parecía siquiera a él. La decepción fue tan brutal que quise gritar.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó la mujer, educada, mirando mi expresión desesperada.

—Yo... recibí una nota. —Mi voz falló—. Un sobre. Con esta dirección.

—¿Nombre de la reserva?

—No lo sé.

Tecleó algo en la computadora, miró la pantalla y asintió levemente.

—Aquí está. Ángela. A las 10. Servicio ya pagado. —Sonrió—. Parece que alguien te dejó un regalo.

Me senté en la silla de recepción con las piernas temblorosas. No era él. Lo sabía. No había presencia. No había calor. No estaba ese silencio que me quemaba por dentro.

Pero él me había mandado ahí.

Y eso... era suficiente para mantenerme atrapada.

Me senté en la silla del estudio con el corazón latiendo tan fuerte que apenas oía la música ambiental. El tatuador, un hombre tranquilo, de voz baja y manos firmes, me explicó el procedimiento. Dijo que todo ya estaba programado. Elegido. Pagado.

—¿Estás lista?

Asentí, sin entender bien qué me esperaba, y me quité la blusa.

Me quedé ahí, con los pechos expuestos bajo la luz blanca, sintiendo el frío del aire acondicionado cortar mi piel. La tela desechable cubrió mis hombros, dejando libre la parte superior del cuerpo. Él no me mostró el diseño. No explicó el significado.

—Aquí está el lugar —dijo, tocando suavemente el centro de mi pecho, encima de la curva de mis tetas—. Te va a arder un poco.

No pregunté. No pedí ver el boceto. Porque, en el fondo, ya lo sabía.

El sonido de la aguja empezó como un zumbido agudo que se volvió hipnótico. El dolor llegó en oleadas, como si la piel fuera raspada con precisión y placer. Era dolor... pero también un recuerdo de él. Como si cada línea dibujada fuera trazada por él.

Duró unos cuarenta minutos. No dije ni una palabra. Cuando el tatuador apagó la máquina y limpió el área con un paño frío, todo mi cuerpo estaba tenso. Pero mi mente... estaba suspendida.

Me dio un espejo.

—Mira.

Me acerqué despacio, con el corazón acelerado, y entonces lo vi.

Sobre la curva de mis tetas, en el centro de mi piel todavía roja y ligeramente inflamada, en letras negras y elegantes:

LEÓN

El nombre que nunca supe.

El nombre que él nunca dijo.

El nombre que ahora estaba grabado en mí, en carne viva.

Por un instante, se me cortó la respiración.

Ese era él.

Mi perseguidor. El hombre sin rostro. El monstruo que me vigilaba. Que me tocaba. Que me metía la verga…

—Así que ese es tu nombre —susurré, con la voz temblorosa, mis ojos fijos en el espejo.

Fue en ese momento que lo entendí: él nunca quiso esconderse.

Solo quería que yo lo deseara antes de saber quién era.

Finalmente... le pertenecía por completo.



Capítulo 17

Volví a casa con la piel ardiendo bajo la gasa. El tatuaje, todavía fresco, parecía latir como un segundo corazón, una marca viva entre mis tetas. Su nombre. León. La revelación aún no había calado por completo. Era como si mi mente resistiera la verdad, aunque sabía que ya estaba escrita en mí.

La puerta del departamento estaba sin seguro y lo supe... antes de girar la manija, antes de empujar la madera para entrar, antes del primer paso sobre la alfombra… lo sabía.

Él estaba ahí.

Empujé la puerta despacio, como quien atraviesa un umbral sagrado. El departamento estaba lleno de un perfume dulce y cálido a rosas. El suelo del pasillo estaba cubierto con pétalos esparcidos con una precisión que me hizo estremecer.

Las luces estaban apagadas, pero una luz suave venía de la sala.

Velas.

Lo primero que vi al doblar la esquina fue la mesa puesta, dos copas, servilletas dobladas con elegancia, cubiertos alineados y, en

el centro, un plato cubierto con una campana de vidrio.

Era una cena. Pero no había sonido. Ni música. Solo la lenta danza de las llamas.

Entonces, en el rincón más oscuro de la sala, él se movió.

León.

Sentado en la cabecera de la mesa, con los brazos apoyados, el cuerpo inclinado ligeramente hacia adelante. Las velas iluminaban el contorno de su rostro, revelando por primera vez los rasgos del hombre que me perseguía en los rincones de mi mente y cuerpo.

Era hermoso... de una forma devastadora, peligrosa y absoluta.

La barba sombreaba su mandíbula firme, los ojos eran oscuros, profundos, casi insondables y la media sonrisa era la mezcla exacta de promesa y amenaza. No parecía sorprendido. Ni nervioso. Solo... satisfecho.

—Te estaba esperando —dijo, con voz baja, aterciopelada, tan íntima como la marca sobre mi piel.

Me quedé parada en el umbral de la sala, sin saber si salir corriendo o arrodillarme.

Mi cuerpo aún olía a estudio, a tinta, a sangre, pero sus ojos... sus ojos me quemaban como si me desnudaran por dentro.

—Tú... —Mi voz falló—. Era tu nombre.

Él asintió, sin prisa.

—Siempre lo fue.

—Tú me tatuaste.

—No. —Se levantó despacio—. Tú te tatuaste por mí.

Y eso… es aún más hermoso.

Me quedé sin aire.

No era miedo lo que me paralizaba. Era el reconocimiento.

Allí, frente a mí, estaba el dueño de mi dolor, de mi placer, de mi mente.

Cuando se acercó, el perfume de las velas, de las rosas y del cuero de la chaqueta lo envolvieron como un velo y susurrando en mi cuello, me dijo:

—Ahora ya sabes quién soy. Pero lo que todavía no entiendes, Ángela... es que tú también siempre fuiste mía.

León estaba frente a mí. Firme, hermoso, peligroso como un secreto guardado demasiado tiempo. Las velas titilaban con su respiración, como si hasta el fuego obedeciera su presencia. La cena todavía humeaba sobre la mesa, pero parecía distante, como un teatro armado para otra mujer, otra versión de mí, esa que él quería seducir despacio.

Pero yo no quería jugar.

Lo quería a él.

—No quiero la cena —dije, con voz baja, ronca de deseo contenido—. Quiero besarte.

No movió un músculo durante un segundo. Luego, la sombra de una sonrisa jugó en sus labios.

—¿Crees que mereces un beso, Ángela?

Tragué saliva seca. El calor subió por mi garganta, pero no era vergüenza, era rabia, excitación y reclamo.

—Me dejé marcar con tu nombre.

—Sí —respondió con ese tono ronco que hacía que me fallaran las rodillas—. Y aún así, ¿crees que tienes derecho a pedir?

La provocación me incendió.

No necesitaba pedir.

Me acerqué despacio. León no se alejó. Sus ojos seguían cada movimiento mío, como si ya supieran lo que haría. Cuando llegué a la silla donde estaba, me detuve entre sus piernas y lo miré bajo la luz dorada.

—Yo no lo pedí. Vine a buscarlo.

Y me subí encima de él.

Me monté en su regazo con un movimiento decidido, poniendo las manos en sus hombros y sintiendo el vestido subir por mis muslos. León todavía no me tocaba, pero sus ojos hacían más que sus manos. Cuando me senté sobre él, sentí su miembro aún dormido bajo la tela del pantalón, pero bastaron dos movimientos de cadera para que comenzara a endurecerse.

Me moví lento, con la mirada clavada en la suya. León apretó la mandíbula y, por un momento, casi sonrió. Las manos finalmente llegaron a mi cintura, firmes, calientes.

—Estás jugando con fuego —dijo con voz grave y ronca, casi como una advertencia.

—Tú me hiciste arder primero.

Entonces lo besé. No con miedo o duda, sino con el hambre de quien pasó semanas ahogándose en silencio, noches rogando por un toque que no llegaba. Mis labios se encontraron con los suyos con urgencia, como si quisieran devorarlo entero. Y él correspondió.

El beso fue una colisión. Dientes, lengua, respiración entrecortada. Sus manos bajaron por mi cintura hasta mis muslos, apretándome contra el volumen que crecía debajo mío. Mi cuerpo se movía instintivamente, el centro de mí ya pulsaba contra su jean, implorando.

Me jaló con fuerza, hundiendo el rostro en mi cuello, mordiendo mi clavícula con un deseo casi animal.

—Eres mi marca más hermosa —susurró—. Y ahora... la voy a reescribir con mi cuerpo.

La mesa tembló cuando León me empujó contra ella, las velas derramaron cera caliente sobre mi piel desnuda. Los platos de porcelana se hicieron añicos en el suelo, las copas de vino explotaron en fragmentos rojos y yo ni parpadeaba. Porque él estaba ahí, finalmente, con los ojos negros ardiendo con una furia que me mojaba antes de tocarme.

Apretó mis muslos con fuerza suficiente para dejar marcas moradas, abriendo mis piernas en un movimiento brusco que hizo

crujir la madera. El vestido se rasgó con un sonido obsceno, la tela cedía bajo sus dedos como si estuviera hecha para ser destruida. Cuando intenté quitarme la ropa interior, su mano se cerró en mi muñeca como un grillete.

—Esto es mío —gruñó, con una voz tan áspera como el hormigón.

Con un tirón seco, la tela se partió, dejándome expuesta, abierta, bajo la luz de las velas danzando sobre mi piel húmeda. Antes de que pudiera reaccionar, su mano golpeó fuerte entre mis piernas. El chasquido resonó en la sala, el dolor agudo se mezcló instantáneamente con el placer y gemí, arqueando la espalda contra la mesa.

—¿De verdad pensaste que ibas a escapar? —Agarro mi mentón, clavando los dedos en mi mandíbula mientras me obligaba a mirar su odio, su deseo—. ¿Que ibas a dejar que alguien más pusiera las manos en lo que es MÍO?

Temblaba, pero no de miedo.

De anticipación.

Él no esperó respuesta. Con un movimiento fluido, me volteó boca abajo, presionando mi rostro contra la madera de la mesa y entró en mí de una vez, sin preparación, sin piedad... Un grito desgarró mi garganta cuando llenó cada centímetro, el dolor de la extensión se mezcló con un placer tan intenso que me hizo ver estrellas.

—Mira —ordenó, jalando mi cabello hacia atrás, obligándome a verme en el espejo empañado de la pared—. Mira cómo te pones cuando sabes que eres de mi propiedad.

¡Mierda!... Lo veía.

Veía mi rostro rojo, los labios hinchados, los ojos vidriosos de sumisión. Veía sus manos oscuras marcando mi piel, su cuerpo poderoso moviéndose detrás de mí, poseyéndome con embestidas brutales que hacían temblar la mesa.

—¿Querías ser usada? —Mordió mi hombro, hundiendo los dientes en mi carne hasta que grité—. Entonces toma. Toma hasta que no puedas más.

Y yo tomaba.

Tomaba cada centímetro de él, cada embestida que me empujaba contra la mesa, cada tirón de cabello que me mareaba. Sus manos encontraron mi garganta, apretando lo justo para que mi visión se oscureciera en los bordes, y me retorcía, gimiendo, suplicando sin palabras.

—¡Habla! Di quién es el dueño de esta boca.

—¡Eres tú! —sollocé, con las uñas raspando la madera—. Solo tú, maldita sea, solo tú…

Él rió bajo, victorioso, y aumentó el ritmo, penetrándome con una furia que hacía temblar mi cuerpo hasta colapsar. El orgasmo me golpeó como un rayo: violento, incontrolable, arrancando gritos que resonaban en la sala vacía. Pero no paró. Continuó metiéndomela durante el temblor, prolongando la ola hasta que se volvió dolor, hasta que yo lloraba y suplicaba.

Solo entonces eyaculó dentro de mí, caliente, profundo, clavando los dientes en mi cuello como un animal marcando su presa.

Cuando finalmente se apartó, mis piernas fallaron. Me deslicé al suelo, entre fragmentos de porcelana y vino derramado, con el cuerpo cubierto de sudor, marcas y semen.

León se arrodilló a mi lado, enrollando los dedos en mi cabello sucio.

—La próxima vez que intentes huir... —susurró, con los labios rozando mi oído—... te recordaré lo que sucede cuando me dejas esperando.

Luego se levantó, dejándome allí: destruida, abierta, completamente suya... pero yo sonreía. Porque, por fin, él había venido a buscar lo que era suyo.



Capítulo 18

Me desperté con la sensación de que algo quemaba entre mis pechos. La sábana húmeda se me pegaba al cuerpo, el aire del cuarto estaba espeso, sofocante, como si la noche se hubiera cerrado y se negara a irse. Me moví despacio, con el corazón acelerado antes incluso de abrir los ojos. El tatuaje palpitaba. Latía como si tuviera vida propia, como si susurrara su nombre bajo la piel.

León…

Llevé los dedos hasta el lugar. Mi piel todavía estaba sensible. Hinchada. El calor era real, no solo por la tinta, sino por el recuerdo. Por lo que había hecho. Por lo que me había convertido... Fue entonces cuando lo vi.

Parado en un rincón del cuarto, inmóvil, como una sombra viva bajo la débil luz de la mañana.

Él estaba ahí.

León…

Vestía de negro, sin expresión, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos, como siempre, demasiado oscuros para

descifrarlos. No habló. No sonrió. No se movió.

Solo me miraba.

Todo mi cuerpo se estremeció bajo las sábanas. Una parte de mí quiso esconderse, como si estuviera demasiado desnuda, aunque estuviera vestida. La otra parte… quería que me desgarrara otra vez. Que me tomara. Que hiciera que su nombre ardiera no solo en la piel, sino en la carne viva de lo que quedaba de mí.

—León —susurré, con la voz aún ronca por el sueño o por la nostalgia—. Ven a la cama.

No respondió. Ni movió un músculo.

Permaneció ahí, firme, como si el mundo alrededor no importara. Como si solo él estuviera despierto. Como si, de alguna forma, nunca hubiera dejado de estar bajo su mirada.

—Por favor —insistí, sintiendo mi corazón apretarse—. Yo… no quiero estar sola.

Finalmente inclinó la cabeza, pero no se acercó.

—¿Sola? —Su voz era baja, grave, tan familiar como el sonido de mi propio nombre—. Nunca estás sola, Ángela.

Tragué saliva y el tatuaje palpitó con más fuerza, como si escuchara.

—¿Por qué estás ahí… parado?

León respiró hondo, apenas, y respondió, como si fuera obvio:

—Porque es más bonito verte desde lejos. Cuando no me sientes. Cuando aún crees que tienes el control.

Volteé el rostro a un lado, tratando de esconder la expresión. Pero ya me había visto. Siempre me veía.

—¿El tatuaje todavía te duele?

Asentí, casi imperceptiblemente.

—Te va a doler más —dijo—. Antes de cicatrizar.

La forma en que me habló me dejó la garganta seca. Porque sabía que no solo hablaba de la piel, sino de lo que estaba haciendo

conmigo, de lo que aún haría.

—Quiero que estés cerca.

—No es que realmente quieras estar conmigo, sino que tu deseo surge porque yo no estoy presente. Lo quieres más por la ausencia que por mi presencia. —Dio un paso adelante, despacio—. Así es como te enseño.

Mis ojos ardieron.

—¿Enseñarme qué?

Se acercó hasta el borde de la cama. No se subió. No me tocó. Solo se inclinó un poco, manteniendo la mirada fija en la mía.

—Ah, no olvides de quién es el nombre que llevas en el pecho.

Luego se alejó, dejando solo su olor en el aire y el dolor vivo bajo mi piel.

Me quedé sentada en la cama, cubierta hasta la cintura, con el cuerpo alerta y los ojos pegados a su silueta. León permanecía parado junto a la puerta, como si su presencia fuera suficiente. Como si nunca necesitara hacer más que eso, existir para desarmarme por dentro.

Pero en ese instante algo se rompió.

Quizá fue el dolor constante bajo el tatuaje, el vacío de los días que desapareció, o el miedo disfrazado de deseo que crecía cada vez más hondo en mi garganta.

—¿Quién eres, León? —La pregunta salió antes de que pudiera contenerme. Más valiente de lo que realmente me sentía.

No respondió de inmediato. Solo giró un poco el rostro, como si ponderara si merecía saberlo. Como si medir mi duda fuera parte del juego.

—Ya sabes quién soy —dijo finalmente—. Y aun así sigues aquí.

—Sé lo que me haces sentir —corregí, sintiendo un nudo apretarse en mi pecho—. Pero no sé nada sobre ti. Ni tu apellido. Ni

a qué te dedicas. Ni de dónde vienes.

León respiró profundo. Su mandíbula se tensó ligeramente.

—¿Qué quieres saber, Ángela?

—Todo.

Mi voz salió temblorosa, pero firme.

—Quiero saber por qué me elegiste. Por qué me seguiste. Por qué marcaste mi cuerpo con tu nombre. Y... por qué desapareces como si mi corazón no existiera cuando no estás.

Dio un paso atrás.

—No es momento todavía.

—Entonces ¿vas a seguir tratándome como un experimento? ¿Como una marioneta que manipulas, penetras, marcas y después abandonas?

El silencio se extendió entre nosotros.

León solo me miró como un hombre sin prisa, sin culpa y sin intención de dar respuestas.

—Ya lo sabrás —dijo, dándose la vuelta y abriendo la puerta —. Cuando yo quiera que lo sepas.

—¿Y hasta entonces? —pregunté, con la voz quebrada—. ¿Me vas a dejar aquí, sangrando por dentro?

Se detuvo en el umbral. La luz del pasillo dibujó su silueta en la oscuridad del cuarto.

—Hasta entonces vas a aprender a confiar... aunque no entiendas. O te destruirás tratando de descifrar lo que nunca estuvo hecho para explicarse.

Y se fue.

La puerta se cerró con un clic seco y yo me quedé ahí, en la cama, con su nombre ardiendo bajo la piel y la sensación insoportable de estar enamorada de un hombre que tal vez nunca existiera por completo.



Capítulo 19

No volvió esa noche. Ni la siguiente. Ni el día después. Sin embargo, seguía estando en todas partes.

El apartamento parecía más grande sin su presencia, pero también más cerrado. El aire se había vuelto denso, como si cada pared guardara el rastro de su voz, el calor de sus toques, el peso de sus ojos clavados en mí. La cama tenía la forma de su cuerpo marcada en el colchón y yo seguía durmiendo del lado opuesto, como si esperara que se acostara allí en cualquier momento. Incluso cuando cerraba los ojos, cuando intentaba convencerme de que él tenía que irse, de que yo necesitaba respirar... mi alma contenía la respiración, esperando.

En los dos primeros días intenté fingir que estaba bien. Que su ausencia me liberaba, que el silencio era la reconquista de un espacio. Preparé el desayuno como si fuera una rutina. Me duché. Me puse ropa limpia. Abrí la computadora. Los archivos de diseño se acumulaban en la pantalla, pero nada parecía tener sentido. El cursor parpadeaba como un dedo acusador y cada página en blanco era un espejo.

Al tercer día me desperté más temprano, con el cuerpo sudado y el tatuaje palpitando, como si León acabara de marcar su existencia sobre mi piel. Me levanté de la cama como si llevara un fantasma sobre los hombros y caminé hasta la puerta del apartamento por impulso. Quizá lo sabía. Quizá lo sentía... y cuando vi la caja negra descansando sobre el tapete como una ofrenda, mi corazón pareció fallar un segundo, como si quisiera detenerse ahí, entre la angustia y la esperanza.

Me arrodillé despacio, con los dedos temblorosos. La caja estaba sellada, sin etiquetas, sin nombre... Solo su presencia bastaba para confirmar que venía de él. Entré con ella entre los brazos, como si llevara algo sagrado. La sala estaba en silencio. La luz de la mañana atravesaba las rendijas de la cortina con una suavidad cruel. El sonido del cúter abriendo el papel sonó como una invasión.

Dentro había un celular nuevo y un sobre.

No era una nota amorosa. Ni una explicación.

Solo una hoja blanca, con letras negras y firmes, escritas con precisión casi mecánica. Eran órdenes claras, secas e incuestionables.

A PARTIR DE AHORA:

1. No contestes llamadas de otro número.
2. No salgas del apartamento sin mi permiso.
3. Usarás este celular.
4. Apaga el antiguo. Para siempre.
5. Obedecé. O voy a desaparecer. Y la próxima vez, será para siempre.

L.

Me quedé sentada en el suelo de la sala mucho tiempo. El papel temblaba entre mis dedos, pero no por rabia sino porque algo dentro mío se había aflojado, cedido, desplomado con alivio. Él estaba vivo. Me vigilaba. Eso, por más loco que pareciera, era reconfortante.

La rabia existía, la duda también, pero lo que ardía más profundo era el vacío de haberlo perdido, y la simple posibilidad de su ausencia eterna me aplastaba con más fuerza que cualquier orden que él pudiera imponerme.

Sin decir nada, me levanté. Fui hasta la estantería, tomé mi celular viejo, el mismo que había esperado durante días que brillara con su nombre. Presioné el botón de apagar. La pantalla se oscureció con un último destello. No lloré, solo respiré hondo y dejé que muriera allí, en el fondo del cajón.

Encendí el aparato nuevo. La pantalla blanca apareció con un leve zumbido.

Nueva identidad, nueva prisión, pero el nombre bajo mi piel seguía siendo el mismo y dolía como una herida... o como una promesa.



No volvió esa noche. Ni la siguiente. Y cada día que pasaba sin su presencia era otro clavo enterrado en el suelo donde pisaba.

Me desperté todavía con el calor de su nombre quemando entre mis pechos, el tatuaje latiendo bajo mi piel sensible. Por instinto, me giré de lado, esperando encontrar su respiración, su calor, pero todo lo que encontré fue la almohada hundida y fría.

Hice café, por costumbre. Sin embargo, la taza quedó olvidada sobre la mesa, intacta, amarga en el fondo de la porcelana. Intenté trabajar. Abrí la computadora, bajé los archivos pendientes de los clientes. Boceté dos proyectos. Los borré. Cada línea, cada

tipografía, cada curva de diseño me recordaba que creaba cosas que no me pertenecían, mientras lo único que realmente era mío me había sido arrebatado.

Prendí la televisión. El volumen bajo llenaba la casa con una presencia artificial. Sin embargo, ni las voces de los presentadores parecían reales. Intenté leer, pero las palabras se confundían. Abrí la ducha y me quedé bajo el agua veinte minutos, sin lavarme el cabello, sin cerrar los ojos. El agua caliente sobre el tatuaje me ardía, y yo soportaba, porque el dolor allí era todo lo que me conectaba con él.

Por la noche, me sentaba en el suelo de la sala. Siempre en la misma posición, con el cuerpo recogido, el celular en las manos como un objeto sagrado, esperando una notificación que nunca llegaba. Aun así, no podía apagarlo. Ni mover un dedo para pedir ayuda. Porque, en el fondo, no quería ser salvada de nada. Quería ser encontrada. Por él.



Capítulo 20

La noche parecía más larga de lo normal, cargada de un silencio denso que no era solo ausencia, sino vigilancia. La ciudad dormía afuera, pero dentro del apartamento el tiempo parecía detenido. La luz de la lámpara proyectaba sombras temblorosas en las paredes, como si las esquinas se movieran solas. Yo estaba sentada en el sofá, con las rodillas contra el pecho y la cabeza apoyada en el brazo del sillón, la piel erizada a pesar del calor sofocante del verano.

Habían pasado días desde la última vez que escuché su voz. El celular nuevo parpadeaba en silencio junto a la taza de té frío. Obedecer se había convertido en un hábito: levantarme, cerrar las puertas, mantener apagado el teléfono viejo, no salir. Pero la rutina sin su presencia era un castigo más cruel que cualquier marca en mi piel. Yo estaba siendo moldeada por el vacío y era en ese espacio, entre la nostalgia y la sumisión, donde él dominaba.

No escuché que la puerta se abriera. No escuché pasos. No escuché nada.

Pero cuando levanté la mirada, tal vez sintiendo un escalofrío, tal vez solo por impulso, él estaba ahí.

León…

Apoyado en el marco de la puerta del dormitorio, el rostro semioculto por la sombra, los ojos clavados en mí como si nunca se hubiera ido de allí. Vestía de negro, la piel brillaba bajo la luz tenue y había algo en su postura que parecía más duro, más contenido. Como si llevara rabia, o frustración, o ambas cosas.

Por un instante, el aire desapareció de mis pulmones. Me levanté despacio, sin pensar, como quien intenta acercarse a un animal salvaje que puede huir con un movimiento en falso. Pero mis pies tocaron el suelo y el corazón me traicionó con un temblor violento.

—Desapareciste —susurré, con la voz quebrada por el sueño, o el miedo, o el alivio.

Él no respondió. Solo me observaba. Como si esperara.

—León, yo... ya no aguanto más este ir y venir. Estas reglas. Este control —continué, dando un paso adelante—. Te quiero. Pero no así. No de esta manera.

Las palabras flotaron en el aire como pólvora... y supe, en el mismo instante en que él respiró hondo, que había hablado demasiado. O tal vez le había dicho lo que más odiaba oír.

Sus ojos se entrecerraron levemente, con la mandíbula tensa. No hubo gritos. No hubo estallidos. Solo ese silencio opresivo que viene antes de que todo se derrumbe.

—¿Quieres? —repitió y su voz sonó baja, cortante—. Como si esto tuviera que ver con lo que quieres tú.

Di un paso más. Sintiendo las manos temblorosas y el cuerpo desnudo bajo la bata fina.

—Solo te quería... conmigo. Sin este juego.

León levantó el mentón y vi sus ojos arder de un modo que me heló por dentro. No se acercó. No gritó. Pero lo que vino después dolió más que cualquier cachetada.

—No has entendido nada todavía.

Entonces me dio la espalda.

Así de simple.

Abrió la puerta del apartamento, como quien arranca una herida del cuerpo, y desapareció.

Sin explicaciones. Sin aviso. Sin promesa de regreso.

Me quedé ahí, parada, con el sonido de la puerta resonando en lo profundo del alma. El vacío que dejó atrás no era nuevo. Era conocido. Pero aun así... cada vez que se iba, se llevaba otro pedazo de mí.

Volví al sofá como quien regresa a una celda. Allí permanecí, sola, desnuda por dentro, con su nombre latiendo bajo mi piel herida y con la certeza incómoda de que, a pesar de todo, todavía lo elegiría de nuevo.

Las horas que siguieron no fueron exactamente horas... Fueron grietas, huecos, fragmentos quebradizos de un tiempo que dejó de correr con lógica. Me quedé en el sofá hasta que la luz del día llenó el ambiente con una indiferencia que dolía en los ojos. Cada rayo dorado que atravesaba la cortina parecía burlarse de la oscuridad dentro de mí.

Él se fue. Otra vez... Sin mirar atrás, sin explicar, sin prometer nada... La casa, por más intacta que estuviera, llevaba su ausencia, como polvo sobre los muebles, un residuo invisible que se infiltraba en todo. Era su olor que seguía en la sábana. Era su paso que ya no resonaba por el pasillo. Era el silencio, sobre todo, el que gritaba donde antes había presencia.

El primer día intenté fingir que eso era una reacción. Que necesitaba espacio, o que quería enseñarme otra de sus lecciones perversas sobre control y castigo. Me mantuve en silencio. Cumplí las reglas. No salí. Esperé. Abrí el celular nuevo docenas de veces, aun sabiendo que ninguna notificación llegaría si él no quería. Cada hora, recreaba mentalmente nuestra última conversación, buscando entre líneas el error. *¿Qué error? ¿Haber dicho que quería más? ¿Haber pedido que parara con el juego?*

Pero a medida que el día avanzaba, comencé a entender: no era sobre lo que dije. Se trataba de que me había atrevido a hablar.

El segundo día, el control se disolvió. Mis pies caminaban de un cuarto a otro como si quisieran trazar un círculo alrededor de mi propia angustia. El apartamento ya no me pertenecía. Cada pared me devolvía el reflejo de una mujer que ya no reconocía. La comida quedó intacta. El agua en el vaso, quieta. La cama, fría e inútil. Intenté dormir en el sofá, como si la cercanía de la puerta me diera más chance de escucharlo llegar. Pero no llegó.

Pasé la madrugada escuchando los ruidos del edificio: el vecino que tosía en el piso de arriba, el ascensor que se abría para nadie, el chirrido de la tubería en el baño. Cada sonido me hacía sobresaltar. Cada sombra era un presagio.

No lloré. No grité. Pero morí en silencio. Un poco más. Porque lo que León dejaba atrás cada vez que se iba no era solo el silencio. Era el recordatorio de que podía, y yo... yo lo aceptaba igual.



La puerta se abrió en plena madrugada, sin sonido, sin aviso, sin prisa.

Yo estaba despierta, sentada en el suelo del pasillo, con la espalda apoyada en la pared y el corazón hecho pedazos, aunque me latía con una fuerza casi implacable en el pecho. Mis ojos, secos de tanto esperar, no se abrieron de par en par al verlo. Solo lo siguieron con una obediencia silenciosa, como si mi alma supiera antes que la carne que él volvería y que no sería para hablar.

León entró como si nunca se hubiera ido. Como si el tiempo que me dejó sangrando en su ausencia fuera parte de un plan mayor. Cerró la puerta con un gesto tranquilo, se quitó la chaqueta y la dejó deslizar hasta el suelo, junto a sus pasos. No dijo una palabra. Ni me miró directamente. Pero yo ya estaba de pie. Ya iba hacia él. Como si la distancia entre nosotros fuera no solo inevitable, sino equivocada.

Me agarró por la nuca apenas me acerqué, entrelazando con firmeza sus dedos en mi cabello, guiando mi rostro hacia su pecho. No me abrazó. Solo me mantuvo ahí, pegada a él, respirando profundo, como si me oliera, como si confirmara que yo todavía estaba donde él me dejó.

Me jaló con una fuerza que no permitía dudas. Sus dedos se clavaban en mi muñeca como garras, no lo suficiente para dejar marcas, pero sí para que sintiera el peso de esa posesión. No era violencia, era afirmación. Un recordatorio silencioso de que mi cuerpo ya tenía dueño, incluso cuando intentaba olvidarlo.

El camino hasta el cuarto fue corto, pero cada paso que él me arrastraba ardía como ternura. Podría haberme resistido. Podría haber hablado. Pero ¿qué habría salido de mi boca? ¿Un gemido? ¿Una súplica? Él ya sabía que no iba a negarme. Nunca lo haría.

Cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, su mirada me atravesó como una cuchilla. No había prisa en él, solo la certeza de que cada segundo que pasaba era uno más en el que me deshacía bajo su dominio. Sus manos encontraron la tela de mi ropa y, con un movimiento calculado, la rasgó. El sonido de la tela cediendo resonó en la habitación, seguido por mi suspiro ronco.

No hubo caricias. Ningún toque suave para prepararme. Solo su mano, abriendo mis piernas con un gesto seco, implacable, como si mi cuerpo ya debiera estar listo para él... y lo estaba. Incluso sin querer, lo estaba.

Me tiró en la cama como quien descarta algo que ya le pertenece. Me giró, me posicionó, me expuso. Su cuerpo cubrió el mío con una presencia que no era solo física... era una invasión. Cuando entró en mí, fue con una sola estocada profunda, arrancando un grito ahogado de mi garganta. No hubo delicadeza. No hubo perdón, fue posesión, dominación y la prueba cruda de que, incluso después de todo, todavía podía reducirme a eso: a un cuerpo que se curvaba bajo el suyo, que se abría, que aceptaba cada centímetro como si fuera mi sentencia.

León no habló. No hizo falta. Sus caderas chocaban contra las mías con una cadencia implacable, cada movimiento afirmaba su control. Sus manos me agarraban de las caderas, del cabello, del cuello, moldeándome, usándome, recordándome quién mandaba. Cuando me jaló hacia atrás, jadeando junto a mi oído, su aliento caliente fue lo único que rompió el silencio…

Yo luchaba entre el placer y la sumisión, entre la resistencia y la entrega y, cuando el orgasmo me alcanzó, fue como un cuchillo cortante, inevitable, dejándome temblando y derrotada. Pero él no paró. No le importó. Siguió moviéndose dentro de mí, como si quisiera extraer cada gota de sumisión que mi cuerpo aún guardaba.

Cuando finalmente eyaculó, fue con un gruñido ronco, derramándose dentro de mí como un sello. No se apartó. No pidió disculpas. Solo se quedó ahí, con el peso de su cuerpo sobre el mío, como si quisiera asegurarse de que yo recordara -de que siempre recordara-, a quién pertenecía.

En el silencio que siguió solo quedó el eco de esa verdad: yo era de él y él nunca me dejaría olvidarlo.



Capítulo 21

La luz de la mañana se colaba por las rendijas de la persiana con una delicadeza cruel, tiñendo el cuarto con tonos dorados que no calentaban. La sábana estaba enredada entre nuestras piernas, aún húmeda por el sudor de la noche. La piel de mi cuerpo dolía en puntos precisos, donde sus manos habían apretado con más fuerza, donde la fricción del castigo había dejado marcas, pero había un extraño alivio en eso. Como si las señales físicas fueran prueba de que él era real, de que había vuelto, de que, por algún tiempo, era mío.

León todavía estaba ahí.

Dormía de lado, con el rostro parcialmente cubierto por la sombra del respaldo de la cama, una de sus manos descansaba sobre mi cadera como un grillete que reposaba. Su respiración era profunda, lenta, absolutamente silenciosa... como todo en él. Había una paz violenta al tenerlo acostado a mi lado, un cruel contraste entre lo que me daba y lo que me quitaba sin aviso.

Debería haberle preguntado:

- Dónde había estado.
- Por qué desapareció.

- Si pensó en mí.
- Y si... alguna vez sintió mi ausencia como yo sentí la suya.

Pero no pregunté.

Porque preguntar era provocar el silencio. Era arriesgar que él desapareciera otra vez. En ese momento, solo quería que se quedara.

Me giré despacio, con el cuidado de quien no quiere romper un hechizo. Apoyé el rostro en su hombro, sentí el olor cálido de su piel mezclado con ese perfume que siempre parecía venir de él sin origen. Era un olor a madera, a humo, a algo masculino y primitivo. Me acurruqué allí, como si encajar en su cuerpo pudiera mantenerme entera unas horas más.

Él no se movió. Pero su mano se hundió más en mi cadera, atrayéndome suavemente hacia él, y fue en ese gesto pequeño, involuntario, que lo supe: él sabía que yo no preguntaría. Tal vez por eso eligió quedarse.

Cerré los ojos. Traté de absorber cada segundo.

La textura de su piel contra la mía. El ritmo constante de su pecho subiendo y bajando. La calma después de la tormenta.

Mi cuerpo todavía estaba marcado. Mi corazón, todavía confundido. Pero en ese momento había calor. Había silencio. Estaba él... y aunque sabía que todo podía romperse en cualquier instante, aunque temía lo que vendría después, me permití existir allí.

Con el hombre que no explicaba nada. Que lastimaba más de lo que curaba. Pero que, aun así... era el único lugar donde quería estar.

Por un largo tiempo permanecí ahí, encajada en su cuerpo como una extensión de algo más grande, más denso que la comprensión. Mis dedos recorrían lentamente la piel cálida de su pecho, deslizando entre los contornos firmes de su músculo adormecido. El tacto era suave, casi reverente, como si pudiera esculpir en él alguna ternura donde solo había fuerza. Pero de repente, sus ojos se abrieron: oscuros, serenos y tan atentos que

por un segundo tuve la impresión de que él no dormía. Solo me esperaba.

Antes de que pudiera sonreír o retroceder, León sujetó mi muñeca con la calma de siempre: no con violencia, sino con control absoluto... y guió mi mano hacia abajo, conduciendo mis dedos entre las sábanas, hasta que tocaron el volumen duro bajo su pantalón de chándal.

La erección era innegable. Caliente, palpitante, viva.

Por un instante, mi cuerpo dudó. Pero él solo respiró profundo, sin apartar la mirada de la mía, y murmuró bajo, con esa voz cargada de autoridad:

—Buena niña.

Algo en mí se encendió. Como si esas dos palabras fueran una llave girando dentro de mi piel. El calor subió de mis muslos hasta el cuello, y una urgencia conocida dominó mi vientre. Me deslicé fuera de las sábanas con suavidad, quedando de rodillas, con mis ojos aún atrapados en los suyos. León no movió un músculo, solo se recostó mejor, ofreciendo su cuerpo como si dijera: sírveme como fuiste hecha para servir.

Le bajé el pantalón despacio, revelando centímetro a centímetro lo que ya era mío. Su miembro emergió rígido, pesado, con el glande brillando bajo la luz tímida que atravesaba la ventana. El contraste entre la brutalidad del deseo y la calma del ambiente me hizo arder. Me incliné sobre él, guiada por algo entre devoción y hambre.

La primera lamida fue lenta, desde la base hasta la punta, sintiendo el calor y la textura con la lengua, absorbiendo el sabor que ya conocía. León emitió un sonido ronco, casi un suspiro contenido, y posó su mano sobre mi cabeza, entrelazando los dedos en mi cabello con firmeza, pero sin prisa. No había urgencia. Había dominio.

—Eso es... Así... —murmuró, con la voz baja, casi demasiado grave para ser humana—. Mi buena niña.

Esas palabras me invadieron como calor líquido. Mi boca se cerró alrededor de él, tragándole la verga poco a poco, con cuidado, con deseo. Mis labios se deslizaban con ritmo lento y húmedo, mi respiración se mezclaba con la suya, y sus movimientos guiaban mi cabeza con precisión. Cada vez que bajaba más profundo, él apretaba un poco más. Cada vez que hacía un sonido, su respiración se volvía más densa.

Su placer era mi ancla. Mi entrega. Mi alimento.

Mis ojos ardían. No de dolor. Sino de entrega. De necesidad.

Allí, de rodillas entre sus piernas, con el cabello sujetado y la boca llena, ya no era mi cuerpo... era *SU* cuerpo.

León lo sabía.

Sabía cuánto me gustaba obedecer, que incluso cuando decía que no podía más, mi cuerpo rogaba por más, y en ese momento yo suplicaba sin palabras.

Con la lengua. Con los labios. Con cada parte de mí que se doblegaba a él solo para merecer otro elogio susurrado.

Otro *"buena niña"* en ese tono ronco que me rompía por dentro.

Mis movimientos se hicieron más firmes, más rítmicos, mientras la mano de León mantenía un dominio suave sobre mi cabeza. Sus gemidos roncos se hacían cada vez más profundos, más bajos, como truenos apagados dentro del pecho. Sentía la tensión crecer en su cuerpo... el endurecimiento súbito, la respiración contenida, los músculos tensos bajo mis manos. Sabía lo que venía y, aun así, no paré.

Mi boca lo envolvía con aún más devoción, deslizaba mis labios con precisión, provocando cada nervio con la lengua, cada latido. Él maldijo en voz baja, casi inaudible, apretando mi cabello en un gesto más posesivo. Luego, con un suspiro grave, ahogado entre dientes apretados, me eyaculó, con todo el cuerpo temblando bajo el toque de mi boca.

Me tragué todo, sin dudarlo. Sin querer que eso terminara.

Porque ese momento, ese suspiro, ese estremecimiento, esa entrega, aunque era momentánea, era mía.

Cuando levanté la vista, todavía de rodillas entre sus piernas, encontré su rostro relajado, pero aún tenso de otra manera. Me miraba con un brillo extraño en la mirada, como si fuera algo demasiado precioso para tocar con prisa ahora. Su mano soltó mi cabello despacio, rozando mis dedos en mi mejilla con una delicadeza casi irreal. Por un momento, parecía tranquilo, humano, casi gentil…

—Buena niña —susurró otra vez, y el sonido fue una caricia cálida que recorrió mi interior como miel derretida.

León me tomó de la mano, guiándome hasta su regazo. Me acomodé de frente, con las piernas alrededor de su cintura, con mi cuerpo aún tembloroso, aún deseoso. Esperaba que me girara, que me tomara otra vez, que me usara con prisa como tantas veces antes. Pero eso no fue lo que pasó.

Él me abrazó.

Sus brazos rodearon mi cintura con una posesividad que me quitó el aire, aplastándome contra su pecho amplio y caliente. Su respiración cálida rozó mi hombro, húmeda y pesada, mientras sus manos bajaban por mi espalda desnuda, explorando cada curva con los dedos, cada cicatriz, como si quisiera memorizar mi piel con el tacto. Cuando inclinó la cabeza y sus labios encontraron mi cuello, no fue un beso de hambre, fue una afirmación. Algo más profundo. Más peligroso.

Entonces se recostó de espaldas, tirándome con él, y me dejé guiar, temblando de anticipación. Sus ojos, oscuros y ardientes, nunca se apartaron de los míos mientras me posicionaba sobre él, con sus manos firmes en mis caderas, los dedos clavándose en mi carne como si dijeran: *"aún eres mía. Y ahora te lo recordaré, lentamente".*

Mi cuerpo ya estaba húmedo, latiendo de necesidad, y cuando me encajé sobre él, sentí su verga presionando mi entrada, caliente e impaciente. La penetración fue lenta, cruelmente

deliberada, cada centímetro invadiéndome con una profundidad que me hizo arquearme. Un gemido roto escapó de mis labios, ahogado contra su pecho, mientras me ajustaba a su grosor, me abría, me estiraba, me acostumbraba a ese llenado brutal.

León no tenía prisa. Su mano se deslizó a mi cintura, controlando mis movimientos con una firmeza que me dejó sin aire. Esta vez no me penetraba con embestidas salvajes... me adoraba con la cadera, me reverenciaba con cada roce interno, me torturaba con un ritmo que me dejaba al borde de la desesperación.

Me moví sobre él en círculos lentos, con la cabeza echada hacia atrás, los senos pesados y sensibles, mientras él me observaba con ojos oscurecidos por el deseo. Sus manos apretaban mis caderas, marcando el ritmo, controlando cada subida y bajada, cada vez que lo tragaba entero.

Cuando sus labios encontraron mi teta, succionando el pezón entre los dientes, gemí como si me rompiera por dentro... no de dolor, sino de un placer tan intenso que parecía un castigo.

Me llevó al límite con una paciencia sádica, sus dedos encontraron mi clítoris, frotando con presión precisa, mientras su miembro me dilataba por dentro, golpeando el punto correcto a cada embestida. Cuando el orgasmo me alcanzó, fue como un rayo: mi cuerpo se arqueó violentamente, los músculos internos se contrajeron a su alrededor, y grité, sin poder controlarme, con las uñas clavadas en su pecho.

León no paró. Siguió moviéndose dentro de mí, prolongando mi agonía, hasta que un gemido ronco escapó de su garganta y finalmente eyaculó, caliente y profundo, llenándome hasta desbordar. Sus brazos me envolvieron, tirándome hacia un beso sucio, devorador, mientras nuestros cuerpos todavía temblaban juntos.

Y allí, marcada por él, llenada por él, lo supe: no importaba lo que yo dijera, lo que yo hiciera, siempre sería suya y él nunca me dejaría olvidarlo.

Dejé de tener miedo, al menos por esa noche.



Capítulo 22

La semana pasó como un soplo denso, saturado de rutina y silencio. León venía y se iba como siempre, apareciendo en las madrugadas, tocando mi cuerpo con la precisión de quien conoce todas mis grietas, durmiendo a mi lado con la misma calma con que desaparecía. Aprendí a no preguntar. Aprendí a aprovechar lo poco que él dejaba. Las caricias, las miradas largas, los orgasmos impuestos con autoridad y, a veces, con un tipo raro de cariño que casi no sabía cómo nombrar.

Era como si algo en él se hubiera suavizado, o como si, por piedad, me dejara creer que había ganado algún espacio dentro de esa fortaleza que era su mente. Me conformaba con poco. El calor de su pecho bajo mi rostro. La forma en que decía *"buena niña"* como si eso fuera suficiente. Y tal vez lo era.

Hasta la mañana del viernes…

Abrí la puerta como siempre, distraída, esperando encontrar el periódico olvidado de la vecina o una bolsa con algo que León había mandado a dejar sin avisar: una nota, una caja, una instrucción disfrazada de regalo.

Pero lo que encontré fue una flor.

Una rosa negra, sola, larga, perfecta en su decadencia oscura. Descansaba sobre la alfombra como una sentencia. Al lado, un pequeño sobre, delgado y doblado por la mitad, con mi nombre escrito en letras demasiado filosas para parecer tranquilas.

Lo tomé con manos temblorosas, sintiendo que el corazón se me aceleraba por reflejo. La nota no tenía remitente, sello ni marca. Solo una frase escrita en tinta roja, como si hubiera sido hecha con prisa... o con rabia contenida.

"Tú crees que sabes quién es él.

Pero yo sí sé quién fue él".

La frase ardió en mis ojos.

Por un instante, solo el sonido de mi respiración llenaba el pasillo.

Volví a entrar al apartamento con los dedos apretando el papel, con mi corazón latiendo demasiado fuerte y la rosa aún en la otra mano. Puse todo sobre la mesa de la cocina como si fuera explosivo. Me alejé. Volví. Toqué el papel. Leí de nuevo. Otra vez. Y otra vez.

La letra era femenina, curvada, áspera en los bordes y el mensaje... un aviso o una amenaza. Tal vez ambas cosas.

La rosa no era de León. No formaba parte de su juego. Lo sabía.

Él no mandaba señales con promesas implícitas. Era directo. Invasivo. El tipo de presencia que no se esconde detrás de metáforas. Si quisiera alertarme, me dominaría. Si quisiera castigarme, aparecería de madrugada y me doblegaría con su cuerpo y su silencio.

Esa flor... y esa nota… no eran de él.

Pero eran sobre él, y eso, esa simple constatación, fue lo que más me asustó.

Porque alguien más sabía. Alguien más lo conocía. Alguien que, tal vez, lo había amado antes que yo.

O lo había odiado después.

Por primera vez desde que me entregué a León, el miedo no venía de él. Venía de lo que podría existir a su alrededor, de lo que aún no me había contado, de lo que no permitiría que yo supiera... hasta que fuera demasiado tarde.

El día se arrastró como una cuerda apretada alrededor de mi cuello, tensándose cada vez más a cada minuto, sin respuesta, sin ruido, sin señal de él. Intentaba mantenerme ocupada, pero todo a mi alrededor parecía teñido del mismo color opaco de la rosa. Mis ojos volvían siempre a la mesa de la cocina donde ella permanecía. Intacta, inmóvil, como un símbolo de algo que no sabía nombrar, pero que ya había echado raíces dentro de mí.

Intenté adivinar quién podría haber dejado eso ahí. Pensé en ex amantes. En enemigos de León. En alguna sombra de su pasado que finalmente alcanzaba el presente... mi presente. Sin embargo, las preguntas no tomaban forma. Porque la única persona que podría darme alguna respuesta era la misma que más me negaba.

León solo volvió cuando el sol ya había desaparecido.

La puerta se abrió con el sonido seco de siempre, y por un instante odié la forma en que mi corazón reaccionó... disparándose como si eso fuera un alivio. Entró con la misma chaqueta oscura, las botas sucias de lluvia, el rostro frío como la noche que traía consigo. No me miró de inmediato. Solo dejó las llaves sobre la mesa y empezó a quitarse el abrigo, como si fuera solo otra noche común. Como si yo no estuviera en llamas desde la mañana.

Me quedé ahí, parada en la puerta de la cocina, con los brazos cruzados sobre el pecho, intentando contener la rabia y el miedo, intentando decidir entre gritar o susurrar.

—Alguien dejó una rosa negra en mi puerta —empecé, con la voz tensa, atrapada por todo lo que no dije durante el día—. Y una nota. Diciendo que no sé la verdad...

León no se detuvo. Ni siquiera dudó. Siguió quitándose las botas, con la mirada fija en los cordones, como si la información fuera rutinaria, sin importancia, como si yo estuviera hablando del clima.

—Quiero saber quién mandó esto. —Mi voz se elevó ligeramente—. Quiero saber de qué están hablando. De quién fuiste antes de encontrarme. ¿Qué está pasando, León?

Finalmente se levantó. Su rostro aún era neutro, sus ojos estaban sumergidos en un pozo oscuro de silencio. Por un segundo, pensé que respondería. Que vería la tensión en mi voz, la implosión contenida en mis ojos, y me daría una migaja de verdad. Pero todo lo que hizo fue dar un paso al frente, sin acercarse demasiado, y decir con esa calma cortante que me dolió más que cualquier grito:

—No importa.

Eso dolió más que cualquier mentira.

—A mí sí me importa —respondí, con la voz temblando—. Yo soy la que está aquí. Yo llevo tu nombre en mi pecho. Yo soy la que obedece tus reglas. No puedo vivir rodeada de secretos, León. No puedo... amar a alguien que insiste en esconderse.

La palabra escapó antes de que pudiera contenerla. *Amar*. No había sido planeada. Pero en el instante en que la dije, algo cambió en él.

León me miró con un peso nuevo en la mirada. No era sorpresa. No era ternura. Solo era... intensidad. Un tipo de conciencia que me congeló donde estaba. Finalmente, se acercó solo lo suficiente para que su voz llegara baja, cortante, con el tono de quien no discute... solo decide.

—Lo sabrás... cuando yo quiera que lo sepas.

Eso fue todo…

Pasó a mi lado, rozando apenas su hombro con el mío al cruzar el pasillo hacia el cuarto. El rastro que dejó atrás fue más frío que cualquier invierno.

Me quedé sola en la cocina.

La rosa seguía ahí.

La frase seguía vibrando en mi cabeza, pero el miedo era otro. Porque ya no sabía si temía lo que descubriría... o lo que sentiría cuando lo supiera.



Capítulo 23

Los días siguientes a la nota estuvieron llenos de contención. De silencios prolongados y pasos medidos. León seguía yendo y viniendo como una sombra constante, lo suficientemente presente para recordarme quién yo era para él, pero lo bastante ausente para hacerme olvidar quién era él para mí. Había un cuidado cruel en todo lo que hacía. Como si anticipara mis preguntas y las silenciara antes de que siquiera salieran de mi boca. Como si, de algún modo, siguiera moldeándome por dentro: con ausencia, con límites, con respuestas que nunca decía.

Pero había una parte de mí que empezaba a moverse, una grieta, un susurro que crecía en la oscuridad y él no escuchó.

Fue una mañana cualquiera, mientras León dormía profundamente después de una noche de sexo lento y extraño, como si estuviera distraído o intentando contener algo que ya se escapaba. Su respiración era profunda, el cabello desordenado le caía sobre la frente, el brazo pesado descansaba a mi lado como un recordatorio de la noche anterior. Pero sus ojos estaban cerrados. Y por primera vez sentí que él estaba vulnerable.

Me levanté con cuidado, sin hacer ruido, caminando descalza sobre el suelo frío hasta la sala. La casa estaba envuelta en una penumbra suave, y el sonido de la calle entraba por las ventanas entreabiertas como un mundo demasiado lejano para pertenecerme. La mesa estaba limpia. Los papeles demasiado organizados. Pero fue en la repisa baja del rincón, entre libros técnicos y carpetas sin título, que encontré lo que no sabía que buscaba.

Un cuaderno viejo. La tapa negra, gastada. Sin nombre. Sin fechas. Había algo casi simbólico en eso, como si el contenido supiera el peso que cargaba.

Me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y el corazón a mil. Las manos me sudaban. Cada página que pasaba era un golpe sordo en el pecho. Allí no había confesiones claras. Ni nombres completos. Pero había recortes de periódicos con crímenes marcados con bolígrafo, fechas marcadas en rojo, fotos de lugares que nunca había visto, y números... tantos números garabateados como si los hubieran escrito sin descanso.

Y, entre todo eso, una sola foto doblada por la mitad.

La abrí con los dedos temblorosos. Era una mujer. Cabello castaño ondulado, ojos grandes, con una sonrisa que parecía forzada. Estaba sentada en un banco del parque y alguien la fotografiaba de lejos. En el reverso, había una palabra escrita con la misma letra de la nota.

"Clara".

Se me secó la garganta.

No sabía quién era Clara. Pero esa imagen me miraba como si me conociera. Como si me dijera, con el silencio de quien ya sufrió demasiado, que ella también había estado allí.

Cerré el cuaderno con el estómago revuelto. Volví a colocar todo en su lugar con el cuidado de una ladrona. León seguía dormido cuando regresé. Su pecho estaba igual de quieto. Su rostro igual de impasible…

Me acosté a su lado con mi corazón desbocado, con mis ojos abiertos fijos en el techo. En ese instante entendí algo terrible: la verdad no me liberaría.

Solo haría que él me atara con más fuerza.



Capítulo 24

La tarde en que se produjo la llamada, la casa estaba particularmente silenciosa. No era el silencio suave de las mañanas lentas, ni el silencio tenso de las ausencias de León, sino un silencio que parecía demasiado cargado. Como si el aire contuviera la respiración junto conmigo. La luz entraba filtrada por las cortinas y las sombras danzaban perezosas en las paredes, estirándose por las rendijas de los muebles como manos finas y oscuras intentando tocar algo que no debían tocar.

Estaba sentada en el suelo de la sala, con la espalda apoyada en el sofá, una manta fina enroscada en las piernas y el cuaderno de dibujo cerrado a mi lado, olvidado desde hacía horas. Llevaba días sin dibujar. Las líneas se me escapaban como las palabras, como la idea de tener control sobre algo. Desde la última noche con León, caminaba dentro de mi propio cuerpo como si no hubiera piel que me separara del mundo. Todo parecía atravesarme. Todo dolía.

Fue en ese estado de casi adormecimiento cuando sonó el teléfono fijo.

El timbre me sacó del suelo de un salto seco; el corazón empezó a latirme tan rápido que por un segundo pensé que era León llamando desde algún lugar como parte de un nuevo juego. Sin embargo, cuando me acerqué al aparato antiguo, que casi nunca sonaba, algo en mí ya lo sabía: no era él.

Contesté con la respiración contenida, con los dedos temblando alrededor del cable enrollado.

—¿Hola? —dije.

Hubo un segundo de silencio al otro lado. Y entonces, una voz femenina, baja, ronca y fría como la hoja de una navaja mojada, susurró entre la estática:

—Huye... antes de que él te destroce.

La frase llegó como un susurro íntimo, demasiado cercano, como si me la dijeran al oído.

Sentí los vellos de mis brazos erizarse. Las piernas me flaquearon. Me apoyé en el filo de la mesa con el aparato todavía pegado al oído, pero la voz ya se había ido. El clic seco cortó el aire. La línea devolvió un zumbido sordo.

No había nombre.

No había número en la pantalla.

Solo esa voz.

Esa frase… y una certeza incómoda ardiendo en el fondo de la garganta: ella me conocía.

Más que eso, ella lo conocía a él.

Me quedé allí, durante minutos, con el teléfono en la mano y la mirada fija en la nada. Mi mente desataba teorías, imágenes, miedos… Las palabras resonaban como un mantra oscuro, atravesando las paredes del apartamento, infiltrándose en el cuarto donde dormíamos, en la cocina donde él me hacía arrodillar, en el espejo del baño donde ya no reconocía mi rostro.

¡Huye!

Antes de que él te destroce.

Pero, ¿cómo huir de alguien que ya estaba en todos mis huesos?

¿Cómo escapar de un nombre tatuado entre mis pechos?

¿Cómo correr cuando la única dirección que conozco es hacia él?

Esa tarde, por primera vez, no era León quien me aterrorizaba. Era quien podía estar detrás de él... Y esa persona acababa de llamarme.

Volví a colgar el teléfono de nuevo con movimientos lentos, como si el aparato aún quemara en mis manos. La frase de la mujer resonaba en mi mente con la misma nitidez del propio timbrazo. Me senté en el suelo otra vez, pero no pude quedarme quieta. La cabeza me daba vueltas; los pensamientos golpeaban las paredes de mi cráneo con una fuerza desordenada, como si quisieran escapar de la prisión que se había vuelto mi conciencia.

Fui a la cocina y bebí un vaso de agua que no bajó. Me lavé la cara con las manos temblorosas y miré mi reflejo en el vidrio oscuro de la ventana como si fuera alguien que apenas conozco. Mi piel me parecía más pálida, mis ojos más hundidos. Estaba cambiando. Por dentro. Por fuera. Y él… lo sabía.

León llegó poco después del atardecer, como siempre: sin prisa, sin alarde, sin explicar el tiempo que había pasado fuera. Entró, con la misma expresión calma de siempre, como si el mundo no lo tocara, como si yo solo existiera cuando él decidiera verme.

Estaba sentada en el sofá cuando oí la llave en la cerradura, con el sonido familiar del picaporte girando. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente; mi espalda se tensó, el estómago se me contrajo, el pulso se me aceleró como si reconociera, antes que yo, que el depredador volvía a su territorio.

Cruzó la sala quitándose la chaqueta mientras me observaba. Su mirada no era de desconfianza. Era peor: de evaluación. Como si me estudiara en silencio, contando las diferencias en mi rostro, en mi postura, en las palabras que aún no había pronunciado.

—¿Pasó algo? —preguntó, con la voz baja, casi gentil.

Dudé.

Negarlo sería inútil. Fingir, absurdo. Pero contar exactamente lo que escuché, la forma en que lo oí, la voz que todavía resonaba como veneno… sería como abrir la puerta a otro castigo.

—Recibí una llamada —susurré, evitando su mirada—. Al teléfono fijo.

León no respondió. Se quedó de pie, inmóvil, como si su propio silencio fuera una manera de extraer de mí más de lo que estaba dispuesta a dar. Cuando lo miré, la luz en sus ojos ya había cambiado. No era furia. Era… contención.

—Era una mujer —añadí, sintiendo el aire hacerse más denso —. Me dijo que huyera. Que tú me destrozarías.

El silencio que siguió fue tan profundo que por un instante pensé que no iba a responder. Que simplemente se daría la vuelta y me dejaría en esa sala con la duda y la culpa.

Entonces se acercó.

Caminó hasta mí con pasos lentos, calculados, y se arrodilló frente al sofá. Tomó mi mentón con la mano y alzó mi rostro con una delicadeza gélida, obligándome a mirar sus ojos oscuros e insondables, como si quisiera enterrarme en ellos para siempre.

—No creas en nadie más que en mí —dijo, con la voz firme y baja, con cada palabra cayendo como una piedra en un lago en calma.

Solté el aire como si me ahogara en mi propia duda. El miedo y el deseo se mezclaban en mi garganta. Quise decir que ya no sabía qué era verdad. Quise gritar. Quise preguntar quién era ella. Pero no me dio tiempo. Se levantó y se fue al cuarto sin mirar atrás.

Esa noche, cuando me arrastró a la cama y me tomó en silencio, con la misma intensidad de siempre, sin una palabra de más, sin un gesto distinto, lo entendí todo.

No necesitaba prohibirme nada. Le bastaba con hacerme desconfiar de todo lo demás.



Capítulo 25

La mañana amaneció como tantas otras: gris, sofocante, con el viento arañando las ventanas y un silencio casi respetuoso que flotaba sobre el apartamento. León había salido horas antes, incluso antes de que saliera el sol, sin dejar nota, sin avisar cuándo volvería, como siempre hacía cuando quería que yo me sintiera solo parte de un territorio marcado, nunca un hogar.

Me quedé en la cama más tiempo del necesario, sintiendo su olor aún impregnado en las sábanas, pegado a mi cuerpo como un recuerdo que se niega a irse. Pero había algo distinto en mí esa mañana. Algo que había sido empujado durante semanas, pero que en ese momento golpeaba la puerta de mi conciencia con fuerza creciente: la urgencia de la verdad.

Me levanté con cuidado, como quien pisa vidrios invisibles. El suelo estaba frío bajo mis pies. La luz filtrada por las cortinas parecía espiar cada uno de mis movimientos. Fui a la cocina y me preparé un café que no bebí. Me senté a la mesa con la computadora frente a mí y, por un instante, solo miré la pantalla negra, como si fuera un espejo de todo lo que temía descubrir.

Respiré profundo. Encendí el equipo. Abrí el navegador. Activé el *modo incógnito*.

Era un intento tonto de escapar de una mirada que sentía aunque estuviera sola. Sabía, en el fondo, que si León realmente quisiera saber lo que hacía, encontraría la manera. Pero eso era todo lo que podía hacer para mantener un atisbo de autonomía.

En la barra de búsqueda, mis dedos dudaron.

"Hombre desaparecido, crímenes sin resolver, León…".

Nada útil.

"Caso de mujeres secuestradas, acoso, tatuajes, secreto…".

Inútil.

"Herramienta online para hacer retrato".

Abrí uno de los sitios sugeridos. Era tosco, antiguo, con una interfaz casi infantil. Sin embargo, ofrecía lo que necesitaba: la posibilidad de dibujar, de reconstruir, trazo a trazo, su rostro. Tal vez, si lograba acercarme a lo que sus ojos me hacían sentir, podría encontrar algo: una ficha, una foto, una sombra más concreta que las que me rodeaban en las noches.

Empecé por lo más llamativo: los ojos... negros, profundos, demasiado fijos y casi animalescos. Luego, la mandíbula, firme, tallada como una piedra. La nariz, recta. La barba, siempre sin afeitar. Los labios gruesos, pero fríos. Después, el conjunto. La forma en que todo encajaba de un modo que no parecía humano. Como si hubiera sido hecho, no nacido.

Cuando terminé, el retrato era apenas un esbozo frágil de lo que él realmente era. León, en persona, era mucho más que su apariencia. Era presencia. Era amenaza y deseo condensados en silencio. Ningún programa podría capturar eso. Aun así, guardé la imagen y reanudé la búsqueda.

Pasé horas navegando por foros oscuros, páginas de noticias olvidadas, archivos policiales públicos. Busqué cruces entre nombres, descripciones, incluso casos con rosas negras dejadas en las escenas. Nada concreto. Nada que me dijera quién era él. Solo más

miedo, más historias de mujeres desaparecidas, más ojos que parecían mirarme desde los titulares viejos como si supieran exactamente dónde estaba.

Cuando miré el reloj, el tiempo se había escapado y el sonido del ascensor al final del pasillo me hizo congelar.

León…

Cerré la computadora con un chasquido seco. Demasiado apresurada. Demasiado culpable.

Respiré hondo y me obligué a sonreír.

Porque, desde ese momento, cada segundo con él sería un teatro y cada paso mío hacia la verdad… sería una danza sobre vidrios rotos.

El sonido del ascensor se perdió al fondo, amortiguado por las paredes del apartamento que parecían más angostas que nunca. Aún con el corazón acelerado, sostuve la computadora cerrada contra el pecho, como si el metal pudiera proteger mis secretos. Me senté de nuevo en la mesa y esperé. Esperé a que girara la manija, que sus pasos cruzaran la puerta, que su mirada me atravesara. Pero el silencio permaneció.

Quizá no fuera él y solo fuera el edificio respirando como siempre, recordándome que el mundo afuera seguía existiendo.

Volví a abrir la computadora con más cautela, con mis dedos menos impacientes y mis ojos más atentos a los detalles. Retomé las búsquedas y afiné los términos. Ya no buscaba "León", porque entendía que ese nombre, como todo en él, podía ser solo otra capa inventada. Empecé a cruzar información basándome en suposiciones: familias adineradas, herederos jóvenes, accidentes, incendios... y entonces lo encontré.

Un artículo antiguo, de hace más de veinte años, escondido en un rincón polvoriento de un diario online que apenas funcionaba. La nota era corta, escrita con una formalidad seca e impersonal:

"Un incendio destruye la residencia de la familia Calderón.

El único sobreviviente es el hijo menor, de solo ocho años".

La foto estaba borrosa, tomada de lejos, y mostraba lo que quedaba de la mansión de tres pisos: madera retorcida, paredes negras, ventanas cubiertas de hollín. Debajo, una imagen en blanco y negro de un niño. Su rostro era lo suficientemente claro para que sintiera mi estómago hundirse.

No había un nombre completo. Solo "el niño L".

Pero los rasgos… los rasgos eran suyos.

Los ojos demasiado oscuros para un niño. La boca tensa, incluso en un rostro infantil. El mentón inclinado, como si, a pesar de ser tan pequeño, ya supiera que el mundo lo miraba con lástima y que él no quería piedad.

Seguí investigando. Solo encontré referencias dispersas sobre el destino de la fortuna familiar, rumores sobre empresas ocultas a nombre de terceros, un tío alejado, herencias congeladas por investigaciones inconclusas. Pero nada sobre el niño. Ninguna foto reciente. Ninguna aparición pública. Era como si hubiera desaparecido ese día. O como si, desde entonces, hubiera aprendido a vivir en las sombras.

Cerré la pestaña y me llevé las manos a los labios, sintiendo la boca seca y el corazón palpitando como si hubiera corrido por un laberinto sin salida.

León, si ese era realmente su nombre, podría ser ese niño. Si así fuera, el hombre que hoy me marcaba con palabras y manos, que desaparecía y reaparecía con la precisión de un depredador, había nacido entre las cenizas.

Por primera vez, el miedo que me invadía no era solo por la violencia que él podía cometer. Era por el silencio que él cargaba. Por el trauma que quizás nunca había dejado de arder dentro suyo.

Recordé el retrato del niño, y un pensamiento casi indecente me atravesó como una cuchilla bañada en miel: *¿y si por eso me eligió? ¿Debido a que también ve en mí una casa quemada? ¿Algo que solo puede amar siendo consumido?*

Cerré la computadora despacio, con la cabeza pesada y los ojos ardiendo, y entendí, demasiado tarde, que a veces la verdad no llega para liberar. Llega para atar con cadenas más sofisticadas, hechas de pena y fascinación.



Capítulo 26

La puerta se abrió al final de la tarde, como siempre ocurría: con el sonido apagado de la llave girando y su presencia llenando el espacio antes de que su cuerpo cruzara el umbral. León no necesitaba anunciar su llegada. No era el tipo de hombre que entraba: invadía, incluso en silencio.

Yo estaba sentada en el sofá, con la computadora ya apagada, los dedos entrelazados en el regazo como si ocultaran algo, como si temieran temblar. La luz del atardecer invadía la sala con un tono dorado que hacía todo más lento, más sensible. Y cuando él apareció, recortado contra esa luz, parecía un recuerdo que volvía para perseguirme o una pregunta que tomaba forma humana.

Dejó la chaqueta sobre el respaldo y se quedó mirándome unos segundos. No dijo nada; solo me observó, como si esperara una confesión que ya sabía o creía saber. Lo que él no podía saber era que su rostro me traía otra imagen: la de un niño frente a ruinas en llamas.

¿Era él?

La duda me quemaba la garganta.

Los mismos ojos oscuros, el mismo silencio tenso, como si hubiera aprendido muy pronto a protegerse. Me lo imaginé de niño: cubierto de hollín, con sirenas alrededor y el dolor contenido con la misma mano con la que ahora sujetaba mi rostro para callarme.

Tuve ganas de preguntarle.

¿Eres el niño de la foto?

¿Viste morir a tu familia?

¿Es por eso que te escondes del mundo... y te escondes de mí?

Pero no le pregunté nada.

Porque preguntar sería romper algo que aún no sabía si quería sanar. Porque había, en la posibilidad de que fuera verdad, una ternura dolorosa y no sabía si podría sobrevivir a la idea de sentir ternura por alguien que me dominaba con sus propias manos. No sabía qué me pasaría si, en lugar de miedo, empezaba a sentir compasión.

Él se acercó a mí despacio, sentándose a mi lado con la calma de quien controla todo. Estaba más atractivo de lo que debería. El cabello despeinado, la barba sin afeitar, la camisa oscura con las mangas remangadas. Parecía exhausto... o simplemente vacío.

—¿Está todo bien? —preguntó, con la voz baja, casi demasiado amable para ser casual.

Asentí despacio, sintiendo el estómago apretado, pero manteniendo los ojos fijos en los suyos. No estaba nada bien, pero había aprendido que con León, a veces, mentir era una forma de sobrevivir.

—Pareces distante —comentó, observando cada reacción mía con atención quirúrgica—. ¿Piensas en algo que no quieres compartir?

Mi corazón vaciló, como si quisiera salir por mi boca.

—No —respondí—. Solo estoy cansada.

Él asintió. No me presionó. Solo pasó la mano por mi cabello con la delicadeza de quien calma a una criatura salvaje. Sus dedos

se quedaron allí, acariciándome como si supiera exactamente lo que necesitaba y, tal vez, lo supiera. Aun con ese gesto, con el silencio cálido entre nosotros, la pregunta latía dentro mío.

¿También te despiertas en la noche escuchando sirenas en el fondo del pecho?

¿El fuego no dejó de arder dentro de ti?

Y si es así...

¿Por qué me elegiste para arder contigo?

La noche cayó lentamente, arrastrando consigo una calma fingida, de esas que flotan en el aire antes de un desastre o antes de la rendición. León cenó en silencio, con movimientos contenidos, la mirada fija en mí como si viera a través de mi piel.

Yo intentaba moverme con normalidad, beber agua, respirar con ritmo, pero todo dentro de mí estaba en llamas. La imagen del niño, la historia del incendio, el miedo a la verdad y, debajo de todo, el deseo inconfesable de ser dominada por él otra vez.

Cuando extendió la mano hacia mí al final de la comida, no dijo una palabra. Sin embargo, lo supe. Supe lo que venía... y mi cuerpo, traicionero, lo aceptó antes de que mi mente lo comprendiera.

León me llevó al cuarto con una lentitud ritual, marcando el ritmo que debía seguir. Encendió solo una de las lámparas laterales, haciendo que la luz ámbar proyectara sombras largas sobre las paredes. Sobre la cómoda ya estaban dispuestas las correas de cuero, los puños acolchonados, el pañuelo negro, los ganchos, como si hubiera planeado todo desde el momento en que cruzó la puerta.

Me volteé hacia él con el corazón golpeando en las costillas, las rodillas casi cediendo por la anticipación. Se acercó por detrás y empezó a desnudar mi cuerpo con precisión, desabrochando cada botón como si retirara lo que quedaba de mi resistencia. Mis brazos cayeron a los costados, rendidos. Era suya. Completamente... y él lo sabía.

—Hoy aprenderás a suplicar como es debido —murmuró junto a mi oído, y su voz hizo vibrar el aire dentro mío.

Colocó la venda sobre mis ojos con cuidado, y el mundo se convirtió en una oscuridad cálida y húmeda. Oí el sonido metálico de las hebillas. Sentí el cuero envolver mis muñecas, tirado con firmeza, dejando mis brazos suspendidos sobre la cabeza, sujetos a la estructura de la cama. Las piernas, separadas, atadas por los tobillos con las correas largas. Quedé allí, de pie, atada, desnuda, vulnerable, con mi pecho jadeando, mis pezones ya duros de expectativa y mis sentidos a flor de piel.

León caminaba a mi alrededor con pasos felinos. Tocaba mi piel con la punta de los dedos, con un látigo liviano de seda, a veces con la lengua. Luego se alejaba. Su juego era el control absoluto: del tiempo, del tacto, del placer. Me mantenía allí, con los músculos tensos, el sexo latiendo entre mis piernas, mojada y gimiendo por un contacto que no llegaba. Tocaba, paraba... Mordía y luego besaba... El frío del metal rozando mis muslos, seguido del calor de su aliento, era una tortura deliciosa.

Mi mente gritaba. Mi cuerpo pedía. A cada provocación, a cada segundo de vacío, el deseo se transformaba en desesperación.

—Por favor —gemí, sin orgullo, sin vergüenza, solo pura necesidad—. Por favor, León…

Él se acercó por detrás, rozando su miembro ya duro contra mis nalgas, pero no penetró.

—Eso no es pedir, Ángela —susurró, con los labios rozando mi oreja—. Eso son solo quejas de una perra hambrienta. Quiero oírlo de verdad. Quiero que lo digas con el alma. De rodillas…

Soltó las ataduras lentamente, con el mismo cuidado de quien deshace una escultura de vidrio. Mis brazos cayeron con un leve temblor, mientras mis piernas apenas sostenían mi peso. Cuando me empujó suavemente por los hombros, cedí, bajé como si el suelo me perteneciera, como si el único lugar que tuviera sentido en ese momento fuera arrodillada frente a él.

Me quité la venda. Miré hacia arriba.

León estaba frente a mí, desnudo, con la verga bien dura y las manos apoyadas en sus caderas. Imponente. Inmóvil. Como un rey esperando reverencia.

—Úsame, por favor —susurré, con los ojos llenos de lágrimas —. Méteme la verga como quieras. Rómpeme, si eso es lo que te da placer. Pero no me dejes. Soy tuya. Y solo quiero… ser completamente tuya.

Su mano acarició mi cabello despacio. El pulgar pasó por mi mejilla con una ternura que me confundía.

—Buena niña —dijo, y esas dos palabras me incendiaron por dentro.

Entonces, me jaló con una firmeza calculada y metió la cabeza de su verga en mi boca, haciendo que me la tragara centímetro a centímetro, mezclando su sabor con la sal de mis lágrimas.

León no permitió que me acostumbrara al peso en mi boca. Tiró de mi cabello hacia atrás, forzando mi cuello a arquearse, y me miró con esos ojos oscuros que parecían ver más allá de mi carne.

—Abre —ordenó con voz ronca, y obedecí, sacando la lengua como una ofrenda.

Deslizó su verga por mi rostro, dejando un rastro húmedo de mi saliva, antes de rozar suavemente mi mejilla.

—¿Eso es un pedido o solo una obediencia mecánica?

Yo temblaba, sintiendo mis tetas pesadas, y los pezones tan sensibles que dolía no tener sus manos o su boca sobre ellos.

—Quiero... quiero sentirte hasta que no puedas más —supliqué, jadeando—. Hasta que decidas que ya es suficiente.

Él sonrió, con los músculos abdominales tensos, y luego empujó su verga con un golpe seco hasta la garganta. Me atraganté y las lágrimas cayeron, pero sujetó mi nuca y no me dejó retroceder.

—Respira. Acéptalo.

Y acepté.

Cuando finalmente me soltó, mi mentón estaba empapado. Me levantó de los brazos y me tiró sobre la cama, haciendo que mi cuerpo rebotara en el colchón antes de que sus manos firmes me giraran boca abajo.

—No. Así no —dijo—. Sube las caderas, quiero que te pongas en cuatro patas. —Me jaló las caderas hacia arriba, obligándome a arrodillarme—. Mírame mientras te la meto.

Me giré apoyada en los codos, y él agarró mis muslos, abriéndome como un libro. La punta de su verga rozó mi clítoris, provocándome, antes de frotar lentamente en mi entrada, haciéndome gemir y arquear la espalda.

—¡Por favor! —grité, clavando las uñas en la sábana.

Entró de una vez, con un golpe brutal que me arrancó un grito. Cada embestida era calculada, profunda, los músculos de su abdomen se contraían mientras me empujaba contra la cama.

—Eres mía. Esto... —me dio una palmada dura en mi trasero, haciendo que mi carne se estremeciera—... es mío. —Me dio otra palmada—. ¿Esta vagina? —Me la metió aún más fuerte—. Es mía.

Me aferraba a él, sintiendo mis piernas temblar, el placer y el dolor se mezclaban hasta que ya no sabía dónde terminaba uno y empezaba el otro.

—Te voy a dejar marcada —gruñó en mi oído, antes de morder mi hombro—. Para que todos sepan a quién perteneces.

Entonces sus manos se cerraron sobre mis tetas, sus dedos apretaron mis pezones con una presión casi insoportable. Yo gritaba, pero no paraba, acelerando, cada empujón me llevaba más cerca del abismo.

—¡León! —Mi cuerpo se arqueó, el orgasmo me alcanzó como un rayo, pero él no se detuvo, siguió metiéndomela en medio de mi temblor, hasta que su propio gemido resonó en la habitación y me derramó su líquido caliente y espeso.

Se desplomó sobre mí, con el sudor corriendo por sus músculos de la espalda, y me susurró:

—Ahora sí has suplicado como es debido.

Permaneció sobre mí durante un tiempo que no supe calcular, con el peso de su cuerpo pegado al mío como un sello, como si quisiera asegurarse de que ninguna parte de mí escapara, de que cada centímetro estuviera marcado, tomado y poseído.

Su respiración era aún pesada en mi cuello, los músculos tensos bajo la piel caliente y húmeda, el miembro aún dentro de mí, blando, saciado, pero presente, como un recordatorio de que todo había sido suyo.

Mis piernas temblaban. Mi cuerpo ardía en cada punto donde él me había tocado, mordido, golpeado o agarrado con demasiada fuerza. Había marcas en mi carne. Pero eran otras las que más dolían: las invisibles. Las que no tenían sonido. Las que quedaban por dentro.

León no dijo nada. Solo respiraba. Profundamente. Lentamente. El sonido contra mi nuca era casi una plegaria o una amenaza susurrada de quedarse.

Cuando finalmente se apartó, el vacío me invadió como un segundo orgasmo a la inversa. Frío. Silencioso. Cortante. Me giré lentamente, sintiendo mi cuerpo flojo, la garganta seca y los ojos ardiendo por la sal. Él estaba allí, arrodillado junto a la cama, mirándome con esa mirada que nunca supe si era de amor o de dominio. Quizá ambas cosas. Quizá ninguna.

Su mano tocó mi vientre. Suave. Un gesto que no encajaba con todo lo que había hecho minutos antes. Una caricia extraña, casi reverente, como si estuviera comprobando algo que se había convertido en parte de él.

—Ahora has suplicado como es debido —repitió con voz ronca, más baja que antes—. Ahora eres mía... de verdad.

Y yo, destrozada, agotada, marcada en todos los sentidos, supe que tenía razón.

Porque existía una posesión que no necesitaba de cadenas: le ofrecí mi cuerpo, mi voz y lo que quedaba de mí, arrodillada y con

los ojos abiertos, como quien reza a su propio dios.



Capítulo 27

Me desperté antes de que la luz llenara la habitación, envuelta en sábanas deshechas y un dolor que se extendía lentamente, recordándome cada punto donde él me había tocado, sujetado, apretado y tomado. Había un calor húmedo entre mis piernas, un ligero ardor en mis muñecas, un moratón apareciendo en mi cadera que no necesitaba mirar para saber que estaba allí. Y a pesar de todo eso, o tal vez por eso, había un silencio en mí que no era paz, sino entumecimiento.

La habitación aún conservaba su olor. El nuestro. La mezcla de sudor, saliva y semen impregnaba las almohadas como una presencia invisible, mientras la sábana enredada en mis tobillos pesaba como unas esposas demasiado flojas para ser una liberación. Mi cuerpo parecía flotar, como si aún estuviera suspendido, como si no hubiera regresado completamente del lugar al que me llevó. Pero mi mente... mi mente estaba demasiado despierta.

Giré la cara lentamente, con la tonta esperanza de encontrarlo allí, durmiendo a mi lado, con los músculos relajados y el rostro tranquilo. Quería verlo así... humano, tal vez. Quería creer, aunque fuera por un segundo, que todo aquello no era solo

posesión, sino también algún tipo de amor distorsionado. Pero él no estaba.

La cama estaba vacía a mi lado. La almohada fría. No había huellas en el suelo, ni ruidos procedentes de la cocina. Solo el sonido de mi propio corazón, que aún repetía su nombre en un ritmo lento y constante.

Me levanté con esfuerzo, sintiendo mis músculos doloridos protestar con cada movimiento. Caminé hacia el espejo con el cuidado de quien teme lo que va a ver... y no me decepcionó. La mujer que me miraba tenía los ojos más hundidos, los labios entreabiertos como si aún jadeasen, la piel marcada de morado, rojo y sombras. El cuerpo decía: *soy tuya*. Pero los ojos decían: *sigo intentando entender qué significa esto*.

El agua de la ducha me quemaba al tocar ciertas partes. No me quejé. Dejé que el dolor me limpiara, que me recordara, que se fijara en mí. Cerré los ojos bajo la ducha y por un segundo deseé que él apareciera, que me viera allí, desnuda, frágil, todavía sucia de él. Que entrara y me dijera en voz baja que aquello no había sido solo un castigo, que también era deseo. Que era una elección.

Pero él no vino...

Me puse una camiseta holgada, fui a la cocina y preparé el café en silencio, sintiendo cómo me temblaban los dedos sobre la taza. Estaba tan acostumbrada a que él controlara mis horarios, lo que comía, cuándo dormía, que encontrarme allí, decidiendo por mí misma, me resultaba casi incómodo. Como si la ausencia de órdenes me dejara demasiado libre.

Me acerqué a la ventana y observé el cielo gris, como si reflejara el peso que sentía dentro de mí. Los coches pasaban abajo, gente que no sabía nada, que nunca imaginaría que, en un apartamento común como tantos otros, una mujer estaba allí de pie, con el cuerpo dolorido de placer y el alma preguntándose hasta dónde era capaz de llegar por alguien que ni siquiera le había dado su nombre.

Fue entonces cuando vibró el celular.

La pantalla encendida solo mostraba una palabra.

"Obedece".

Sin contexto. Sin petición.

Solo una orden.

Me senté de nuevo, con las manos cerradas alrededor de la taza, y me pregunté si él sabía que me despertaría así: sumisa, vacía, deseando más... O si, peor aún, todo había sido calculado para dejarme en ese estado.

Porque en ese momento no quería respuestas, solo quería que volviera y me utilizara de nuevo. O que me abrazara... Quizá lo más aterrador era no saber cuál de las dos cosas deseaba más.

La palabra parpadeaba sola en la pantalla, seca como una bofetada, inevitable como la gravedad: *obedece*.

No había detalles. No había negociación. Aun así, mi cuerpo ya sabía que había algo que hacer. Algo que solo él podía ordenar. Algo que, de alguna manera absurda, ya ansiaba cumplir.

Me quedé allí, paralizada, con el celular ardiendo en mi mano y el corazón golpeando en mi pecho como un animal atrapado. El silencio del apartamento parecía rugir a mi alrededor. Esperé, con el aire atrapado en los pulmones, hasta que llegó la segunda notificación, breve, directa, como un cuchillo deslizándose bajo la piel:

"Ponte el vestido negro. Sin tanga. Y ve al mercado de la esquina".

Leí una, dos, tres veces. Intentando procesarlo, pero con mi cuerpo ya respondiendo. Un escalofrío me recorrió la espalda, una ola caliente y sucia invadió mi vientre. Era humillación. Era excitación. Era miedo. Era todo mezclado de una manera que ya no sabía separar.

Me levanté con movimientos automáticos y encontré el vestido negro colgado en la puerta del armario, colocado allí a propósito, como si todo hubiera sido orquestado antes incluso de que yo me despertara. Tomé la tela con los dedos temblorosos, sintiendo el fino algodón deslizarse sobre mi piel aún sensible, con las marcas de sus manos visibles en el espejo, en las caderas y en el cuello.

Dejé la tanga a un lado.

Su simple ausencia me hizo consciente de cada paso, de cada movimiento.

El vestido era demasiado corto. Demasiado ligero. Cada ráfaga de viento sería una exposición. Cada paso sería un recordatorio de que, bajo esa fina capa de tela, yo no era mía. Era suya.

Incluso en la calle.

Sobre todo en la calle.

Antes de salir, miré el celular de nuevo. No había ningún mensaje nuevo. Solo esa orden. Solo la expectativa.

Eso era todo.

Tenía que obedecer y, de alguna manera aterradora, yo quería obedecer.

Abrí la puerta con el corazón en la garganta. El pasillo parecía más largo de lo normal. El ascensor tardó una eternidad en llegar. Cada segundo era una batalla interna, cada reflexión sobre lo que estaba haciendo era aplastada por el recuerdo de su mirada, de su voz, de su cuerpo, que me consumía hasta que no quedaba nada.

Cuando se abrió la puerta del ascensor, entré con la cabeza gacha. Dos mujeres conversaban en un rincón, riendo en voz baja, como si su mundo estuviera intacto y yo fuera solo una sombra más que pasaba. Pero yo lo sabía. Sabía que, al menor movimiento brusco, al menor soplo de viento, mi vergüenza podría quedar al descubierto.

Las calles estaban mojadas por la lluvia de la mañana. El olor a tierra y gasolina flotaba en el aire, pesado y pegajoso. Cada paso que daba era una deliciosa tortura: el vestido rozando mis muslos desnudos, la brisa atrevida deslizándose por mi piel expuesta, la excitación palpitando en el centro de mi cuerpo, embarazosa, caliente y viva.

Entré en el mercado con las manos frías y la cara en llamas. Agarré una cesta pequeña, fingiendo normalidad, pero cada movimiento me recordaba que estaba vulnerable bajo aquella tela fina.

Cada mirada que cruzaba la mía parecía verlo todo.

Cada ruido de bolsas, de pasos, de risas, sonaba como un juicio.

Mis dedos temblaban al tomar cosas banales: fruta, pan, leche; como si realizar tareas comunes pudiera de alguna manera limpiar lo que sentía. Pero no podía. Nada podía.

Entonces, mientras pasaba por el pasillo de las bebidas, sentí que el celular me vibraba en el bolso.

Era un mensaje suyo.

"Buena niña.

No te vayas todavía.

Espérame en el estacionamiento".

Me faltó el aire.

Él estaba allí.

Mirándome...

Guiando cada uno de mis pasos como si sostuviera un hilo invisible atado a mi muñeca, y yo, bajo la ropa fina, mojada, temblorosa, expuesta... nunca me sentí tan viva. Nunca me sentí tan suya.

El estacionamiento era amplio, mal iluminado, el cemento húmedo reflejaba la tenue luz de los postes como manchas plateadas esparcidas en la oscuridad. El viento helado traía el olor agridulce de la gasolina y la tierra mojada, y cada ráfaga erizaba aún más mi piel expuesta bajo el vestido ligero. Me apoyé en una de las columnas de cemento, con el bolso colgando flojo de mi hombro, mi corazón descompasado y mi cuerpo demasiado caliente para la fría mañana.

Esperé... y la espera era parte del castigo. Parte de la recompensa. Cada segundo allí, cada paso que resonaba en la distancia, cada faro que parpadeaba en la lejanía, hacía que el deseo creciera dentro de mí como una cuerda que apretaba lenta y cruelmente mi garganta. Estaba tan húmeda entre las piernas que sentía la viscosidad correr lentamente por mis muslos, mezclando vergüenza y expectativa en dosis iguales. En cualquier momento, alguien podría pasar. En cualquier momento alguien podría verme... Quizá eso era lo que me mantenía en pie, jadeando, sumisa y viva.

Fue entonces cuando oí sus pasos. Tranquilos. Seguros. Ese sonido que ya reconocía sin necesidad de mirar. León surgió de las sombras como un depredador que no tenía prisa por capturar a su presa. Vestía de negro. Siempre de negro. Tenía las manos metidas en los bolsillos de los jeans, los hombros anchos y el rostro medio oculto por la sombra de la capucha. Pero yo sabía que era él. Todo mi cuerpo lo sabía.

No dijo una palabra.

Solo caminó hacia mí, con su mirada clavada en la mía, y se detuvo tan cerca que el calor de su cuerpo atravesó el frío entre nosotros como un muro invisible. Su mano se cerró alrededor de mi nuca, atrayéndome hacia él con una firmeza que no admitía negativas. Su boca tomó la mía en un beso rudo, desesperado, como si cada segundo de distancia hubiera sido insoportable.

Mis dedos se aferraron con fuerza a su camiseta. Ahora todo era instinto. Puro impulso. Mi cabeza daba vueltas y mi sangre hervía.

León giró mi cuerpo contra la columna con un movimiento seco, como quien coloca algo que ya le pertenece, y su mano se deslizó por mi espalda hasta levantar el vestido sin ninguna ceremonia. La brisa mordió mi piel desnuda y un gemido bajo escapó de mis labios, ahogado por el beso.

—Eres tan obediente... —gruñó contra mi boca, entre jadeos cálidos e irregulares—... Tan mía.

Sus dedos encontraron mi entrada empapada y sonrieron contra mi boca con una satisfacción perversa. Sin previo aviso, abrió la cremallera de sus pantalones, liberando su verga ya durísima, caliente, palpitando contra la piel de mi muslo.

—Suplícamelo —ordenó con voz ronca, sucia y deliciosa.

Jadeante, perdida y con los ojos brillantes de súplica, murmuré contra su boca:

—Por favor... méteme la verga, León. Úsame. Aquí. ¡Ahora!

Su sonrisa fue como una navaja afilada.

Sin esperar más, me giró, presionando mi cara contra el frío hormigón de la columna. Me levantó el vestido hasta mi cintura, dejando mis muslos al descubierto y mis pies apenas apoyados en el suelo. Una de sus manos me sujetó la nuca, obligándome a mantener la cabeza baja, mientras la otra guiaba su verga hacia mi palpitante entrada.

Cuando me penetró de una sola vez, con brutalidad calculada, un grito ronco escapó de mi garganta, engullido por el espacio.

León se movía dentro de mí con fuerza y ritmo implacables, cada embestida resonaba en el hormigón, cada embestida me empujaba contra la fría pared. La sensación de ser penetrada así, tan expuesta, tan vulnerable, tan suya, me empujaba a un límite donde el miedo y el placer se confundían hasta convertirse en una sola cosa.

Sus manos exploraban mi cuerpo como si lo conocieran mejor que yo misma. Me apretó las caderas, me mordió la nuca, rozó con

los dientes mi hombro desnudo, mientras me llenaba con golpes precisos, clavados con posesión.

—Esta vaginita es mía —gruñó contra mi piel—. Solo mía. ¿Lo entiendes, Ángela?

Intenté responder, pero solo conseguí gemir, con la boca abierta y el cuerpo arqueado para recibir cada embestida con hambre y desesperación. El placer me subía como una corriente eléctrica por la columna vertebral, apoderándose de todo, haciendo que el mundo entero se redujera a ese momento, a ese hombre, a ese dominio.

Cuando me penetró aún más profundo, aplastando mi clítoris contra la base de la columna, mi orgasmo explotó dentro mío con una violencia que me dejó ciega, muda, rota, y aún así León no se detuvo.

Siguió metiendo su verga en mi cuerpo tembloroso con embestidas fuertes y rítmicas hasta que, con un gemido ronco y posesivo, eyaculó todo su líquido dentro de mí, agarrándome las nalgas con tanta fuerza que me dejarían marcas durante días.

Nos quedamos así un rato, pegados el uno al otro, con el viento cortándonos la piel, el frío hormigón bajo mis dedos y su calor marcando cada parte de mí que aún podía sentirlo.

Cuando se apartó, arreglándose la ropa con la calma de quien sabía que volvería a ganar, me sujetó el mentón y me obligó a mirarlo.

Sus ojos, negros como la noche sin luna, dijeron lo que sus palabras no se atrevieron a decir:

Eres mía.

Siempre lo has sido.

Siempre lo serás.

Yo, sin fuerzas para luchar, sin ganas de huir, acepté, otra vez, entera y de rodillas... aunque estuviera de pie.



Capítulo 28

La mañana parecía normal. El cielo aún estaba cubierto de nubes bajas y pesadas, teñidas de gris, que difundían una luz opaca que envolvía todo el apartamento en un tono pálido y enfermizo. La mesa del salón estaba cubierta con mis materiales de trabajo: hojas esparcidas, el portátil abierto, tazas de café ya frías. El cursor parpadeaba en el archivo inacabado de diseño gráfico que debería haber entregado días atrás, pero que parecía irrelevante ante el torbellino en que se había convertido mi vida.

Intenté concentrarme. Intenté forzar la vista para seguir las líneas, elegir colores, corregir fuentes. Pero mi mente estaba en otra parte, aún resonando con las órdenes susurradas, los toques grabados en mi carne, el peso de las últimas noches con León. Era como si mi cuerpo existiera en un estado de alerta constante, dividido entre la necesidad de complacerlo y el miedo creciente a todo lo que había más allá de lo que él me dejaba ver.

El sonido de la calle era lejano, amortiguado por las gruesas paredes del edificio. Los coches pasaban, las bocinas resonaban en

la distancia, los fragmentos de conversaciones se perdían en el viento. Una canción cualquiera se escapaba de una radio en algún apartamento cercano. Todo era normal. Todo era cotidiano. Sin embargo, había algo que no encajaba. Algo que no pertenecía a esa mañana.

Fue en el momento en que levanté la vista de la pantalla, agotada, solo queriendo respirar un poco, cuando la vi.

Al otro lado de la calle, completamente inmóvil, había una mujer.

No era una transeúnte cualquiera. No caminaba, ni miraba su celular, ni estaba distraída con sus propias urgencias. Estaba allí, fija, como una estatua esculpida en tensión, mirando directamente hacia arriba. *Hacia mi balcón...*

Se me heló la sangre antes incluso de que mi mente procesara lo que estaba viendo.

La mujer era alta, delgada, con el pelo castaño recogido en un moño desordenado, como si lo hubiera hecho con prisa o con rabia. Llevaba un abrigo grueso y pantalones oscuros, casi sin color. Sin embargo, lo que realmente me llamó la atención fueron sus ojos. Incluso a distancia, incluso con el cristal empañado de la ventana entre nosotras, sentía el peso de su mirada sobre mí: una mirada que no buscaba, que no exploraba, una mirada que acusaba.

Me quedé paralizada durante unos segundos, con el corazón latiendo a un ritmo desordenado. El cursor seguía parpadeando en el portátil, esperando mi acción, pero yo estaba atrapada en ese instante, en ese encuentro mudo entre dos mujeres separadas por una calle y un abismo.

Ella lo sabía.

Fuera quien fuera, sabía quién era yo. Sabía dónde estaba. Sabía que aquí dentro había una mujer marcada, poseída, destrozada y moldeada por las manos de un hombre que probablemente conocía mejor que lo que yo nunca llegaría a conocer.

Di un paso atrás, el aire del apartamento se volvió de repente demasiado denso, demasiado caliente. Sentí el sudor frío brotar en mi nuca, correr entre mis pechos. La mujer seguía inmóvil, solo observando, como si esperara que yo hiciera algo. Como si mi simple existencia en ese espacio fuera una vergüenza.

Por un instante, pensé en cerrar las cortinas. En esconderme como una niña asustada. Pero algo en mí, alguna fibra recién estirada hasta el límite, me mantuvo donde estaba. Necesitaba ver. Necesitaba saber.

La mujer no sonrió. No saludó. No mostró ninguna emoción más allá de esa presencia tensa, opresiva y, entonces, sin prisa, dio un paso atrás y otro más, hasta que la multitud de la acera la engulló lentamente como arena movediza.

Desapareció.

Dejando atrás solo el eco de su mirada ardiendo en mi piel y una pregunta que se clavó entre mis costillas: *¿quién eres? ¿Y qué sabes de él que yo aún no sé?*

La noche cayó con un peso extraño, más denso de lo normal, como si el aire del apartamento se hubiera contaminado con la mirada que había atravesado el cristal aquella mañana. Intenté mantenerme ocupada con el trabajo, las películas, los libros... cualquier cosa que pudiera acallar la inquietud que bullía bajo mi piel, pero nada llenaba el espacio. León no apareció. Ni un mensaje. Ni una orden. Era como si se hubiera evaporado en el viento junto con la mujer de la calle. De repente, estar sola allí se parecía menos una elección y más una sentencia.

Me desperté con los primeros rayos de sol filtrándose tímidamente a través de las persianas. El apartamento parecía igual: el sonido lejano de los coches, el olor amargo del café instantáneo en la cocina, el viento moviendo ligeramente la cortina. Sin embargo, había algo extraño que vibraba en el suelo, en el aire y en las paredes.

Lo sentí antes de verlo.

Cuando abrí la puerta para agarrar el periódico, mi corazón ya latía de forma diferente, pesada, en guardia.

Entonces lo vi.

En la alfombra, justo delante del umbral, yacía el pequeño cuerpo de un pájaro.

Muerto...

Las alas abiertas en ángulos extraños, como si hubieran sido rotas. El cuello torcido hacia un lado, los ojos abiertos en un vacío que parecía mirarme directamente. La sangre seca manchaba las plumas blancas, endureciéndolas en grotescos mechones, y en una pata había atado con un hilo fino, un trozo de papel rasgado y sucio que temblaba con la brisa.

Me agaché lentamente, sintiendo las piernas temblorosas y las manos sudando frío.

El papel era pequeño, arrancado de cualquier hoja. La caligrafía, torcida e irregular, parecía haber sido garabateada con furia:

"Eres solo una más.
Él siempre acaba cortando con todas".

El suelo pareció ceder bajo mis pies.

Mi estómago se revolvió violentamente y, por un segundo, pensé que iba a vomitar allí mismo, sobre la alfombra, sobre el cuerpo destrozado de aquella pequeña criatura que, de alguna manera enfermiza, era una metáfora de lo que podría ser mi destino.

Cerré la puerta con un golpe sordo, echando los cerrojos como si ese gesto pudiera detener el miedo que ya se filtraba por las rendijas de mi mente.

Volví tambaleándome, sosteniendo la nota entre los dedos como si estuviera hecha de cristal roto.

Me senté en el suelo de la cocina, con la espalda apoyada contra la nevera, y me quedé allí, mirando a la nada, mientras el

papel temblaba en mis manos y el mundo a mi alrededor parecía desvanecerse.

No lloré. No grité. No corrí a llamar a León. Porque, en el fondo, en lo más profundo, una parte de mí llegó a una conclusión: él ya lo sabía todo y, de alguna manera retorcida y cruel, todo era parte del precio de ser suya.

Mi cuerpo aún llevaba las marcas de su posesión, pero en mi puerta había un presagio de lo que podría pasar si me atrevía a pertenecer a otra persona... o a mí misma. Entre los dos horrores, ser destrozada por él o ser destruida por otra persona, aún no sabía cuál sería mi elección final.

El sonido de la llave girando en la cerradura fue casi una agresión contra el espeso silencio que reinaba en el apartamento. Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera razonar: mi espalda se tensó, mi corazón se aceleró y mis manos apretaron con fuerza la tela del vestido. Estaba sentada en el suelo de la cocina, todavía aferrada a la nota arrugada, cuando León entró.

Cruzó la puerta con la misma calma controlada de siempre, como si nada en el mundo pudiera tocarlo. La chaqueta negra, el cabello ligeramente despeinado, la barba ensombreciendo la mandíbula firme. Llevaba la tormenta consigo, aunque no dijera una palabra.

Sus ojos se encontraron con los míos en el suelo. Frunció ligeramente el ceño, solo por un instante, antes de deshacer la expresión en una sonrisa casi imperceptible; esa sonrisa fría y superior que decía que ya lo sabía, que siempre lo había sabido.

Me levanté lentamente, sintiendo el cuerpo pesado como el plomo y la sangre martillando en mis sienes. Cada paso que daba hacia él era una lucha contra el impulso de gritar, de acusar, de llorar... pero no quería parecer débil, ni ser la víctima que él tal vez esperaba ver.

—León —lo llamé, con la voz ronca por tanto silencio reprimido—. Tengo que preguntarte algo.

Él inclinó la cabeza, paciente, como un lobo interesado en el sonido de una rama rompiéndose en el bosque.

—Tú... —Tragué saliva, con mis ojos fijos en los suyos, buscando algo que ni siquiera sabía nombrar—. Tú eras el niño del incendio, ¿verdad? El único sobreviviente. Y... —Mi voz falló, pero empujé las palabras hacia fuera, como quien arranca una espina de su propia carne—. Hubo otras antes que yo, ¿verdad? ¿Otras mujeres?

El silencio entre nosotros se hizo más denso, sofocante.

León permaneció inmóvil durante un segundo que me pareció toda una vida. Sus ojos se oscurecieron y apretó su mandíbula. Dio un paso atrás, como quien huele la trampa y se niega a caer en ella.

—Haces demasiadas preguntas —dijo con voz baja y dura como hielo roto—. Y ya te lo he advertido, Ángela. Solo sabrás lo que yo quiera que sepas.

El estómago se me revolvió y la náusea me subió por la garganta. Quería gritar. Quería exigir. Quería arrancarle alguna chispa de verdad que me calentara en medio de toda aquella oscuridad. Pero todo lo que pude hacer fue quedarme ahí, observando cómo tomaba su chaqueta, con los hombros tensos, los puños cerrados y el cuerpo listo para irse.

—Si eso es lo que quieres —gruñó, girando ya la manija—, entonces me voy.

—No —susurré, sin pensar, sintiendo la desesperación infiltrándose en cada poro, en cada vena y en cada latido de mi corazón.

Antes de que él pudiera cruzar la puerta, me moví.

Corrí hacia él, rodeándolo por detrás con los brazos, apretándolo con la fuerza que solo el miedo puede dar. Enterré mi cara en su espalda, sintiendo el olor del cuero, de la piel, de la lluvia que aún se pegaba a la tela. Mis dedos se clavaron en su camisa como si él fuera el último ancla en medio de un mar furioso.

—No te vayas —le supliqué contra su espalda—. Por favor, León. Solo... solo quiero entender.

—Entender es peligroso —respondió, con la voz aún tensa, aún dura, pero con una vibración extraña, como si algo dentro de él también temblara—. Entender demasiado es lo que rompe a las personas.

Me quedé allí, abrazada a él, sintiendo su respiración pesada que intentaba controlar, la batalla silenciosa que se libraba bajo su piel. No sé cuánto tiempo pasó. Solo sé que, lentamente, muy lentamente, se relajó entre mis brazos.

Soltó la manija y, por primera vez en mucho tiempo, no me apartó.

Me quedé allí, pegada a su espalda, con la cara apretada entre sus omóplatos, sintiendo la textura áspera de la chaqueta y el calor que se filtraba lentamente a través de la tela gruesa. Mis dedos se cerraron aún más, como si, apretando lo suficientemente fuerte, pudiera impedir que se escapara. Como si, con ese gesto mudo, pudiera atarlo a mí de una forma que ni la rabia, ni el miedo, ni sus fantasmas pudieran romper.

León permaneció inmóvil.

Durante un tiempo que podría haber durado siglos, se quedó quieto, respirando con dificultad y con el cuerpo rígido por la tensión contenida. Sentí cuando cerró los ojos y el esfuerzo que hacía por no reaccionar... por no rendirse, como si luchar contra mi abrazo fuera más fácil que aceptar lo que significaba.

Entonces, en un gesto casi imperceptible, cedió.

Exhaló como quien abre una compuerta oxidada. Su hombro se relajó bajo mi frente. Su mano soltó la manija con un clic sordo y, lentamente, León se dio la vuelta.

El movimiento fue lento, como si el mero hecho de mirarme le exigiera más fuerza de la que estaba dispuesto a dar. Cuando nuestros ojos se encontraron, no había dureza en ellos. Ni promesas. Ni mentiras.

Solo había cansancio y algo más profundo, roto y peligroso que no sabía nombrar.

No dije nada. No me atreví. Solo deslicé mis brazos alrededor de su cuello, acurrucándome contra su pecho como si ese fuera el único lugar seguro en un mundo que se derrumbaba a mis pies.

Él también me envolvió con sus brazos: firmes, cálidos, pesados, y por primera vez, no fue para inmovilizarme, ni para dominarme, sino para sostenerme.

Nos quedamos así, dos cuerpos tensos por la misma cuerda invisible, compartiendo una respiración pesada y disonante, como soldados heridos compartiendo el mismo refugio.

Sin soltar mi mano, León me guió hasta la habitación. Los pasos eran lentos, arrastrados, como si atravesáramos un territorio prohibido. La cama estaba deshecha. Las sábanas aún conservaban el olor de la noche anterior, pero aun así, él no me desnudó.

No me acostó boca abajo, ni me sujetó las muñecas, ni me dio órdenes. Simplemente se acostó, hizo espacio a su lado y me tendió la mano, como quien no ofrece la posesión, sino la soledad compartida.

Me acosté con cuidado, mi cuerpo dolorido encontró consuelo en la firmeza del colchón y en la familiar rigidez de su cuerpo. León pasó su brazo alrededor mío, atrayéndome hacia él, encajando mi cara en la curva de su cuello. Los latidos fuertes y descoordinados de su corazón resonaban en mi oído, y cerré los ojos, dejando que el sonido me embriagara.

Sin sexo, sin palabras, sin promesas. Solo el calor de su cuerpo contra mi piel, el peso de su brazo anclándome allí. Solo su respiración y la mía tratando de encontrar un ritmo común, aunque estuvieran hechas de dolores que nunca se confesarían.

El silencio, esta vez, no era una amenaza.

Era un refugio.



Capítulo 29

Me desperté envuelta en el calor pesado del cuerpo de León, su brazo aún estaba descuidadamente sobre mi cintura, como una cadena viva que, por alguna razón inexplicable, me calmaba más de lo que me aprisionaba. Por un instante, me permití la ilusión: la de que nada existía fuera de esa cama. Que ahí fuera el mundo no intentaba arrancarme de su interior. Que aquí, donde su respiración acariciaba mi nuca a intervalos irregulares, podía encontrar algún tipo de paz.

La habitación estaba sumida en una penumbra dorada, la luz de la mañana se filtraba por las rendijas de la cortina con la delicadeza de quien pide permiso para entrar. La ciudad afuera despertaba con sus sonidos amortiguados: bocinas, pasos apresurados, el chirrido de las puertas al abrirse, pero aquí dentro, todavía éramos solo nosotros dos, suspendidos en un tiempo que no pertenecía a nadie.

Me deslice con cuidado fuera de sus brazos, tocando el suelo frío con los pies descalzos, sintiendo el cuerpo aún dolorido de la

noche anterior. No quería despertarlo. Todavía no. Una parte de mí temía lo que pudiera venir después y solo quería prolongar ese instante de falsa normalidad.

Me dirigí a la cocina en silencio, con los pasos amortiguados por el suelo helado, el olor a café de la noche anterior aún impregnando el aire y... allí, sobre la mesada, encontré lo que me arrancó brutalmente de la ilusión.

Un sobre blanco. Sencillo. Con mi nombre escrito a mano con letras apresuradas y torcidas. Mi corazón se aceleró incluso antes de tocarlo. Mis manos temblaban mientras tiraba de la solapa, rasgando el papel con más fuerza de la que quería admitir. Adentro, había una sola foto: sencilla, nítida y terrible. Era una imagen mía y de León, durmiendo en nuestra cama, a través del balcón. El cristal de la ventana reflejaba la penumbra de la habitación, la sábana tirada hasta la cintura y nuestros cuerpos entrelazados de una manera casi íntima, casi inocente. Yo, acurrucada contra él. Él, con la cabeza girada hacia mí. Entonces, en el centro de la fotografía, sobre mi rostro dormido, una X roja. Trazada con brutalidad, con rabia, atravesando mis ojos, mi boca, mi existencia.

Sentí que las piernas me fallaban. El estómago se me revolvió y tuve que agarrarme a la mesada para no desplomarme.

Mi cabeza daba vueltas, mi respiración era entrecortada e irregular, tratando de tomar suficiente oxígeno para procesar lo que veía. La imagen parecía pegarse a mis retinas, a mi pecho, a mi garganta... El miedo era algo vivo, subía como ácido, corroyendo cualquier resto de racionalidad.

León.

¿Qué haría cuando lo viera?

¿Lo sabía ya?

¿Lo había permitido?

¿O acaso para él eso también era una vergüenza?

Miré hacia atrás, hacia el pasillo oscuro que llevaba al dormitorio. Todavía podía oírlo respirar. Tranquilo. Como si nada

hubiera cambiado.

Pero yo sabía que había alguien ahí fuera, alguien con ojos afilados y manos sucias, que quería destruirme. No para robármelo, sino para borrarme.



Capítulo 30

El aroma del café recién hecho comenzaba a invadir el apartamento, extendiéndose en remolinos cálidos en el aire frío de la mañana. Era el tipo de aroma que, en otros días, habría llenado el espacio de una simple comodidad, la promesa de una rutina que fingíamos existir entre pesadillas. Sin embargo, ese día se impregnaba en la garganta como humo espeso, como el sabor amargo de un secreto que ardía más con cada respiración.

Me senté a la mesa con el sobre en las manos, el papel grueso y frío parecía vibrar contra mis dedos sudorosos. La foto estaba dentro, doblada solo una vez, como una trampa esperando ser desarmada.

León todavía estaba en la habitación, con la puerta entreabierta revelando fragmentos de su cuerpo extendido en la cama, su amplia espalda al descubierto, la sábana caída a medias, el brazo abandonado sobre la almohada vacía donde yo debería estar. Verlo así, tan crudo, tan vulnerable, debería haberme calentado por dentro. Debería haber borrado el miedo que latía en cada parte de

mi cuerpo... pero no lo borraba. Porque había otra presencia entre nosotros: invisible, silenciosa, letal, y yo no sabía si el enemigo estaba fuera o si, de alguna forma tortuosa, ya vivía dentro de él.

La taza de café se enfriaba entre mis manos, olvidada. Mi mente era un laberinto de preguntas que golpeaban las paredes sin encontrar salida. Mostrar la foto: confesar lo que vi y enfrentar su reacción, que podría ser furia, desprecio, desconfianza; o esconder la foto. Guardar el miedo dentro de mi pecho como un arma apuntando hacia mí misma. Fingir que nada había cambiado. Fingir que la presencia extraña, la mujer en la calle, el pájaro muerto y esa maldita foto eran solo coincidencias: pesadillas de una mente ya contaminada por su obsesión.

León se movió en la habitación, con un murmullo ronco escapando de su garganta adormecida, y mi cuerpo reaccionó instantáneamente, tenso, alerta. Lo observé como si fuera una criatura salvaje que pudiera despertar hambrienta o indiferente, y yo nunca sabría cuál de las dos versiones encontraría.

El peso de la foto parecía crecer en el sobre, tirando mi brazo hacia abajo, como si intentara obligarme a decidir. La mano me temblaba ligeramente cuando la deslicé dentro del cajón de la cocina, empujando el papel arrugado debajo de unos cubiertos. Cerré el cajón con cuidado, como quien entierra dinamita encendida.

No era el momento... Me lo repetía a mí misma una y otra vez.

León no estaba hecho para verdades expuestas a la luz blanca. Estaba hecho de sombras, de silencios, de pactos rotos en susurros y de una parte de mí: una parte que ya apenas reconocía. Sabía que, si lo obligaba a elegir entre la verdad y el control, elegiría el control. Siempre.

Cerré los ojos por un instante, respirando profundamente, tratando de convencerme de que era mejor así, que proteger nuestro frágil equilibrio era más importante que satisfacer mi patética necesidad de respuestas.

Cuando volví a abrir los ojos, León estaba de pie en la puerta del pasillo, mirándome. No dijo nada. Solo me miró. Larga y detenidamente. Como si lo supiera y, en ese instante, entre el calor del café olvidado y el frío del miedo que me helaba la espina, lo entendí: no le ocultaría nada durante mucho tiempo.

Porque León siempre, siempre lo descubría todo y el precio de mi vacilación se cobraría con intereses...

Cerrar el cajón debería haber sido solo un pequeño gesto, casi insignificante, casi invisible. Sin embargo, el sonido del metal al golpear, el chasquido seco y final, parecía resonar dentro de mí con un eco que no disminuía.

Era como si, al esconder la foto, también hubiera escondido una parte de mí y, en ese momento, sangrara, sofocada, bajo la piel.

Me moví por la cocina como un títere descoordinado, tratando de compensar el peso de la culpa con gestos comunes: lavar la taza, arreglar la silla, ordenar los papeles sobre la mesada. Cada pequeño ruido parecía demasiado fuerte en el silencio sofocante que se había instalado entre las paredes. Cada respiración, cada latido de mi corazón, delataba la ansiedad que bullía como veneno bajo la superficie.

León se acercó sin hacer ruido, como siempre. Cuando levanté la vista, ya estaba de pie en la cocina, apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada clavada en mí. No había ira en sus ojos, ni dureza. Solo había esa atención absoluta que siempre me desnudaba más rápido que sus manos.

Intenté sonreír. Un gesto pequeño, entrecortado, que no llegó a mis ojos.

Él no me devolvió la sonrisa.

El aire a su alrededor parecía más denso, más cargado, como si su propia presencia empujara la atmósfera hacia abajo, aplastando cualquier posibilidad de escape.

León no necesitaba hablar para preguntar. Él era la pregunta.

Seguí fingiendo. Agarré la cafetera, serví dos tazas y le ofrecí una con dedos que temblaban ligeramente, traicioneros, mientras el calor del líquido se deslizaba hasta mi puño. Aceptó, tomando la taza sin apartar la mirada de mi rostro, estudiando cada movimiento, cada microexpresión, como si leyera un mapa de traiciones que yo ni siquiera sabía que estaba dibujando.

—Dime qué está pasando... —preguntó finalmente, en voz baja, casi amable. Sin embargo, había algo oculto que me puso la piel de gallina.

Negué con la cabeza. Muy rápido. Muy obvio.

—Nada. —Forcé mi voz para que saliera en un tono más alto de lo normal—. Solo estoy cansada.

Él asintió lentamente, como quien escucha a un niño mintiendo para ocultar una travesura.

Bebió un sorbo de café, sin dejar de mirarme. Y sonrió. No era una sonrisa fría ni cruel, sino una sonrisa que precedía al ataque.

Mis rodillas temblaron discretamente, pero me mantuve en pie, rígida como una estatua de cristal a punto de romperse. Intenté cambiar de tema, intenté preguntarle por el trabajo, por la ciudad, por cualquier cosa que pudiera desviar esa mirada penetrante. Pero con cada palabra que salía de mi boca, la red en la que yo misma me había enredado se apretaba más.

León no respondía. Solo bebía, miraba, esperaba, y yo sabía que ya me había olido el miedo, que ya estaba oliendo la mentira en el aire, que el tiempo que ganaba era un regalo envenenado y que, pronto, él cobraría la deuda. Con intereses... con sangre, tal vez. O peor aún: con el tipo de castigo que no se ve, pero que se siente por dentro, ardiendo lentamente.

Terminé mi taza con las manos sudorosas, la boca seca y el corazón latiendo a un ritmo irregular.

Cuando finalmente logré escapar al baño, cerré la puerta y me apoyé contra ella, con el pecho jadeando como si hubiera corrido una maratón.

Me miré al espejo y vi algo nuevo. Ya no era una mujer que ocultaba un secreto, era una mujer marcada para ser cazada, y el cazador... ya estaba dentro de la casa.

Me quedé en el baño todo el tiempo que pude. Me lavé la cara varias veces, me froté la piel hasta dejarla sensible y enrojecida, como si el enrojecimiento pudiera borrar la incomodidad que me consumía por dentro. Sin embargo, ningún agua era capaz de lavar el peso de la mentira que latía bajo mi piel, pulsando en sincronía con los latidos irregulares de mi corazón.

Cuando volví a la sala, León seguía allí, sentado casualmente en la silla de la cabecera de la mesa, con el cuerpo relajado de una manera demasiado falsa para ser natural. La taza vacía descansaba junto a su mano derecha. Su mirada, sin embargo, no era relajada. Era aguda, tensa, enfocada en mí con una precisión que me hizo cerrar la garganta.

No dijo nada inmediatamente. Solo siguió mis movimientos con los ojos, como un depredador paciente, estudiando el ritmo de su presa antes de atacar. Sentí el peso invisible de esa vigilancia en cada centímetro de mi cuerpo, como si sus manos me recorrieran sin tocarme, despojándome de cada capa de defensa que intentaba mantener.

Me senté en el borde del sofá, con las piernas cruzadas de forma demasiado forzada para parecer natural. Mis dedos jugaban con el dobladillo del vestido, en un gesto nervioso que León seguramente captó y catalogó. El silencio entre nosotros era espeso, vivo, estirándose hasta rozar lo insoportable.

—Pareces tensa —dijo él, finalmente, con una voz suave como terciopelo sobre una cuchilla.

—Solo estoy cansada —repetí, odiando lo pequeña que sonaba mi voz, lo mucho que la mentira brotaba de ella como veneno.

León inclinó ligeramente la cabeza, como sopesando la respuesta, como saboreando la fragilidad que yo intentaba disimular.

Luego se recostó en la silla, cruzando una pierna sobre la otra con la misma elegancia perezosa que utilizaba para desarmarme.

—¿Ha pasado algo mientras dormía? —preguntó, con un aire tan casual que sonó aún más amenazador.

Negué con un breve movimiento de cabeza, sin poder sostener su mirada. El suelo me pareció la opción más segura.

—No —insistí, forzando mi voz para que sonara firme—. Todo está bien.

Él sonrió. Una sonrisa pequeña, terrible... el tipo de sonrisa que decía que la trampa ya estaba puesta, que la única incógnita que quedaba era cuándo se cerraría.

—¿Estás segura? —provocó, con una voz que adquiría una suavidad traicionera—. Pareces... diferente.

Se me hizo un nudo en la garganta. Sentí un sudor frío resbalar por la curva de mi columna. Intenté enderezar la postura, tragarme la ansiedad, enmascarar el terror con una fina capa de falsa serenidad.

—Quizá... quizá solo esté agotada —murmuré—. Mucho trabajo. Muchas noches sin dormir bien.

León se levantó lentamente, como un gran animal, desenrollándose de su reposo. Rodeó la mesa sin prisa, las suelas de sus zapatos producían un sonido sordo en el suelo de madera. Cada paso era una declaración silenciosa de poder y un recordatorio de que allí, dentro de ese apartamento, yo nunca sería la fuerza dominante.

Se detuvo frente a mí. Tan cerca que podía oler el calor de su piel mezclado con el jabón de la ducha de la noche anterior.

Se inclinó, posando los dedos bajo mi mentón, forzando mi rostro hacia arriba hasta que no tuve más remedio que mirarlo.

—Sabes que no puedes mentirme, ¿verdad? —murmuró, con la mirada tan cerca de la mía que el mundo entero parecía reducirse al oscuro abismo de sus ojos.

El instinto era decir que sí. Asentir y confesarle todo de una vez. Pero el miedo, o tal vez esa tonta ilusión de que yo podía salvarlo a él de su propia oscuridad, me ató a la mentira como a un ancla.

—No estoy mintiendo —susurré, con la voz entrecortada, traicionándome.

Sus dedos se deslizaron por mi mandíbula, bajando lentamente por mi garganta expuesta, deteniéndose en el punto donde mi pulso latía frenéticamente.

Lo sentía. Sin embargo, en lugar de explotar, León solo sonrió de nuevo.

—Entonces, está bien. —Me soltó con la misma facilidad con la que se suelta algo que ya se posee—. Si dices que todo está bien... te creo.

Se dio vuelta, caminando hacia la ventana, apartando ligeramente la cortina para mirar fuera, como si nada hubiera pasado. Como si no acabara de clavar garras invisibles en mi garganta, marcando la mentira con precisión quirúrgica.

Me quedé sentada, inmóvil, con todo el cuerpo tenso, el corazón latiendo tan fuerte que parecía llenar todo el apartamento.

León no me creía... ni un poco.

Solo esperaba el momento adecuado para hacérmelo pagar.



Capítulo 31

Lo supe incluso antes de oír el sonido del cajón al abrirse.

Sentí esa vibración en el aire que precede al estallido de algo inevitable.

Estaba en la habitación, todavía con el cuerpo tenso por todo lo que no había dicho, tratando de organizar mis pensamientos en medio del caos creciente que ocupaba mi pecho... entonces llegó el sonido, demasiado discreto para que nadie lo notara, pero yo sabía exactamente lo que significaba.

Mis pies se movieron solos por el pasillo. La sangre rugía en mis oídos como si intentara ahogar la realidad que me esperaba en la cocina. Cuando doblé la esquina y lo vi allí, de espaldas a mí, de pie frente a la mesada, con el sobre abierto entre los dedos, un vacío punzante se abrió en mi interior, como si todas las palabras que no había dicho antes me hubieran abandonado también en ese momento.

Giró la cabeza lentamente y la forma en que me miró... hizo que se me erizara cada pelo del cuerpo.

No había gritos, ni furia. Pero había algo mucho peor: decepción contenida, frialdad oscura y un atisbo de dolor mal disimulado en sus ojos, como si la traición no solo proviniera del contenido de la foto, sino del hecho de que yo la hubiera escondido.

—¿Cuándo la has encontrado? —preguntó, en un tono tan bajo que me dejó helada.

—Esta mañana... yo... no sabía cómo enseñártela. Estaba esperando el momento adecuado.

Levantó la foto con dos dedos, dejando ver el papel arrugado por los bordes, pero la imagen seguía allí, cruel, casi teatral, de mi cuerpo acurrucado contra el suyo, mostrando la intimidad de un momento de entrega fotografiado sin consentimiento, y la X roja sobre mi cara como una sentencia.

—Eso es una amenaza terrible —dijo, con un tono frío que contrastaba con el calor sombrío que ardía en sus ojos—. ¿Y tú... pensaste que ocultármelo era la mejor decisión?

—Tenía miedo —confesé, sintiendo un nudo en la garganta—. No de ti. De lo que significaba. De lo que podría pasar si reaccionabas como...

—¿Como un monstruo? —me interrumpió, haciendo que la pregunta atravesara el espacio entre nosotros como un cuchillo—. ¿Eso es lo que crees que soy?

Titubeé. No porque creyera eso, sino porque ya no sabía qué pensar. León siempre oscilaba entre extremos: el hombre que me protegía con su cuerpo, que me poseía con una hambre capaz de borrar el mundo, y el que me observaba en silencio, como si yo fuera solo una pieza frágil de un juego que nunca explicaba.

Se acercó en silencio.

Cuando se detuvo frente a mí, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo y el olor familiar de su piel, mi instinto fue retroceder.

Pero no lo hice. No porque fuera valiente, sino porque sabía que huir sería peor.

—¿Qué más me estás ocultando? —preguntó, sin levantar la voz, pero con tanta tensión en la mandíbula que temí que se rompiera sus dientes.

—Nada —susurré, aunque ocultaba mucho. Mis pensamientos, mis miedos, la duda que empezaba a crecer como la mala hierba...

La duda que no quería admitir. Ni ante él, ni mucho menos ante mí misma.

León me observó durante un largo instante. Luego, con un gesto tan rápido como inesperado, tiró la foto sobre la mesa.

El papel giró en el aire y cayó boca arriba, como si la X roja estuviera allí solo para gritar de nuevo que yo era el objetivo.

—Haz las maletas —dijo en un tono tan firme que impedía cualquier discusión—. A partir de ahora, no estarás sola. Ni un segundo.

—¿Adónde vamos?

No respondió de inmediato. Solo me miró, con esa mirada vacía que precedía a la oscuridad.

—Lejos de donde ella pueda tocarte.

—¿Ella?

—La mujer que está detrás de todo esto —respondió seco—. Alguien a quien no quieres conocer.

—¿La conoces?

León no respondió.

Me dio la espalda y salió de la cocina, como si cualquier palabra más fuera un error que no podía cometer.

Me quedé allí, temblando, con la imagen de mi propia vulnerabilidad grabada en la mesa, sabiendo que, a partir de ese momento, la línea entre la protección y la prisión sería más tenue que nunca.

El apartamento, aunque era silencioso, parecía vibrar bajo el peso de la furia contenida que él llevaba sobre sus tensos hombros,

en la forma en que sus dedos se cerraban y abrían, como si la única forma de no romper algo fuera mantener las manos ocupadas con el vacío.

Se detuvo frente a la ventana, sin mirar realmente hacia afuera. La luz pálida de la tarde se derramaba sobre su piel como un barniz frío. Por unos segundos, lo único que pude hacer fue observar su respiración: el subir y bajar de su pecho, rítmico como una máquina a punto de recalentarse.

Cuando giró, su rostro ya no era el mismo que antes. No era el hombre que me tocaba con posesión o me dominaba con palabras susurradas. Era una versión oscura y distorsionada, que solo aparecía cuando se sentía traicionado. La mirada que me clavó fue como un disparo silencioso, del tipo de bala que atraviesa más profundamente porque no viene acompañada de un grito.

—¿Desconfías de mí? —La pregunta sonó como una acusación, sin espacio para matices.

Se me secó la garganta al instante. Intenté respirar, pero era como si el aire estuviera cargado de fragmentos invisibles. Cada palabra que pensaba decir me parecía errónea, débil, insuficiente. Porque la verdad era un monstruo sin forma que llevaba días creciendo dentro de mí, alimentado por sus ausencias, por las medias verdades, por las noches en las que dormía con miedo de lo que podría encontrar al abrir los ojos.

—Yo... —intenté comenzar, pero la voz me falló—. Ya no sé.

El silencio que siguió fue absoluto.

No se oía ningún ruido en la calle, ni el viento en la ventana, ni nuestra respiración. Solo el eco de mi confesión flotando en el espacio como un humo denso.

—”No lo sabes” —repitió él, pero no era una pregunta. Era una herida abierta en forma de frase—. Después de todo lo que he hecho por ti. Después de todo lo que hemos soportado... ¿”no lo sabes”?

—Eso es lo que me asusta, León —susurré, sintiendo las lágrimas ardiendo detrás de mis ojos, como si cada una fuera una cicatriz que intentaba ocultar de mí misma—. No sé quién eres en realidad. No sé de lo que eres capaz... y, lo que es peor, ya no sé de lo que soy capaz de soportar.

Se acercó, no rápido, pero con paso firme. Cada paso resonaba dentro de mí como un presagio. Cuando se detuvo frente a mí, su rostro estaba a centímetros del mío. Sus ojos, negros y densos como una tormenta, me atravesaron con una intensidad que solo él era capaz de sostener.

—Tienes razón —dijo, con una calma en la voz que me destrozó más que cualquier explosión de ira—. No sabes quién soy.

Hizo una pausa breve, cruel.

—Y quizá nunca deberías saberlo.

El aire se me escapó como un suspiro roto.

León me miró fijamente durante unos segundos más y luego se apartó, como si tocarme ahora fuera un error. Como si la distancia física fuera la única forma de contener lo que podría pasar si dejara que todo se desbordara.

—Recoge tus cosas —repitió, ya de espaldas, con la voz tensa como una cuerda demasiado estirada—. A partir de ahora, o confías en mí... o no sales viva de esta historia.

Luego desapareció por el pasillo, dejándome allí sola, con el peso de lo no dicho quemándome el pecho, con la foto aún sobre la mesa, recordándome que, tal vez, yo ya había cruzado la línea entre víctima y cómplice y que, en ese momento... ya no había vuelta atrás.



Capítulo 32

La carretera parecía arrastrarse bajo los neumáticos como una cinta de hormigón interminable, serpenteando entre altos pinos y colinas silenciosas, mientras el cielo nublado derramaba una luz opaca sobre todo lo que nos rodeaba. No sabía exactamente dónde estábamos, solo que nos alejábamos de la ciudad, de la rutina, de lo poco que quedaba de lo que era real y, con cada kilómetro recorrido, sentía que también me alejaba de mí mismo.

León conducía con la concentración típica de quien no solo maneja un coche, sino toda la narrativa que lo rodea. Él tenía la mandíbula tensa, con una vena palpitando en el cuello, y los ojos fijos en la carretera como si cualquier distracción pudiera destruirnos. Yo no había hablado desde que salimos y él tampoco. El silencio entre nosotros no era solo incomodidad... era una guerra fría, cada uno armando su propio campo minado de verdades tragadas y preguntas pospuestas.

Cuando finalmente llegamos, era como si el mundo se hubiera quedado atrás.

Era una cabaña de madera oscurecida por el tiempo, rodeada de árboles altos que parecían susurrar secretos. Todo allí era silencio. Ni un coche, ni una farola, ni una señal de vida más que la nuestra. Aun así, había algo en la quietud de aquel lugar que hacía que el aire pesara como el plomo.

León abrió la puerta sin ceremonias, tiró las llaves sobre la mesada y se dirigió a la ventana, desde donde solo se veía una espesa selva. Entré lentamente, sintiendo los hombros doloridos por la tensión acumulada, y cerré la puerta con un suave chasquido. Durante un rato, se quedó allí, sin decir nada. Sabía que estaba decidiendo qué decir, porque León nunca hablaba sin antes controlar la narrativa.

—Alguien de mi pasado —comenzó, finalmente— está tratando de lastimarme a través de ti.

No me giré de inmediato. Su voz, baja y firme, parecía cortada por el hielo, cuando crucé los brazos y me acerqué, no por valentía, sino por necesidad.

—¿Quién es esa persona? —pregunté, tratando de mantener un tono estable, a pesar de que mi corazón latía con fuerza en mi pecho como un animal atrapado.

Exhaló lentamente, como si pesara cada palabra.

—Alguien que una vez estuvo bajo mi protección —dijo, sin apartar la mirada del bosque—. Y que confundió eso con... posesión.

La frase quedó ahí, suspendida en el aire. No era una explicación. Era una advertencia.

Sus palabras no caían sobre mí como una confesión, sino como rejas que delimitaban lo que yo podía saber y lo que él aún se negaba a revelar.

—¿Una mujer? —insistí, sintiendo la garganta seca.

Asintió con un movimiento lento, casi imperceptible.

—Era frágil cuando la conocí. Asustadiza. Solitaria. Pensé que podía protegerla. Que podía arreglar lo que le habían roto. —Hizo

una pausa... y luego, sin mirarme, añadió—. Pero lo que se rompe por dentro no se arregla. Solo se esconde hasta que vuelve a hervir.

Me quedé en silencio, absorbiendo cada sílaba como una fina navaja clavándose bajo la piel.

—¿Y ahora ella quiere venganza? —pregunté, sintiendo cómo se me contraía el estómago.

León se giró hacia mí por primera vez desde que había empezado a hablar. Tenía el rostro sombrío, cerrado, y sin embargo... había algo demasiado vulnerable en el fondo de sus ojos, que intentaba ocultar con todas sus fuerzas.

—No se trata de venganza —respondió—. Se trata de control. Quiere demostrar que todavía puede tocar lo que es mío.

Las palabras me golpearon con una mezcla de escalofrío y rebeldía. "Lo que es mío". Como si yo fuera un territorio, un objeto o una extensión de él. Y, a la vez, una parte de mí, contaminada por todo lo vivido con León, ardía con esa confesión posesiva.

—¿Y qué hiciste para que ella se convirtiera en eso? —pregunté en voz baja.

No respondió, solo me miró, pero su boca permaneció inmóvil.

Eso era todo lo que iba a recibir.

—No me lo vas a contar todo, ¿verdad? —susurré, cansada.

Se acercó lentamente. Cuando se detuvo frente a mí, levantó la mano hasta mi rostro, rozando mis dedos con una delicadeza desconcertante, como si me tocara por última vez.

—Ángela —murmuró, con voz aún más baja—. Hay verdades que no quieres cargar. Y si te amo como creo que te amo... quizá mi última oportunidad de protegerte sea no dejar que conozcas quién fui.

Cerré los ojos por un instante, sintiendo que el corazón se me encogía.

¿Quién fuiste, León?

¿Y por qué es tan fácil perderme en quien eres ahora, aun sabiendo que me ahogaré?

Después de que León terminó de hablar, la casa se sumió en un silencio tan profundo que el sonido del viento entre los árboles parecía demasiado fuerte, como si cada hoja que soplaba contra el techo delatara algo que ninguno de nosotros estaba preparado para escuchar.

Me quedé allí, parada en medio de la sala, con los brazos cruzados de forma casi infantil, como si así pudiera proteger mi pecho de todo lo que no se había dicho, porque lo que él reveló no era suficiente. No era mentira, pero tampoco era toda la verdad.

La forma en que evitaba los detalles, cómo elegía cada palabra con el cuidado de quien lleva dinamita en las manos, me decía más que cualquier confesión completa. No estaba tratando de protegerme. No exactamente. Luchaba por mantener intacto lo que aún podía controlar: la imagen que construía ante mí y el dominio que ejercía incluso cuando decía que me amaba.

Observé el entorno. La casa era pequeña, llena de madera oscura y ventanas estrechas que apenas dejaban entrar la luz. Todo allí parecía deliberadamente alejado del mundo. Un lugar para esconderse, para borrar huellas... y esa constatación cayó sobre mí como un segundo peso: no solo nos estábamos protegiendo, nos estábamos enterrando...

León había vuelto a ocuparse metódicamente. Encendía la chimenea con gestos secos, alineaba las sillas de la cocina como si la simetría exterior pudiera contener el caos que había dentro de él. Sin embargo, sus ojos, cuando me lanzaban una breve mirada por encima del hombro, traían algo sombrío, como si esperaran una pregunta que yo no me atrevía a hacer o que él rezaba para que yo hiciera pronto, para poder liberarse de la carga de la omisión.

La garganta me dolía de tanto tragar. La duda era algo vivo, que crecía dentro de mí con dientes. Quería creer en él, confiar, ceder el peso de la decisión, solo cerrar los ojos y dejarme caer en

los brazos de ese hombre que me devoraba como si fuera suya por derecho.

Pero sentía... en lo más profundo de mi piel, que él aún ocultaba algo devastador.

Pensé en preguntarle, en gritar y en lanzarlo todo contra la pared hasta que me mirara y me dijera de una vez, sin rodeos, lo que era... quién era. Pero me faltaba valor. Porque una parte de mí tenía miedo de lo que iba a oír y otra parte... tenía miedo de que, al saberlo, ya no quisiera marcharme.

Me senté en el sofá, con las manos entrelazadas en el regazo y la mirada fija en la chimenea, que comenzaba a crepitar lentamente. El calor empezaba a invadir la habitación, pero dentro de mí todo seguía helado.

León terminó de acomodar la leña y se sentó frente a mí, en uno de los pocos momentos en que estábamos a la misma altura, físicamente iguales.

Me observó en silencio, como si estudiara cada reacción.

Yo le devolví la mirada, sin decir nada.

Éramos dos estatuas a punto de derrumbarse.

Fue él quien rompió el silencio.

—Si quieres irte, Ángela... ahora es el momento.

Mi respiración se detuvo, no por sorpresa, sino por el dolor que me causó la forma en que lo dijo. No había desafío en su voz. Ni sarcasmo. Solo había... cansancio... y, tal vez, culpa.

—¿Me estás dando una salida? —susurré.

Él asintió, sin apartar los ojos de mí, oscuros como un pozo profundo.

—No. —Mi voz salió antes que mi pensamiento. —Me estás poniendo a prueba.

No dijo nada. La confirmación estaba en el silencio.

Cerré los ojos por un instante, tratando de entender por qué no me levantaba, por qué mis piernas seguían pegadas al suelo o

por qué, a pesar del miedo, la rabia y la incertidumbre, yo seguía allí.

Cuando los abrí, aún tenía la sensación de que él guardaba un dolor silencioso, como si hubiera algo en mí que quisiera proteger... aunque eso significara mantenerme lejos de él.

León no se alejó, ni yo tampoco, y tal vez ese fue el principio del fin.



Capítulo 33

La noche cayó pesadamente sobre el bosque, exprimiendo la poca luz que aún resistía en el cielo y sumergiendo la casa en una oscuridad que parecía viva y palpitante. La única fuente de calor provenía de la chimenea de la sala, pero aun así el frío parecía infiltrarse por las antiguas paredes, por las rendijas de las ventanas, por el espacio entre nosotros.

León ordenó la habitación de forma práctica: tiró las mantas sobre la cama doble como si eso fuera suficiente para prepararnos para la larga noche que se avecinaba. No hubo miradas significativas. No hubo conversación. Solo los gestos secos y eficientes de quien ya había decidido que el silencio era la única respuesta aceptable.

Cuando me acosté, el colchón crujió bajo mi peso, cada sonido parecía demasiado alto en la sofocante quietud que nos envolvía. La sábana era áspera contra mi piel desnuda, y me acurruqué bajo la pesada manta, tratando de no temblar, de frío, de expectación y de miedo.

León apagó la luz y se acostó a mi lado. La distancia entre nuestros cuerpos era casi cruel. Sentía su calor, el peso de su presencia, el olor familiar a cuero, jabón amaderado y algo puramente masculino que siempre me había hecho ceder incluso antes de darme cuenta. Pero allí, todo lo que había entre nosotros era vacío.

Cerré los ojos, luchando contra las lágrimas que ardían bajo mis párpados. No era justo. No era soportable. Estar tan cerca de él, sentir cada respiración pesada que exhalaba en la oscuridad, y aún así ser mantenida al margen, congelada, como un castigo invisible que no tenía palabras, solo ausencia.

Me giré de lado, dándole la espalda, y abracé mis rodillas contra el pecho. El frío se colaba incluso bajo la manta, y sabía, con dolorosa claridad, que él también estaba despierto. El silencio entre nosotros no era el de quienes duermen. Era el de quienes se niegan.

Las horas se arrastraban. El viento silbaba afuera, rozando los cristales de la ventana, y los crujidos de la madera de la casa parecían suspiros contenidos, lamentos atrapados.

No pude dormir. No por miedo al bosque, sino porque el verdadero peligro estaba a mi lado y no me tocaba.

Mi mente vagaba por los peores lugares, llenando los espacios vacíos con recuerdos, con dudas, con los restos de lo que no se había dicho.

¿Será que ahora me despreciaba?

¿Era esa su forma de decirme que rompí algo entre nosotros que no se podía arreglar?

La sábana entre nosotros parecía una barrera física, una trinchera cavada en silencio.

Podía extender mi mano y tocarlo. Bastaría un movimiento, una petición susurrada, una rendición completa. Sin embargo, algo dentro de mí también se endurecía, alimentado por su ausencia.

Entonces me cerré como una flor aplastada por el invierno, retraída, protegiendo lo que quedaba de mí misma bajo capas de

miedo y orgullo.

No respondí a las notificaciones que vibraban débilmente en mi celular, olvidado en la cómoda. Mensajes de mi madre, de mi padre y de una vida que parecía cada vez más lejana.

No me moví para tocar a León. Ni busqué su piel. Solo me sumergí en el silencio como quien se hunde en su propia desesperación, sabiendo que, con cada hora que pasaba, el agujero entre nosotros se hacía más profundo, más frío, más insuperable... y él se quedó así.

León permaneció inmóvil, impasible, como si no hubiera nada más que salvar entre nosotros.

Como si, de alguna manera perversa, ese fuera el castigo final que él sabía que yo nunca soportaría: no el miedo, no el dolor, sino el vacío.

El abandono silencioso de su presencia.

En aquella cama helada, rodeada por el bosque y por el peso insoportable de todo lo que nunca se diría, comprendí que, a veces, la peor prisión es la que construimos con nuestras propias manos y le entregamos la llave a quien menos debería llevarla.



Capítulo 34

La oscuridad del bosque se hacía más densa cada madrugada, como si el tiempo mismo se negara a pasar. Los días se confundían con las noches, y la casa, envuelta por los árboles y el silencio, comenzaba a sofocarse desde dentro. Las paredes crujían como huesos antiguos, y el viento, que antes era solo sonido, había pasado a susurrar secretos que yo no quería oír.

León seguía durmiendo a mi lado, noche tras noche, como un cuerpo inmóvil esculpido en piedra. Respiraba con la misma cadencia silenciosa de siempre, pero era un silencio cruel, calculado, que me arrancaba capas sin decir una palabra. Había algo en la forma en que se negaba a tocar mi cuerpo. No era desinterés, era decisión, y eso me destruía poco a poco.

Ya no podía soportar el peso de la sábana entre nosotros. No me alejaba con palabras, sino con su ausencia. Con la negación del tacto, de la mirada, de la voz...

Lo sentía despierto, tan despierto como yo, fingiendo dormir con la misma perfección con la que fingía no sentir mi dolor.

¿Y yo? Yo me desintegraba en silencio.

Esa noche, cuando empezó a llover afuera, tamborileando en el techo como dedos nerviosos, algo dentro de mí se quebró.

Levanté los ojos hacia el techo oscuro, con las manos apretadas contra el pecho. Me dolía el corazón, no por algo que él hubiera hecho, sino por lo que se negaba a hacer. Cada segundo que pasaba sin él, sin su peso, sin su piel, era como estar abandonada en una habitación llena.

Me di la vuelta, deslizando las rodillas bajo la sábana y girando el cuerpo hacia el suyo.

León no se movió.

Extendí la mano lentamente, posando los dedos sobre su hombro desnudo. Su piel estaba caliente, viva, tan cerca y, sin embargo, parecía inalcanzable. Sentí que respiraba más profundamente, contrayéndose ligeramente bajo mis dedos. Estaba despierto. Siempre lo había estado.

—León... —susurré, con la voz ronca y seca como tierra reseca—. Por favor.

No respondió.

Me acerqué más, apoyando la frente en su espalda. Cerré los ojos, buscando en su olor lo que quedaba de la seguridad que antes encontraba con facilidad, pero que en ese momento era súplica.

—No puedo más —confesé, con el mentón temblando—. Ignórame, castígame, enciérrame... pero, por favor, no me niegues esto. No me niegues tu...

Mis dedos bajaron por la línea de sus costillas, desesperados por ser rechazados o aceptados, pero él aún no se movía.

Su silencio era como un muro y yo me estrellé contra él con todas mis fuerzas.

—Te lo suplico. —Mi voz falló, en un sonido desnudo como el de alguien que ya no sabía si pertenecía a sí misma o al hombre que dormía inmóvil como una piedra, como el hielo—. Tócame —le

supliqué—. Aunque sea por última vez. Aunque solo sea para recordarme que aún existo.

Las palabras me salieron como fragmentos, pero eran sinceras. Entonces, por fin, él respiró hondo y se giró.

La mirada que me lanzó en la penumbra no era de ira. Era de hambre, de contención excesiva y de un hombre al borde de un precipicio emocional que él mismo había cavado.

Sus manos se levantaron hasta mi rostro, tocaron mi piel con una ternura que me desarmó más que cualquier brutalidad que hubiéramos compartido.

Su pulgar recorrió mi mejilla, rozando las lágrimas que ni siquiera había notado que caían.

—Quieres que te toque —dijo en voz baja, con la voz cargada de sombras—. Pero no sabes lo que estás pidiendo.

—Lo sé —respondí—. Quiero que me poseas.

—No —murmuró, más para sí mismo—. Tú quieres que te salve.

Entonces, sus labios tocaron los míos. No como antes. No con hambre. Sino con rabia contenida, con dolor, con todo lo que se había callado. En ese beso, sentí el principio del fin de todo lo que había entre nosotros. O tal vez, el comienzo de lo que finalmente quedaría.

El beso de León sabía a silencio roto, a rabia contenida, a todo lo que se había prohibido sentir durante demasiado tiempo. Sus labios presionaban los míos con fuerza, pero sin brutalidad. Era un beso que me callaba y me consumía al mismo tiempo, como si, a través de él, me hiciera entender que había un precio por cada petición hecha en voz baja. Pero yo estaba dispuesta a pagarlo todo.

Cuando su mano se deslizó de mi mejilla a la nuca, tirando de mi cabello con firmeza, sentí que mi cuerpo se tensaba de inmediato, como si cada célula reconociera ese lenguaje. León no me guiaba con palabras. Él mandaba con el tacto, con la intención, con la ausencia de dudas.

La otra mano recorrió mi espalda hasta la curva de mis caderas, bajando bajo la tela de la fina camisola que llevaba, encontrando mi piel como si ya fuera suya, como si nunca hubiera dejado de serlo.

Me acostó en el colchón con un movimiento rápido, sin apartar los ojos de mí, y se arrodilló entre mis piernas. Con una expresión tensa, concentrada, cargada de algo que no sabía si era dolor, nostalgia o furia. Quizá todo eso a la vez.

—Tú lo has pedido —dijo con voz ronca, grave, casi en tono de advertencia—. Entonces lo tendrás.

—Lo quiero —respondí, casi sin aliento—. Lo quiero todo.

Me subió la camiseta con firmeza, dejando mi cuerpo al descubierto en la penumbra de la habitación. Sus ojos recorrieron mis curvas como si memorizaran detalles que ya conocían, pero que, en ese momento, redescubrían con urgente necesidad. Se agachó y besó la piel entre mis tetas, subiendo hasta el cuello con la boca caliente, rozando ligeramente los dientes, marcándome y dominándome con cada caricia.

Sus manos sujetaron mis muñecas contra el colchón, apretando con la fuerza suficiente para recordarme quién tenía el control y dejarme completamente vulnerable, expuesta, rendida.

—Quédate quieta —ordenó en mi oído—. No me quites los ojos de encima.

Obedecí. No por sumisión ciega, sino porque algo dentro de mí siempre supo que ese momento llegaría. Una parte oscura y hambrienta había presagido y deseado el instante en que él, finalmente, rompería sus propias reglas. Y cuando sus manos me alcanzaron, cuando su toque incendiario invadió mi piel una vez más, fue como si mi cuerpo reconociera lo inevitable incluso antes de que mi mente lo admitiera. Su furia me resultaba familiar, un fuego que ya me había consumido antes, y yo, tonta, seguía ofreciéndome como leña.

Bajó por mi cuerpo como un hombre en éxtasis, pero no había devoción en sus labios... solo posesión. Su boca era cálida y

despiadada y su lengua un instrumento de tortura deliberada, explorando cada curva, cada depresión, como si quisiera memorizar el sabor de mi piel antes de destruirla. Cuando llegó a mi vulva, no hubo piedad, ningún momento dulce de preparación. Sus dedos me abrieron con una firmeza que rayaba en la crueldad, y entonces su lengua encontró mi clítoris... lamiendo, mordisqueando y devorando.

Era un placer bruto, sin matices, sin espacio para sutilezas. Cada uno de sus movimientos estaba calculado para llevarme al límite, pero nunca más allá. Mi cuerpo reaccionaba contra mi propia voluntad: mis caderas se levantaban, tratando de escapar, tratando de profundizar el contacto, pero sus manos, grandes e implacables, me obligaban a quedarme quieta. Me sujetaba con una fuerza que dejaría marcas, clavando los dedos en la carne de mis caderas, mientras su boca trabajaba en mí con una precisión devastadora.

—No acabes todavía. —Su voz era un rugido ahogado contra mi piel, vibrando en el lugar más sensible de mi cuerpo, haciéndome estremecer—. Esto todavía no es para ti.

Me mordí los labios hasta sentir el sabor metálico de la sangre. Mis puños se cerraron a los lados de mi cuerpo, clavándome las uñas en las palmas. No me daba tregua. Su lengua circulaba, presionaba, chupaba, mientras sus dedos... dos, luego tres, entraban en mí con un ritmo tortuoso. Al principio despacio, como si quisiera sentir cada centímetro de resistencia, cada contracción involuntaria de mi cuerpo. Luego más rápido, más fuerte, hasta que ya no pude controlarme. Mis músculos temblaban, mi arco se formaba bajo sus manos y me veía arqueándome como un animal acorralado, suplicando sin palabras, con los ojos oscuros de deseo y sumisión.

Él lo sabía. *Claro que lo sabía.* Aun así, continuó.

Se subió de nuevo encima mío, colocándose entre mis piernas, quitándose los pantalones con prisa controlada, como si no pudiera soportar más la demora, pero aún quisiera hacerme esperar.

—Dime de quién es esta vaginita —susurró, sujetándome las caderas con posesión deliberada.

—Tuya —gemí. —¡Es tuya! Siempre lo ha sido.

—Entonces, pídemelo —dijo, rozando el glande en mi entrada —. Pídeme que te la meta como si fuera la última vez.

—Métemela, León. Métemela hasta que me olvide de lo que no quieres contarme. Métemela hasta que no necesite nada más que a ti. —Mi voz sonó ronca, casi a punto de romperse, pero sus ojos no vacilaron. Había algo salvaje en esa mirada que me hizo temblar incluso antes de que él se moviera.

No dudó.

Con un movimiento brusco, me giró boca abajo, presionando mi cara contra la sábana mientras sus manos agarraban mis caderas, levantándome hasta que quedé completamente expuesta, completamente suya.

—Tú lo has pedido.

Entonces, entró de un solo golpe. Firme, profundo y cruel.

Mi cuerpo se arqueó violentamente y un gemido ronco se me escapó entre mis dientes apretados. León no me dio tiempo para adaptarme, no me dio espacio para respirar, solo comenzó a moverse con un ritmo implacable y cada embestida estaba calculada para dejarme sin aliento, sin pensamiento, sin nada más que la sensación de él llenándome, dominándome, poseyéndome.

—No cierres los ojos. —Su voz era una orden, áspera y llena de autoridad.

Obedecí, forzando mis párpados a abrirse, incluso cuando el placer amenazaba con cegarme.

Sus manos encontraron mi cuello, cerrando los dedos lentamente, sofocándome sin prisa, sin desesperación... solo con control. El apretón era lo suficientemente firme como para nublarme la vista, para hacer que la sangre latiera en mis oídos, pero no lo suficiente como para derribarme.

No todavía...

—Eres mía... Solo mía.

Luego, me apretó más.

Mi cuerpo reaccionó al instante, con los músculos contraídos y las piernas temblando, mientras el placer y el pánico se mezclaban en una sola corriente eléctrica. Estaba a su merced, completamente, y León lo sabía. Sabía que no iba a huir, que no quería huir.

Aumentó el ritmo y las embestidas se volvieron más brutales, más profundas, como si quisiera alcanzar algo dentro de mí que ni yo misma conocía. Con cada movimiento, su mano en mi cuello alternaba entre la presión y el alivio, manteniéndome en ese limbo entre la asfixia y el éxtasis.

—¿Quieres un orgasmo?

No podía responder. No con palabras. Sin embargo, León vio la respuesta en mis ojos, en la forma en que mi cuerpo se retorcía, en la manera en que mis manos se aferraban a las sábanas, como si fueran lo único que me impedía caer al abismo.

—Espera.

Y esperé.

Cuando finalmente me lo permitió, cuando sus dedos se aflojaron y su ritmo se volvió frenético y descontrolado. El orgasmo me golpeó y grité su nombre como un mantra, como una oración, como si fuera la única verdad que me quedaba.

Él no gimió. No suspiró. Solo se hundió en mí hasta el final, con su cuerpo temblando contra el mío, sus dientes clavados en mi hombro, marcándome de una forma que llevaría conmigo durante días.

Luego... hubo silencio.

Él no se movió. No habló. Solo se quedó allí, encima mío, dentro mío, con su respiración pesada contra mi nuca y su peso anclándome a la realidad.

No me moví. Porque esa noche no era un rehén, no era una mujer, no era una sombra. Era su deseo más sucio. La petición que no pudo ignorar y la ruina que no supo evitar.



Capítulo 35

El bosque no dormía.

Incluso en el silencio más profundo de la madrugada, siempre había algo moviéndose ahí fuera. El crujir de las ramas secas, el roce de las hojas contra los cristales, el susurro grave del viento cosiendo los árboles como dedos invisibles que murmuraban secretos indescifrables.

Dentro de la casa, el sonido del mundo parecía deformarse.

No había televisión. Ni radio. Ni ciudad al fondo. Solo yo... y eso.

La primera vez fue solo un sonido débil, como una respiración ahogada, que venía del pasillo mientras me lavaba la cara en el baño. El espejo, aún empañado por el vapor del agua caliente, reflejaba mi cuerpo, pero detrás mío...

Vi una silueta.

Un movimiento leve. Demasiado rápido para tener forma. Demasiado lento para ser olvidado.

Giré la cara bruscamente, sintiendo cómo el corazón me latía con fuerza contra las costillas.

¡Nada!

Solo la puerta entreabierta y el pasillo sumido en la penumbra.

La madera crujía con el frío. Los peldaños de la escalera chirriaban solos, como si alguien acabara de pisarlos. Sin embargo, yo sabía que no había nadie.

O tal vez... sabía que sí.

Esa noche, León dormía. O fingía hacerlo. Su cuerpo pesaba sobre las sábanas a mi lado, su respiración era rítmica y su rostro estaba girado hacia la pared. Me acosté a su lado sin decir nada, pero mis ojos permanecieron abiertos, fijos en el techo oscuro que parecía inclinarse sobre mí. Fue allí, en ese estado entre el sueño y la vigilia que precede al pánico, donde escuché la voz por primera vez. Susurrada. Casi una risa. Casi un llanto.

—Te va a destrozar... igual que a mí...

Me senté de un salto, sintiendo que me faltaba el aire, y con el cuello caliente por el miedo.

La casa estaba en silencio. León ni siquiera se movió. Y el sonido... había desaparecido.

Al día siguiente, intenté fingir que no me acordaba.

Hice café. Limpié los pedazos de un vaso que juré haber visto caer solo de la mesada. Mantuve la mirada baja, pero cada vez que cruzaba un espejo, sentía que algo se movía en el fondo. Una sombra donde no había luz. Un reflejo que no seguía mis movimientos.

Fue en el balcón donde la vi por primera vez... o creí verla.

Estaba arreglando los cojines de la silla de madera cuando sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Era el final de la tarde, cuando la luz del sol se filtraba entre las ramas altas. Miré instintivamente hacia el borde del bosque y allí, entre los troncos lejanos, había una silueta. Delgada, estática... observándome.

Parpadeé y desapareció... pero el frío permaneció.

Volví temblando al interior, tratando de racionalizar.

León no estaba en casa.

Estaba sola. Y, al mismo tiempo, no lo estaba.

Empecé a moverme de habitación en habitación con pasos silenciosos, como si la casa pudiera oír mis pensamientos. Cerraba las puertas con más fuerza de la necesaria. Evitaba el espejo del pasillo. Dormía con la luz del baño encendida.

Pero nada de eso impidió lo que vendría después.

En la tercera madrugada, me desperté con el sonido de la puerta principal al abrirse. No fue un estruendo, solo un ligero clic. Como si alguien supiera exactamente cómo no hacer ruido.

Me senté en la cama con el corazón acelerado y los ojos tratando de adaptarse a la oscuridad. La sábana estaba fría a mi lado. León no estaba allí y, desde algún lugar de la casa, llegó una voz: baja y ronca. Íntimamente familiar.

—Crees que te quiere... pero solo quiere lo que puede controlar...

Me levanté tambaleante, con las piernas temblorosas y la garganta demasiado seca para gritar.

La casa parecía respirar conmigo. O contra mí.

Fui al pasillo y apoyé la espalda contra la pared, como si pudiera protegerme. Miré hacia la escalera. Nada... Sin embargo, la sensación de estar siendo observada me rodeaba como un velo sofocante.

Allí, en el borde de la barandilla, vi una mano. Solo por un segundo. Delgada. Pálida... y luego... el vacío.

Bajé los escalones casi sin sentir los pies, con las manos temblorosas y los ojos muy abiertos, tratando de capturar una sombra, una presencia o un nombre. Sin embargo, no encontré a nadie.

La puerta estaba cerrada con llave, la casa estaba cerrada y, aun así, lo sabía: ella estaba allí dentro conmigo.

O tal vez... ya estaba dentro de mí.

El miedo dejó de ser una sensación difusa para convertirse en materia. Estaba en el aire que respiraba. En el suelo, que crujía de forma diferente. En el espejo, que parecía reflejar algo más allá de mí. En los ojos de León. Aunque él no dijera nada, yo lo veía. En la forma en que sus hombros permanecían tensos todo el tiempo, en las pocas horas de descanso y en la forma en que caminaba por la casa en absoluto silencio, sin avisar, como si esperara que algo, o alguien, se revelara al doblar un pasillo.

La tercera noche, sin descanso, vi el arma por primera vez.

No estaba escondida. Estaba sobre la mesita de noche, junto a la lámpara y el reloj. Su presencia en la habitación era más estruendosa que cualquier grito.

León no me miró cuando me di cuenta. Estaba sentado en el borde de la cama, con los codos apoyados en los muslos, la cabeza gacha y los dedos entrelazados como si estuviera controlando su autocontrol.

Un arma...

Una respuesta muda a todo lo que no quería decir.

—¿Qué has visto? —pregunté, sintiendo que mi voz temblaba.

No respondió de inmediato.

Solo se levantó, agarró el abrigo y se dirigió al balcón.

Lo seguí sin pedir permiso.

La noche fuera era húmeda y espesa. La niebla cubría el bosque como un manto sucio, distorsionando los contornos de los árboles.

León encendió un cigarrillo. Algo que nunca le había visto hacer hasta ese momento. El olor del humo se mezcló con el frío, el miedo y la tensión que se respiraba entre nosotros.

—Alguien forzó la puerta trasera —dijo, sin mirarme—. Había huellas en el barro. No eran mías. Ni tuyas.

El cigarrillo se consumía lentamente entre sus dedos, y podría jurar que temblaba ligeramente, pero no era por el frío. Era por la certeza. Por la constatación de que, por primera vez, él no controlaba lo que estaba entrando en nuestra historia.

Volví adentro y cerré todas las puertas con llave. Tres veces. Revisé las ventanas, las cerraduras, hasta la caja de fusibles. Aun así, durante la madrugada, cuando el viento golpeó con fuerza el costado de la casa, un sonido metálico resonó desde el sótano.

Como si algo se hubiera caído. O movido.

León se levantó con la rapidez de un animal entrenado para la guerra, tomó el arma y bajó los escalones en silencio.

Yo lo seguí, sintiendo que el corazón me latía con fuerza en el pecho.

El sótano estaba oscuro, húmedo, cargado de olor a moho y madera vieja.

La lámpara titiló cuando la encendió.

Habían volcado las cajas. Algunas estaban apiladas con más cuidado que antes.

—¿Has tocado algo de aquí? —preguntó, sin apartar la mirada del suelo.

—No —respondí con firmeza.

Él me creyó.

Después de eso, León empezó a dormir con el arma al alcance de la mano. Ya no la dejaba sobre la mesita de noche, sino que la colocaba debajo de la almohada.

Su peso moldeaba incluso la forma en que se acostaba, cómo me abrazaba por la noche, cómo respiraba y, entre nosotros dos, en el espacio oscuro de la cama, había algo que no era solo silencio. Era el miedo a que el pasado hubiera vuelto y que, esta vez, no fuera solo para observarnos.



Capítulo 36

El frío de la mañana se colaba por debajo de la puerta de la cocina, trayendo consigo el olor húmedo del bosque empapado. Era el tipo de día que traía consigo una opresión silenciosa; como si el mundo exterior supiera que algo se acercaba y decidiera susurrar esa advertencia a través de las hojas que se arrastraban por el suelo, de los pájaros que no cantaban o del cielo que amanecía sin color.

Estaba sentada frente al fregadero, con la taza de té enfriándose entre mis manos, cuando me invadió la náusea. No fue violenta ni repentina. Fue un mareo lento y tibio que subió desde la base del estómago como humo y se instaló en la garganta, junto con la sensación de que algo andaba mal, no fuera de mí, sino dentro.

Cerré los ojos por un instante, tratando de respirar profundamente. Podría ser la comida de la noche anterior o el nerviosismo, el cansancio acumulado, el miedo... el miedo constante y opresivo a todo lo que respiraba en esa casa. Sin embargo, las

náuseas volvieron a la mañana siguiente. Y a la otra. La misma presión en los pechos, junto con un ligero mareo al subir las escaleras y una sensibilidad absurda a los olores: la piel del sofá, el jabón de la ropa, el aliento amargo del café de León, que antes era parte de mi comodidad y ahora me provocaba un repulsión repentina.

Luego vino el retraso.

Dos días.

Luego tres.

Luego cinco.

Y con él, el pensamiento... *Embarazada.*

La palabra atravesó mi cuerpo como una cuchilla sin filo. Sentí su peso en los hombros, en el estómago y en las manos, que comenzaron a temblar sobre el lavabo.

¿Embarazada? No. ¡Imposible! O... no tanto.

Recordé cada vez que León me la metió sin preguntar, sin protección, sin pausa. Recordé las noches en las que ni siquiera recordaba si había dormido o me había desmayado después. Recordé los orgasmos que llegaban entre el miedo y el éxtasis, los momentos en los que todo lo que existía era él dentro de mí y el mundo exterior derrumbándose en silencio.

Pero también recordé mi propio cuerpo. Lo que me decía. Lo que intentaba gritar entre los susurros del bosque y el silencio armado de la casa.

Me senté en el suelo de la cocina, con la espalda apoyada contra el armario, y abracé mis rodillas contra el pecho. No lloré ni hablé. Solo me quedé allí, con la cabeza llena de posibilidades y sin valor para confirmarlas.

Porque, si fuera cierto, todo cambiaría.

Y si solo fuera tensión... seguiría atrapada en un cuerpo que me castigaba cada día que intentaba sobrevivir. En un cuerpo que tal vez ya no era solo mío.



La lluvia volvió a caer a media tarde, fina y constante, arrastrando las sombras del bosque contra los cristales de la casa como dedos largos que nunca dejaban de buscar. El sonido era rítmico, hipnótico, y hacía que cada habitación resonara como si estuviera viva. El calor de la chimenea apenas vencía el frío que se acumulaba dentro de mí.

Estaba doblando algunas prendas en el dormitorio cuando el crujido de una tabla suelta me llamó la atención.

En el rincón más oscuro, entre el armario antiguo y la pared, el sonido se repitió: seco, amortiguado... La madera parecía respirar allí.

Me acerqué sin prisa, con pasos cuidadosos, como si no quisiera que la casa se diera cuenta de que estaba registrando sus huesos.

El suelo era irregular. Una de las tablas, manchada por el tiempo, crujía de forma diferente a las demás. Me arrodillé y recorrí con los dedos el contorno de la madera hasta encontrar un punto en el que cedía con facilidad. Levanté la pieza con esfuerzo, dejando al descubierto una cavidad oscura y poco profunda, cubierta por un espeso polvo y telarañas apenas rotas.

Allí dentro, un montón de cosas dormían en el antiguo silencio de la casa.

Fotos en blanco y negro, algunas ya amarillentas y con los bordes doblados, mostraban rostros que no reconocí, pero el escenario de fondo era el mismo que el del porche en el que me sentaba todos los días. El mismo bosque alrededor. El mismo marco sombrío.

En una de las imágenes, había una mujer de espaldas, desnuda hasta la cintura, con el cabello oscuro cayéndole hasta la

cintura.

León aparecía detrás de ella. Más joven, pero con la misma mirada intensa y el mismo aire posesivo en la forma en que la sostenía.

Junto a las fotos había un pequeño cuaderno de tapa descolorida, parcialmente mojado, con páginas arrancadas.

Era un diario. O lo que quedaba de él.

Las frases eran fragmentadas, desordenadas, como si hubieran sido escritas con desesperación, en lapsos de cordura.

"Dice que me quiere, pero cierra la puerta por dentro".

"Hoy ha llorado. Pero no me ha pedido perdón".

"Ya no sé qué es verdad. Dice que me protege. Me despierto con marcas".

"Ella llegará algún día. Y cuando llegue, él le hará lo mismo que me ha hecho a mí".

Me temblaban los dedos. Me hormigueaba la piel de la nuca. Las letras, torcidas y a veces tachadas, parecían latir bajo mis ojos. La caligrafía era femenina, vacilante, pero en algunos pasajes se volvía furiosa, urgente... como un grito.

Junto al diario había cartas dobladas en pequeños trozos, pegadas unas a otras por el tiempo y la humedad. Algunas estaban escritas a mano. Otras, mecanografiadas, como si se tratara de un intento de formalizar una disculpa o un nuevo comienzo.

Todas estaban dirigidas a León.

Ninguna había sido enviada.

Cuando me di cuenta, estaba sentada en el suelo, rodeada por los restos de una historia que no era mía, pero de la que parecía formar parte... como una repetición. Un eco.

Volví a mirar las fotos.

El rostro de él, joven, sonriendo de lado. La forma en que miraba a esa mujer. El inquietante parecido entre ella y yo. La sensación de que no era solo una coincidencia, sino un patrón, un ciclo.

Cerré el diario con manos temblorosas. El suelo de madera parecía más frío. La casa, más silenciosa.

León estaba fuera, cortando leña o fingiendo que nada de lo que estábamos viviendo estaba a punto de implosionar.

Yo allí, en la oscuridad, con su pasado en mis manos y el futuro latiendo en mi vientre... o tal vez solo la ilusión de él. Sin embargo, en ese momento, todo lo que sabía era que alguien había vivido allí antes que yo y no había sobrevivido. No del todo. *Quizá ni siquiera estuviera viva...*

León volvería pronto.

Con leña en los brazos o silencio en los ojos. Y yo ya no sabía qué vería en él. Al hombre que me decía que me estaba protegiendo. O al mismo que, antes que a mí, ató, escondió, manipuló.

La verdad no era completa. Pero era suficiente para hacerme comprender que, aunque estuviera embarazada, aunque estuviera enamorada, aunque él dijera que conmigo era diferente... no tenía forma de saber dónde terminaba el protector y comenzaba el depredador... pero ya era demasiado tarde para huir.



Capítulo 37

La noche llegó con más silencio de lo habitual. El bosque parecía contener su propio sonido, como si esperara algo. El viento no golpeaba las ventanas y ningún animal se manifestaba. Era como si todo alrededor de la casa hubiera contenido la respiración... y yo también.

Estaba en mi habitación, tratando de mantener el cuerpo inmóvil sobre las frías sábanas, con las manos cerradas bajo la almohada y el diario enterrado de nuevo en el suelo.

Sabía que no era suficiente, que León se daría cuenta... porque él siempre lo sabía.

Aun así, deseé que, por una noche, fuera ciego al cambio en mi mirada.

Abrió la puerta sin prisa. León entró como si se deslizara por el suelo, con los hombros rígidos y la mandíbula apretada. Cerró la puerta con un chasquido contenido y se quedó mirándome.

—¿Dónde está? —La pregunta fue seca. El tipo de frase que no deja lugar a mentiras.

Aun así, lo intenté.

—¿Qué? —Mi voz apenas salió.

—Lo que has encontrado —dijo él, sin alterar el tono—. Porque lo has tocado.

Di un paso atrás, sin darme cuenta, como si eso pudiera borrar la evidencia que llevaba en el cuerpo.

—No sé de qué estás hablando.

—No me mientas, Ángela. —Dio un paso adelante, con los ojos oscuros brillando de ira—. Te dejé demasiado libre y ahora estás intentando despedazarme con cosas que no entiendes.

—Entonces házmelo entender —repliqué, sintiendo la ira hervir junto con el miedo—. Dime quién era ella. ¿Qué le hiciste? ¿Qué vas a hacer conmigo?

El silencio que siguió fue más aterrador que cualquier grito.

Se acercó de golpe, agarrándome del brazo con una firmeza que me recordó su fuerza. El apretón que decía: *no escaparás, ni de la verdad ni de mí.*

—Te lo di todo. —Su voz no era alta, pero cada sílaba temblaba de tensión—. Te protegí. Te mantuve viva. Hice que te sintieras segura incluso cuando todo en ti quería huir.

—¿Me protegiste de qué, León? ¿De mí? ¿De ella? ¿De ti?

De repente, me soltó, como si yo le quemara.

Se dio la vuelta, se pasó la mano por el pelo, se acercó a la ventana y luego volvió, como un animal atrapado en su propio territorio, en busca de algo que no sabía cómo contener.

Su ira no era teatral.

—No entiendes lo que era ella —gruñó—. No era como tú. No quería que la cuidaran. Quería poseerme. Quería destruirme...

—¿Y por eso la encerraste? —escupí—. ¿Hiciste lo que estás haciendo conmigo?

Se acercó a mí rápidamente, deteniéndose con la cara a pocos centímetros de la mía, con la respiración entrecortada.

—Yo no te encerré, Ángela. Entraste, te arrodillaste, me suplicaste y ahora ¿vienes a juzgarme?

Las palabras me golpearon como latigazos y me dolían, porque tenían razón y a la vez no la tenían.

Me ardían los ojos, pero no lloré. No en ese momento. Porque todo lo que había allí, entre nosotros, ya era una herida abierta.

—Entonces dime. ¿Qué vas a hacer conmigo ahora?

—Debería encerrarte en ese sótano hasta que olvidaras todo lo que has visto —murmuró, y no había ironía en su voz. Había deseo. Había miedo—. Pero no lo haré —continuó, con los ojos clavados en los míos—. Porque, aun así... seguirías mirándome como me miras ahora. Con asco. Con lástima...

—No es lástima —susurré—. Es horror... y también es amor. Porque todavía me tocas como si me amaras, pero sigues mirándome como si quisieras destruirme.

Apoyó la frente en la mía, cerrando los ojos con la respiración acelerada. En ese gesto frágil, sentí que algo temblaba.

Pero cuando volvió a hablar, su voz era puro veneno:

—Deberías haber dejado todo como estaba, Ángela. Ahora ya no hay vuelta atrás. Ni para mí. Ni para ti.

El aire dentro de la habitación parecía haberse vuelto demasiado denso para respirar. Todavía se percibía el olor de la lluvia impregnado en la madera, mezclado con el sudor y el polvo levantado por la ira. Las ventanas temblaban ligeramente con el viento, pero todo allí dentro permanecía en suspenso. León no se había alejado después de sus últimas palabras, seguía demasiado cerca, demasiado caliente, demasiado intenso... ¿Y yo? Yo no me movía. No por miedo. Sino porque reconocía esa mirada. Ese antiguo apetito que siempre precedía a su destrucción.

León me giró sin previo aviso, empujándome contra la pared con su cuerpo firme. La madera fría en mi espalda contrastaba con el calor que irradiaba, como si su pecho en llamas pudiera consumirme. Sus manos, crudas y exigentes, subieron por mi cintura

como si quisieran hacerme daño, como si buscaran arrancarme el silencio que había guardado.

Cuando me besó, no hubo ternura. Era un castigo. Era desesperación con sabor a metal y saliva caliente.

Sus dientes me arañaron el labio inferior y gemí, no de dolor, sino del recuerdo de lo que habíamos sido y de lo que, tal vez, aún éramos.

La ropa salió a toda prisa. No había lugar para la vanidad, ni para el cuidado. Él tiraba, arrancaba, desnudaba como quien desgarra una duda con las manos. Me dejé llevar, con los ojos clavados en los suyos y el cuerpo ardiendo de rabia, de nostalgia y de contradicción.

León me dio la espalda y me dobló sobre la cama con una brutalidad calculada. Sus manos me sujetaban con fuerza por las caderas, como si, al mantenerme allí, pudiera contener todo lo que se escapaba... la otra mujer, el pasado, el error, el miedo a que yo también me fuera.

—No pienses —murmuró con voz ronca—. No hables. Solo siente.

—Sí, te siento —respondí entre dientes—. Siento que me arrastras junto con todo.

Entonces me penetró. Con firmeza. Profundamente. Sin pausa. Como si quisiera enterrarse en mí hasta que el mundo exterior dejara de existir.

El dolor llegó primero, pero era un dolor conocido... que yo deseaba. Porque con él también llegaba el alivio.

Me poseía con fuerza, con un ritmo implacable, golpeando mis caderas contra las suyas como acero contra carne viva. Sus dedos bajaron por mi espalda, arañaron, apretaron, buscaron cada centímetro como si estuvieran tatuando su presencia allí. Me aferraba a las sábanas, con la cabeza gacha y los ojos llorosos. Eso era lo que quedaba entre nosotros: el cuerpo, la fuerza y la explosión donde las palabras fallaban.

—Eres mía —gruñó, intensificando los movimientos, más rápidos, más desesperados—. Siempre lo has sido.

—Entonces méteme la verga —susurré—. Pero no para callarme. Méteme la verga para que no olvide que todavía soy tuya.

Sus manos se posaron en mi garganta, sujetándola con firmeza, lo suficiente para hacerme sentir, para retenerme allí, sin hacerme daño. El peso del gesto me hizo estremecer por dentro. La presión. El ritmo. Sus sonidos. Todo se mezclaba en una orquesta de caos íntimo.

Lloré y tuve mi orgasmo con las piernas temblando y el alma destrozada.

Porque, en medio de la salvajada, lo sentía todo y sabía que él también se estaba destruyendo allí.

Cuando me eyaculó, fue con un grito ahogado entre los dientes, con las manos enterradas en mis caderas y desplomándose sobre mí.

León se quedó allí, sin decir nada ni apartarse.

Jadeando como quien ha huido de su propia sombra y aún así no ha conseguido escapar.

Yo, acostada de lado, con los ojos fijos en el techo agrietado, lo supe. Quizá estábamos intentando curarnos o quizás solo estábamos matándonos lentamente. Pero al menos... juntos.



Capítulo 38

La casa estaba en silencio, con una obediencia aterradora, cada mueble en su sitio, cada puerta cerrada y cada sombra descansando exactamente donde debía estar. Sin embargo, dentro de mí, nada encajaba. Había un antiguo murmullo creciendo detrás de mis costillas, como una ola que se forma incluso antes de que el mar se dé cuenta de que se está agitando.

Bajé las escaleras con la respiración entrecortada, el cuerpo aún tembloroso por la noche anterior... por lo que León me había hecho, por lo que había permitido, por lo que había suplicado sin decir en voz alta. Mis pies descalzos sobre la madera parecían resonar demasiado, incluso cuando apenas tocaban el suelo.

No sabía si quería irme, solo sabía que no podía quedarme. No así, después de las palabras que él dijo, de los descubrimientos enterrados bajo el suelo de la habitación y de lo que crecía, invisible, dentro de mí.

La manija estaba fría como el metal de unas esposas. La giré lentamente, sintiendo cómo me temblaban los dedos. El pestillo hizo

un suave y discreto chasquido que, sin embargo, pareció atravesar las habitaciones.

Mi corazón se aceleró, intenté controlar la respiración y agarré la manija con fuerza, abriendo la puerta con cuidado, sintiendo el viento del bosque golpear mi rostro como una advertencia o una invitación. Sin embargo, antes de que pudiera dar el primer paso hacia afuera, sentí el peso, el sonido y la respiración detrás mío. Él estaba allí.

—Cierra la puerta, Ángela. —La voz de León sonó grave, baja y sin prisa, pero había en ella una rigidez que me helaba la sangre.

Me giré lentamente, como si la lentitud pudiera protegerme de lo que iba a encontrar.

Él estaba a pocos metros, sin camisa, con pantalones oscuros y el pelo revuelto.

Los ojos le ardían, no por la furia, sino por algo mucho peor: la decepción.

—Yo... solo quería aire —intenté.

Él inclinó la cabeza, como si me estuviera estudiando.

—Te estabas yendo.

El silencio que siguió me quemó la garganta. No pude negarlo ni confirmarlo.

—Pensé que quizá fuera más seguro estar afuera —susurré.

—¿En lugar de estar conmigo? —preguntó él, en voz aún más baja.

A pesar de saber lo que ya había visto, leído, sentido... dudé.

—A veces, sí.

León se acercó con pasos firmes, pero no me tocó.

Se detuvo frente a mí y, por un instante, pensé que me iba a gritar. Que iba a empujarme contra la pared, exigirme obediencia y arrastrarme de vuelta como había hecho antes.

Pero solo me miró.

—Te he dejado demasiado libre —murmuró—. Pensé que quizá... quizá querías quedarte por elección propia. No por miedo.

—Yo quería —respondí con voz entrecortada—. Pero hay cosas que no dices, León... cosas que me desesperan.

Él apartó la mirada, como si el suelo mismo le exigiera atención, y cuando volvió a hablar, su voz era otra, más profunda y grave. Casi un susurro entre heridas.

—Ella está viva.

La frase cayó entre nosotros como un cuerpo en el suelo.

Mi respiración se detuvo y se me erizaron los pelos de la nuca.

—¿Qué? —Mi garganta apenas pudo articular la palabra.

—La mujer que encontraste en el diario. En las cartas.

—¿Está... viva?

León asintió lentamente.

—Está cerca...

Di un paso atrás, como si el aire a mi alrededor se hubiera vuelto irrespirable.

—¿Por qué?

—Porque matar sería fácil. Pero vivir con lo que nos hemos hecho el uno al otro... eso es el verdadero castigo.

Hubo un largo silencio y él extendió la mano.

—Vuelve. Cierra la puerta. Antes de que se cierre por ti.

Me quedé allí, con el viento soplando en mi cabello, sintiendo la libertad a centímetros de mis pies... y el caos, esperándome en sus ojos.

Bajé la cabeza. Cerré la puerta y supe que la trampa no era la casa. Era él...

No hubo resistencia cuando me tomó la mano con esa autoridad silenciosa que siempre lo rodeaba. Sus dedos se cerraron alrededor de los míos como esposas de piel y, por un instante, el

contacto fue más frío que el viento que se colaba por la puerta entreabierta. Caminamos de vuelta al salón con pasos arrastrados y un silencio palpitante entre nosotros: espeso, como si las paredes escucharan, como si los muebles respiraran y la propia casa comprendiera que algo había cambiado para siempre.

Él no soltó mi mano, se sentó lentamente en el sillón frente a la chimenea y me atrajo hacia él, hasta que me arrodillé entre sus piernas, con la cara levantada hacia él, como tantas otras veces. Pero esta vez no había deseo en ese gesto.

Sus ojos no se apartaron de los míos y el silencio se mantuvo: largo, agudo, con el sonido lejano de las hojas arrastradas por el viento en el exterior.

Entonces dijo:

—Está viva. Está cerca.

La frase sonó como una navaja arrastrada por dentro del estómago. No fue gritada. No estaba envuelta en ira. Llegó cruda, sin prisa, como una herida abierta que finalmente dejaba de sangrar solo porque ya no había más sangre que perder.

Mis manos se deslizaron de mi regazo. Las rodillas se me doblaron.

No era el miedo lo que me hacía temblar.

Era la imagen que se formaba detrás de mis ojos... ella. La mujer de las notas, de la sombra en los pasillos, del susurro que resonaba en las madrugada.

—¿Y la dejaste vivir? —pregunté, sintiendo que se me cerraba la garganta.

No respondió. Solo me miró con una carga que aún no comprendía. Una mezcla de culpa y determinación.

Una sombra antigua, como una habitación demasiado cerrada dentro de él que dejaba escapar el olor de lo que se había podrido en su interior.

—¿Por qué? —insistí, casi sin voz—. ¿Por qué sigue viva?

León se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, con las manos entrelazadas como quien reza por algo en lo que ya no cree. Tenía los ojos fijos en el suelo y, cuando habló, su voz era demasiado baja para resonar.

—Porque ella lleva consigo lo que yo hice, y en lo que se convirtió... es mi responsabilidad.

Cerré los ojos por un instante, tratando de asimilarlo. Pero nada tenía sentido.

—¿Estás diciendo... que ella anda libre?

Asintió, casi imperceptiblemente.

—Entonces, ¿por qué no te fuiste? ¿Por qué no desapareciste?

—Porque ella no quiere huir. Quiere que yo la vea.

—¿Qué?

León me miró y, por primera vez, vi miedo en sus ojos.

—Que ella todavía está dentro mío.

Me levanté lentamente, con todo el cuerpo en alerta. La habitación parecía más pequeña. Las paredes se curvaban a nuestro alrededor y no sabía si era la casa la que se encogía... o mi valentía.

—¿Y qué soy yo, León? —pregunté—. ¿Una sustituta? ¿Un experimento? ¿Una próxima víctima?

Se acercó y me tomó el rostro con una delicadeza enfermiza.

—No.

Su aliento era cálido y su frente tocó la mía.

—Eres lo que ella nunca fue.

—¿Qué?

—Eres capaz de retenerme sin necesidad de usar cadenas.

Mis manos descansaron sobre su pecho, sintiendo su corazón latir con fuerza bajo la piel.

Y por primera vez lo entendí: él me temía. No por lo que yo pudiera hacer, sino por lo que ya hacía, sin darme cuenta.

Esa percepción dolió más que cualquier verdad. Porque tal vez, incluso intentando huir... ya me había convertido exactamente en aquello de lo que él nunca había podido escapar.



La casa se había quedado en silencio otra vez, como si hubiera presenciado lo que había sucedido en la sala y contuviera la respiración, respetando el silencio posterior. León no subió conmigo. Se quedó en la sala, mirando la chimenea, como si el pasado aún ardiera entre las brasas. Subí lentamente, cada escalón tirando de mí hacia arriba con el peso de todo lo que llevaba.

En la habitación, las paredes parecían más cercanas. Las cortinas se balanceaban ligeramente, movidas por una brisa que no venía de la ventana, sino de adentro, del pecho, de la mente y del miedo.

Me acosté en silencio, sin encender la luz.

No porque no quisiera ver, sino porque ya sabía lo que iba a ver: nada fuera de lugar. Ningún indicio del caos que se había apoderado de mí.

La cama aún conservaba su olor en las sábanas, en los pliegues del colchón y en el aire viciado. Era el mismo olor que me tranquilizaba las primeras noches allí. Sin embargo, en ese momento, parecía observarme, como si supiera lo que temía admitir.

Me di la vuelta. Encogí las piernas. Mis manos se deslizaron por mi cuerpo hasta posarse sobre mi vientre, por instinto... y entonces lo sentí. No era un dolor, ni náuseas, sino un calor tenue. Un latido casi imperceptible.

Mis manos permanecieron allí, inmóviles. El pulgar acarició la piel como si pudiera traducir esa señal.

Ya no había dudas, algo allí dentro había cambiado. No era solo mi cuerpo, era el aire que me rodeaba y la forma en que

respiraba. Como si no respirara solo por mí.

Cerré los ojos, presionando el pecho contra la almohada, y sentí cómo las lágrimas corrían por mis mejillas sin esfuerzo.

No sabía lo que significaba, pero reconocía que no podía volver a ser quien era antes.

Dentro de mí, algo crecía, algo de él, algo nuestro o una trampa aún más profunda que cualquier cadena visible.

Por primera vez... temí por alguien más que por mí misma.



Capítulo 39

Me desperté con los brazos libres, la almohada a mi lado vacía y la luz de la lámpara derramando un tenue amarillo sobre las sábanas deshechas. Por primera vez, León no estaba allí para observar mi despertar. No había seda, ni arma. Solo el eco de lo que fuimos ayer y la duda de lo que seríamos en el presente.

Lo encontré en la sala, en silencio, frente a la chimenea ya apagada. Giró lentamente la cabeza al verme y sus ojos estaban diferentes. Había algo más que tensión. Había cansancio y una extraña ternura que dolía más que cualquier otra cosa.

—Siéntate aquí —me pidió en voz baja, como quien habla con un pájaro.

Obedecí.

El calor de su cuerpo me envolvió con un peso ligero. Su brazo pasó por mi espalda y me atrajo hasta que mi cabeza descansó contra su hombro desnudo. Nos quedamos así durante mucho tiempo, respirando juntos, como si fuera la única forma de mantenernos enteros.

—Te mentí cuando te dije que ella fue la primera —dijo por fin, con voz ronca y grave—. Antes de ella, hubo otra cosa. Un niño. Un incendio. Un error que no fue mío, pero que se convirtió en mío para siempre.

Me quedé inmóvil. Me faltó el aire.

—Fue un accidente, Ángela. Uno de esos que queman hasta lo que no es inflamable. Yo era solo un niño. Sobreviví, pero dejé gente allí dentro. Me dejé a mí mismo. Desde entonces, todo lo que hago es intentar salvar... incluso cuando eso se convierte en una prisión.

Dejé que el silencio llenara el ambiente mientras absorbía su confesión con cierta sorpresa, porque podría jurar que nunca abriría una rendija en su alma oscura para que entrara un poco de luz y se revelara ante mí...

—¿Y conmigo? —pregunté.

—Contigo... quería resistir. Pero entraste por una grieta.

Más silencio.

—No quiero volver a repetirlo —continuó—. Contigo será diferente.

Lo miré y León me sujetó la cara con cuidado. Sus dedos recorrieron la curva de mi mandíbula como si acariciaran algo que nunca debían romper.

Entonces, susurré:

—Creo que estoy embarazada.

León se quedó paralizado. Su pecho subía y bajaba más rápido. Por un momento, sus ojos perdieron el foco, como si hubiera vuelto al interior del incendio.

Entonces, tras el susto, algo en él cambió.

Me atrajo hacia él y posó su mano sobre mi vientre, con dedos indecisos. Finalmente, dijo con la voz más baja y devastadora que jamás había oído:

—Te protegeré: de todo, del mundo... de mí mismo.

Me acurruqué en sus brazos y dejé que esa promesa me envolviera, aunque nada pudiera asegurarme su veracidad.



Subimos al piso de arriba sin decir una palabra. La tensión había dado paso a algo más frágil, más peligroso... una necesidad de tocar, no con posesión, sino con ternura. De reconstruir con las manos lo que el dolor había intentado destruir.

En el baño, llenó la bañera con agua caliente y el vapor pronto se extendió como un velo entre nosotros. Vertió aceites en la superficie, y el aroma amaderado y dulce se mezcló con la humedad cálida del aire. Me desnudé lentamente y, cuando levanté la vista, él ya estaba dentro del agua, con los anchos hombros emergiendo como una roca entre la niebla, los ojos fijos en mí con un calor que no era prisa... era reverencia.

Abrió los brazos en una invitación muda y yo entré.

Me acomodé entre sus piernas, con la espalda pegada a su pecho y la piel erizada por el contacto.

Sus manos se acercaron lentamente, envueltas por el agua, deslizándose por mis brazos hasta mi vientre. Sus dedos acariciaron la línea debajo de mis pechos, mis caderas, la parte interna de mis muslos, con una calma que casi dolía.

Cuando hundió la cara en la curva de mi cuello y besó mi piel, cerré los ojos.

—Voy a hacer todo diferente contigo —susurró.

En ese instante, quise creerle.

Sus manos bajaron más. Entre mis piernas, me tocó con la punta de los dedos, primero suavemente, solo rozándome, luego con más firmeza, abriendo mi vulva con cuidado, explorando cada parte de mí con una precisión íntima, estudiada, como si quisiera volver a trazar un mapa de todo lo que era suyo.

Dejé escapar un gemido ahogado cuando su dedo medio se deslizó dentro, seguido de un segundo. Se movía con ritmo, despacio, como si estuviera preparando mi cuerpo para lo que vendría, pero también calmando mi espíritu.

Me arqueé contra él, buscando más. Y cuando sentí el glande rozar mi entrada, temblé.

León me sujetó las caderas con ambas manos y me guió hasta encajar. Entró despacio, tan despacio, que el aire escapó de mis pulmones en un gemido largo y entrecortado. El agua nos envolvía, caliente, resbaladiza, amortiguando los sonidos, pero no los sentimientos.

Cada movimiento era una petición muda. Cada embestida, una súplica.

Cada vez que se deslizaba dentro de mí, profundo y completo, era como si dijera: *quédate*... y yo me quedaba.

Mis manos se aferraron a los bordes de la bañera mientras me rendía a sus embestidas suaves pero firmes. Se movía con paciencia, con intención, con un tipo de cuidado que me desarmaba.

Nada era bruto ni apresurado.

Me envolvía por completo con su pecho en mi espalda, sus labios rozando mi hombro, sus caderas marcando mi ritmo con el suyo.

Sentí el orgasmo llegar como una marea caliente, extendiéndose lentamente, pero con la fuerza suficiente para desgarrarme por dentro.

Acabé con un gemido largo y descoordinado, sintiendo todo mi cuerpo temblar entre sus brazos.

León siguió dentro de mí, como para calmarme.

Cuando él también llegó al final, se quedó con la cabeza apoyada en mi nuca y todo su cuerpo temblando, jadeando en silencio.

No dijo nada. Solo me abrazó más fuerte, como si estuviera sosteniendo el mundo.

Por primera vez... no me sentí cautiva.
Me sentí elegida, amada... completa.



Capítulo 40

Lo primero que sentí fue un silencio rotundo.

Un sonido que no debería estar allí... el estallido repentino del cristal de la ventana de la cocina explotando hacia dentro, seguido del ruido seco y sordo de pasos rápidos y descoordinados en el suelo del salón. El calor de la ducha aún corría por mi cuerpo cuando la atmósfera de la casa se transformó, densa como una tormenta anunciada, y todos los sonidos: el agua, la madera, la respiración... parecieron detenerse por un segundo antes de estallar al mismo tiempo.

León se movió como un lince, y el olor del peligro llegó incluso antes de verlo. Se puso los pantalones casi instintivamente y tiró del cajón del mueble junto a la cama con violencia contenida. El arma que me había prometido guardar estaba allí. Supe, al ver sus ojos, que él estaba seguro de quién era.

Bajé las escaleras con las piernas desnudas, el pelo mojado pegado a la espalda y las manos agarradas al pasamanos, con una necesidad desesperada de entender... de ver.

Entonces, apareció ella.

La mujer no era un espectro, era de carne y hueso y temblaba de rabia.

Tenía los ojos muy abiertos, el pelo revuelto, el rostro arrugado por la desesperación de quien ha sido olvidada... o creía que lo era.

—Eres solo otra más —gritó, casi histérica—. Él nunca cambia. Solo cambia el objeto de su obsesión.

El revólver temblaba en su mano, pero su mirada no vacilaba.

Estaba armada, pero lo más peligroso era que estaba destrozada por dentro, y cada palabra que gritaba sonaba como una amenaza, no solo para León, sino también para mí.

León dio un paso adelante, desarmado, inclinando ligeramente el cuerpo, como si quisiera contenerla con sus propios hombros.

—Tranquila. No hace falta que seas así. —Su voz sonó grave, firme, pero había una vacilación que nunca había oído antes—. Vete de aquí. Aún estás a tiempo.

Ella se rió. Una risa seca y triste, que dolía al oírla.

—Eso dijiste la última vez. Y la anterior. Y ahora tienes otra. Bonita... ¿También la vas a atar?

Se me heló la sangre.

León me miró... solo por un momento y, en ese instante, ella disparó.

El sonido fue seco. Un impacto sordo. León se tambaleó hacia atrás, con el hombro sangrando, pero no cayó.

Grité, sintiendo cómo el sonido escapaba de mi garganta como un pedazo de mí.

Él seguía en pie. Todavía entre ella y yo, pero no se defendió.

—¿Vas a matarnos a todos? —dijo él, con voz más baja, embargada por el dolor.

Ella apuntó el arma hacia mí y, en ese momento, todo se congeló.

El suelo, el aire, el tiempo.

—Ella va a sufrir más que yo. Porque aún no la has destruido. Pero lo harás. Como hiciste conmigo... como siempre lo haces.

León intentó avanzar, pero la sangre le brotaba y sus pasos vacilaron.

Ella gritó, levantó la mano de nuevo y entonces... algo dentro de mí se rompió.

Avancé con la adrenalina a mil y ella no me vio llegar.

La golpeé con todo el peso de mi cuerpo, escuchando el sonido del arma al caer al suelo, resonando como un trueno en el tenso silencio que siguió.

Caímos juntas y su cuerpo golpeó con fuerza el suelo. El arma se deslizó lejos. Ella lloraba y gritaba en puro colapso.

Yo, todavía jadeando, giré la cabeza y vi a León arrodillado, con la sangre manchándole los pantalones y los ojos clavados en mí con una mezcla de asombro y... alivio.

Fue allí, en aquel suelo frío y manchado, donde comprendí que nadie en aquella casa saldría ileso.

Pero, tal vez, yo no sería la próxima víctima.

Quizá... ya había cambiado todo.

El mundo se quedó en silencio durante un segundo. Quizá fuera la sangre palpitando en mis oídos, o quizá el horror necesita silencio para instalarse. La mujer estaba en el suelo, caída, pero no rota. El arma seguía allí, a centímetros de sus dedos, y sus ojos, aunque estaban llenos de lágrimas y descontrol, seguían mirándome como si yo fuera el espejo torcido de un destino repetido.

Debería haber retrocedido. Esperar a León. Gritar. Pero nada de eso sucedió.

Porque algo en mí ya se había levantado. No era el miedo, sino otra cosa: antigua, instintiva y sombría.

Una fuerza que no provenía de la razón, sino de un lugar visceral, primitivo.

Era la clara percepción de que, en ese instante, o era ella quien moría... o era yo...

La mujer extendió el brazo hacia el arma.

No tuve tiempo para pensar.

Mi cuerpo se lanzó sobre el suyo con una violencia que nunca creí tener. Le agarré la muñeca y se la retorcí con fuerza.

Ella gritó y yo también.

El sonido era animal, desgarrador, desesperado.

Mis puños encontraron su rostro con una furia que no era solo mía. Era de todas las versiones de mí que habían sido silenciadas, aprisionadas, dominadas. Era la Ángela que había sido vigilada, atada, tocada sin saber dónde comenzaba el deseo y dónde terminaba el miedo. Era la mujer asustada que llevaba un "quizás" dentro de su vientre.

Volví a golpearla... y otra vez.

Mis manos resbalaban con su sangre, me dolían las rodillas, pero no paraba.

Ella ya no se movía, y aun así, continué. Porque no se trataba de ella. Se trataba de mí.

Cuando por fin paré, mi pecho subía y bajaba a un ritmo descoordinado, los ojos me ardían, las manos estaban sucias y las rodillas pegadas al suelo frío.

La mujer yacía allí. Inerte, con el rostro irreconocible.

La muerte, silenciosa, flotaba en la habitación como una presencia que no necesitaba presentación.

Me levanté lentamente, temblando...

León todavía estaba detrás mío, arrodillado, herido, mirándome con una expresión que mezclaba asombro y algo más denso, que dolía ver.

Él no dijo nada. No se movió. Solo me miró. Entonces comprendí que yo también era capaz. Yo también podía ser el monstruo...

Miré mis manos ensangrentadas, el suelo cubierto de salpicaduras, el rostro destrozado de una mujer que, tal vez, solo quería ser escuchada.

Sentí un profundo pinchazo en el vientre.

No era dolor.

Era un recordatorio.

Allí dentro había algo nuevo que me empujaba hacia atrás. Que me pedía que no me perdiera por completo.

Pero en ese momento, ante el cuerpo, la sangre, el silencio de León y el sonido de mi propio corazón latiendo como una sentencia, no estaba segura de saber quién era yo todavía. Ni si alguna vez volvería a saberlo.



Capítulo 41

El sol aún no había salido cuando me senté en el suelo de la sala, con las rodillas contra el pecho y la cara apoyada entre los brazos. El cuerpo tendido en el centro de la habitación parecía irreal, como si fuera parte de un sueño sucio y violento que comenzaba a desmoronarse.

La sangre aún manchaba mis manos, oscureciéndose bajo las uñas, secándose en trazos irregulares sobre la piel. El aire tenía un sabor metálico... y, sin embargo, había algo diferente allí, entre los restos de la madrugada. Un silencio nuevo. Un silencio sin amenazas.

León estaba apoyado contra la pared opuesta, con el hombro vendado de forma improvisada, el rostro tenso, pero más tranquilo que cualquier otra noche. No había dolor en su mirada. Había cansancio y un tipo de alivio raro que me daba miedo. Como si, por fin, él estuviera libre... o vacío.

Miré el celular tirado sobre la mesa.

La pantalla aún estaba iluminada.

Mis dedos temblorosos dudaron durante unos segundos que parecieron años... y entonces marqué el número.

—Ángela —dijo él con voz ronca—. Espera.

—No puedo, León.

—Fue en defensa propia.

—Lo sé.

Ya no había ira entre nosotros.

Ni súplica.

Ni gritos.

—Pero eso tiene que confirmarlo alguien más, alguien ajeno a nosotros —añadí—. Alguien que lo vea desde fuera. Que crea en lo que quedó.

Él se acercó lentamente, como si pisara entre escombros invisibles. A cada paso, el dolor en el hombro le hacía respirar más profundo, más lento. Cuando se acercó, se arrodilló frente a mí, con los ojos fijos en los míos.

—Ella irrumpió. Disparó. Quería matarnos. Tú reaccionaste. No fue un crimen, Ángela. Fue supervivencia.

Cerré los ojos, sintiendo el peso de la verdad golpear mi cuerpo como olas lentas y pesadas.

—Lo sé —repetí—. Pero no quiero que ese cuerpo se quede aquí. No quiero que esto se convierta en otro secreto escondido dentro mío.

Él asintió lentamente y no intentó convencerme más. No dijo que se encargaría de todo. Solo se quedó allí, arrodillado, con la mano manchada de sangre tocando la mía, y en ese gesto silencioso, comprendí que no me estaba dejando decidir... me estaba permitiendo recuperar lo que nunca debería haberme quitado: mi lugar en el mundo.

El sonido de la sirena en la distancia fue más suave de lo que imaginaba.

Como si el día se abriera a algo nuevo, algo que aún no sabíamos nombrar.

Cuando llegaron los policías, la luz del sol comenzaba a romper el cielo gris con tonos anaranjados. Entraron con cautela, con las armas en ristre, los ojos entrenados, pero solo encontraron a un hombre herido, una mujer de rodillas y un cuerpo sin vida.

En medio de todo eso, un silencio que parecía decir: se acabó.

Les contamos cada pedazo, cada grito y cada golpe.

León habló con calma. Lo contó todo. Sin ocultar nada. No parecía protegerse, solo estaba dispuesto a aceptar las consecuencias.

Cuando los policías nos dejaron solos, prometieron volver con los informes, los peritos y las preguntas formales. No nos esposaron. No nos aislaron.

La sombra había salido de la casa y, por primera vez, parecía que el sol podía entrar.

El polvo comenzaba a asentarse sobre el suelo, aún marcado por las huellas de los policías, el aire olía a sangre seca y a cosas que ya no podían decirse en voz alta. La luz de la mañana atravesaba la ventana con pereza, extendiéndose sobre el sofá, la alfombra y la piel de León. Él estaba apoyado en la mesada de la cocina, con la camisa abierta en el pecho y los ojos fijos en mí, como si intentara memorizar mi existencia... o despedirse de ella.

Nos quedamos un rato en silencio.

Fue entonces cuando habló.

—Puedes irte, Ángela.

La frase no sonó amarga.

Llegó con esa calma terrible de quien sabe que ha perdido el derecho a mandar.

Su mano descansaba sobre la barra, con los dedos ligeramente contraídos, pero todo el cuerpo inmóvil, como si cada músculo necesitara contener el impulso de moverse hacia mí.

—La puerta está abierta. No hay nada más que te retenga aquí.

Cerré los ojos por un segundo, sintiendo el peso de esas palabras posarse sobre mi piel como una manta fría. Tenía razón. Ya no había ataduras. Ni amenazas. Ni secretos...

Solo el recuerdo de todo lo que fuimos y el silencio de lo que podríamos haber sido.

Mis ojos vagaron por la habitación, como buscando respuestas en los rincones de la casa. El sillón desde donde me vigilaba. La alfombra donde nos tocamos por primera vez con ternura. La escalera donde temblaba de miedo. La cocina donde mentimos, reímos, sangramos...

Mi cuerpo dio un paso atrás, casi inconsciente... y luego se detuvo.

Él no me llamó. No insistió. No movió un músculo. Pero sus ojos... sus ojos suplicaban.

Me giré lentamente, mirando la puerta abierta detrás de mí.

El mundo estaba ahí fuera, pero no era lo que yo quería.

Me volví y, en un impulso contenido durante demasiado tiempo, avancé hacia él. Sin palabras. Sin promesas. Solo la cruda verdad de quien elige con el cuerpo antes que con la mente.

Me lancé a sus brazos con el hambre de quien niega durante demasiado tiempo.

Su mano se posó inmediatamente en mi espalda y encajó su rostro en mi cuello, como si volviera a casa.

—Elijo quedarme —murmuré—. No porque lo necesite. Sino porque aquí es donde me reconozco.

León no dijo nada durante unos segundos. Solo respiró. Finalmente, susurró con voz quebrada:

—No te soltaré. Nunca más.

—Lo sé.

Aquella mañana gris, entre los restos de lo que fuimos, las promesas de lo que no seremos y la herida abierta de lo que aún arde, comprendí que, a veces, amar es elegir el abismo.



Epílogo

Un año después...

La puerta chirrió al empujarla con la mano, un sonido nuevo en un lugar antiguo. El camino de tierra aún conservaba el olor a cenizas mojadas por las primeras lluvias de otoño, y el viento que soplaba entre los árboles traía consigo el recuerdo de las cosas que no pudieron salvarse.

Pero la nueva casa se alzaba ahora allí, donde antes solo había el vacío quemado de un pasado irreparable. La fachada era sencilla, discreta, toda en tonos claros. Las amplias ventanas dejaban entrar la luz sin pedir permiso, y el jardín comenzaba a dar los primeros signos de vida, con las raíces de las plantas aún tímidas bajo la tierra negra, como si no supieran si podían florecer allí.

León se detuvo a mi lado en lo alto de la escalera, con las llaves aún colgando de la mano izquierda y la mirada fija en la puerta, como quien intenta creer en lo que ha construido. Tenía el pelo un poco más largo, la mandíbula cubierta por una barba corta y, aunque todavía se percibía en sus ojos esa sombra silenciosa de

quien ha visto lo peor, había algo diferente allí... un atisbo de paz. O tal vez solo era el cansancio convertido en quietud.

Ajusté el peso del bebé en mis brazos, con su cuerpo cálido acurrucado contra mi pecho, su suave respiración subiendo y bajando con una inocencia que me rompía y me curaba al mismo tiempo. La fina sábana envolvía sus pequeños brazos, y cuando movió la boca en un suspiro somnoliento, instintivamente lo apreté con más fuerza, como si quisiera protegerlo del mundo entero. En mi dedo, la nueva alianza reflejaba la suave luz de la mañana y pesaba con la medida exacta de la elección que había hecho.

León me miró y, sin decir nada, abrió la puerta.

El olor a madera recién cortada aún dominaba el interior de la casa, mezclado con el ligero aroma de la pintura y el jabón neutro. Todo allí era nuevo, pero tenía una extraña familiaridad, como si esa casa hubiera sido soñada por nosotros antes de existir.

Caminamos lentamente hacia la sala.

Me senté en el sofá con el bebé y observé mientras León encendía la chimenea.

Lo hizo con calma, con movimientos conscientes, como quien sabe exactamente el tamaño de la llama que quiere ver crecer. No era un gesto simbólico. Era práctico. Pero cuando el fuego prendió y empezó a crepitar, sentí que, de alguna manera, estábamos encendiendo algo que no destruía.

Se acercó a mí y se sentó a mi lado.

Pasó su brazo por mi espalda, con los ojos fijos en el bebé que dormía, tan pequeño y tan definitivo, como si dijera que todo lo que había antes de él era ruido.

Me acarició la mano y tocó el anillo con el pulgar.

—Aquí está todo —dijo—. Lo que queda. Lo que hemos empezado. Lo que seremos a partir de ahora...

Asentí, apoyando la cabeza en su hombro.

Y allí, en esa casa construida sobre los escombros del incendio, con la piel marcada por todo lo que habíamos sobrevivido

y el corazón aún latiendo con el sonido de lo que podría habernos matado, lo supe: no había salvación.

Pero había vida.

Y ahora... tenía un nombre, San... olía a leche, tenía manitos que agarraban mi dedo con fuerza y ojos que algún día aprenderían a mirar al mundo sin miedo.

Si mi hijo me preguntara algún día cómo empezó todo... le diría que empezó con fuego.

Pero terminó con una elección y con un amor... Un amor que no era como los demás, pero que lo abarcaba todo.

Agradecimientos

Me gustaría expresar mi inmensa gratitud a todos los que forman parte de este viaje literario. A cada lector y lectora, en Brasil y en todo el mundo, mi eterna gratitud por permitirme compartir mis obras. Ustedes son la razón de mi esfuerzo y motivación diarios.

Agradezco de corazón a todos los que me siguen en las redes sociales, como Instagram y Facebook. Cada mensaje, comentario e interacción de ustedes es un verdadero regalo. Un agradecimiento especial al maravilloso grupo de WhatsApp: Angélica Lorena, Cleusa Santana, Larissa Rocha, Suelen, Mi, Eglaia, Amélia Luize, Juliana Kelis, Cris Tiemi, Carla Staub, Mariana Telles, Ana Paula Mendes, Lidiane Franciosa, Ivana Sandes, Jessyka, Beatriz Soares, Ticyanne Brito, Amélia Luize, Eglaia, Regina Fabbris, Andrômeda, Fran Barbosa, Dani Bispo, Ilza, Lory, Nedja, Pauline Quesada, Gaby, Leidiana, Elisandra, Roberta Baggi. Ustedes son una fuente constante de inspiración, y la presencia de cada uno de ustedes hace que mi trabajo sea aún más gratificante.

Agradezco enormemente a mi amiga y compañera Rosi, que con su dedicación y apoyo incondicional ha sido fundamental en cada paso de este camino. Su ayuda, desde la creación hasta la difusión de cada libro, ha sido muy valiosa para mi crecimiento.

También estoy muy agradecida a Ariel y Jackeline, que con su asesoramiento se han convertido en pilares fundamentales en el desarrollo de mi carrera.

Al Grupo Editorial Portal y a los increíbles colaboradores que forman parte de este equipo, mi más profundo agradecimiento. ¡Ustedes hacen realidad mis sueños!

Agradezco a mi amado Gabriel, que es mi puerto seguro, siempre a mi lado con amor y apoyo incondicional. A mi adorada Aurora, que entre juegos y momentos de ternura, es mi principal

fuente de inspiración para las escenas más dulces y divertidas que escribo.

Por último, agradezco a mis mentores y guías espirituales, que me guían con sabiduría y protección, asegurándose de que siempre siga adelante con valentía.

Que este nuevo año nos traiga aún más oportunidades, crecimiento y logros, y que sigamos juntos, escribiendo historias increíbles.

Sobre la autora

A sus 29 años, Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, está rompiendo barreras y conquistando al público nacional e internacional con sus historias envolventes y personajes cautivadores. Una de las mayores revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, ahora es oficialmente la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, según Amazon. Con libros que abarcan el romance, la fantasía y el suspenso, Jéssica ha destacado por su capacidad para crear historias que cautivan a lectores de diferentes edades, lo que se refleja en su creciente número de fans y en su reconocimiento como una de las «Forbes Under 30». Este hito refleja el impacto de su obra, consolidando su espacio entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria notable, Jéssica se dio a conocer por obras como *Rejeitada no Altar* y *Virgem Prometida*, aunque cuenta con casi 300 obras publicadas en 6 idiomas. Esta posición refleja el éxito de Jéssica en Brasil y en otros países, consolidándola como una autora independiente de gran impacto.

Reconocida por el público joven y adulto, Jéssica no solo ha conquistado Brasil, sino que ha ampliado su público global a través de la autoedición y ya figura entre los más vendidos en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. Según datos recientes de Amazon, Jéssica es la brasileña más leída en Kindle Unlimited, una posición que marca una era para la literatura nacional en el extranjero.

Para más información sobre otros libros de la autora, síguela en sus redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY


Jéssica
Macedo
escritora

Lea también



Enlace: https://amzn.eu/d/izgHvzZ

Sinopsis:

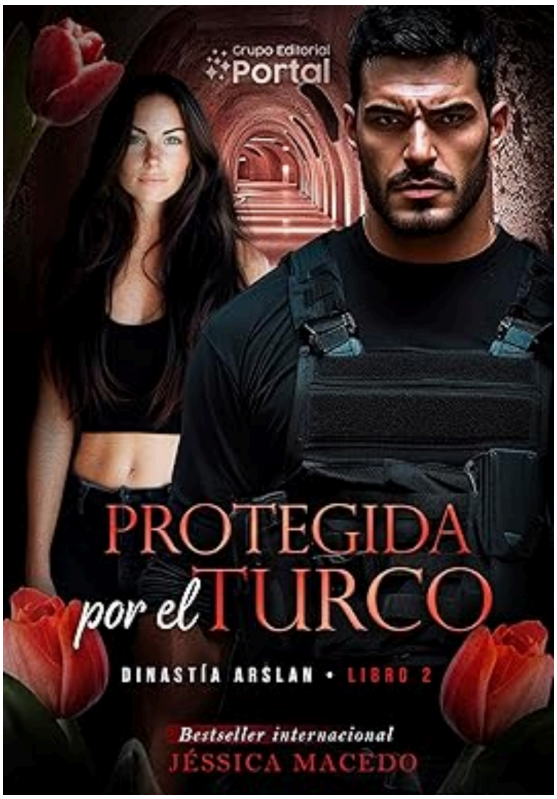
Lo dejó todo atrás para convertirse en juez, incluso a ella.

Abandoné todo para dedicarme a mi mayor sueño. Decidido a convertirme en juez, buscaba prestigio, éxito y un dinero que jamás iba a conseguir si seguía el camino de mis abuelos en aquel pueblito.

Nadie era más importante que mi objetivo, ni siquiera Janine, mi sueño de novia, a quien dejé con solo una nota, sin dar explicaciones ni permitir que sus lágrimas me impidieran partir.

Pasaron seis años, me convertí en el juez que había soñado, pero con eso llegaron la frialdad y la soledad. Aun así, nada importaba, hasta que un diagnóstico tiró mi mundo al suelo, mostrándome que el dinero y el prestigio no significaban nada.

Decidí buscar a Janine y descubrí que teníamos una hija juntos. Sin embargo, tal vez no tuviera tiempo de ganarme el perdón por mi error.



Enlace: https://amzn.eu/d/9tZeoDJ

Sinopsis:

?? Persecución + protección

?? Un hombre peligroso, frío y entrenado

?? Obsesión, mafia y secretos

?? De enemigos a amantes / Tensión explosiva

?? Poderosa y disfuncional dinastía turca

?? Conoce verdades que pueden destruirlo todo

Cem Arslan creció en el corazón de una dinastía construida sobre sangre, silencio y poder. Desde que aprendió a caminar, fue moldeado para convertirse en un arma: frío, preciso y calculador. Fue entrenado no solo para proteger, sino también para destruir cualquier amenaza contra la familia Arslan. En su mundo, no había lugar para el error. Todo era una misión.

Pero Ivana fue el error que no vio venir.

Ella conoce secretos que jamás debió escuchar, guarda información capaz de derribar imperios y, por eso, se convirtió en algo más que un objetivo.

Ivana huyó, corrió tanto como pudo, se escondió, cambió de nombre, borró sus huellas, tratando de escapar de un hombre que no fue criado para perder. Sin embargo, no se puede escapar de alguien que fue entrenado para cazar. Cuanto más se acerca Cem, más se da cuenta de que esta misión ya no se trata de proteger el apellido que lleva. Se trata de ella, y de lo que esa mujer despierta dentro de él. Un deseo enfermizo, violento, incontrolable, que late más fuerte que cualquier orden, destruye toda lógica y rompe cualquier regla.

Ivana debe decidir si va a luchar contra él, o si va a rendirse.

Sin embargo, hay una verdad innegociable grabada en el nombre Arslan: nadie escapa de Cem. Una vez que él decide que eres suya, ya no hay salida.



Enlace: https://amzn.eu/d/j8Fixc2

Sinopsis:

Emir Arslan era el implacable CEO del poderoso Holding Arslan. Era un hombre hecho para el poder, entrenado para no sentir, rodeado de juegos políticos, acuerdos silenciosos y herencias de sangre. Sin embargo, cuando Gabriela Kaya se cruzó en su camino, su control se fue a la ruina y una decisión impensada puso en riesgo el imperio que él había jurado proteger.

Emir se negó a escuchar cuando ella le reveló que estaba embarazada. La rechazó con su estilo frío, despiadado y dispuesto a borrar cualquier amenaza contra su reputación.

Meses después, sola y herida, Gabriela regresó a la ciudad donde había jurado no volver a pisar jamás, no por él, sino por quien realmente importaba: su hijo.

Frente a un diagnóstico devastador, tuvo que acudir al hombre que más odiaba para salvar la vida del niño. Y entonces, la

única salida resultó ser tan improbable como cruel: un segundo hijo. La única solución que los atrapó en una mentira con sabor a verdad.

Social networks (from the publisher)

Publisher's website: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br

---

[1] Un pop-up es una ventana o elemento gráfico que aparece repentinamente sobre la página web que se está visualizando, generalmente con el objetivo de captar la atención del usuario. Son también conocidos como ventanas emergentes.